

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director: J. M. MESA JARAMILLO

AÑO 2.º

MEDELLÍN, ABRIL DE 1914

{ Nos. 1 a 4

CRONICA

DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE ANTIOQUIA

1813—1913

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA ha dispuesto dejar un recuerdo de las festividades centenarias de nuestra Independencia absoluta, y designado al suscrito, el último de sus Miembros, para llevar al cabo la empresa.

Dispersas y trucas han aparecido en los periódicos de esta ciudad revistas aisladas de determinados festejos o breves notas, trazadas con la precipitación propia del caso. Pero faltaba una obra de conjunto en que todo lo más importante se hallase recordado con la necesaria unidad, no sólo para satisfacción del curioso y facilidad de consulta, sino también para fijar, de una manera menos efímera y vaga, sucesos que si en apatencia se resienten de eso que afrancesadamente suele llamarse *banalidad*, por lo ordinario y corriente, tienen en el fondo altí-

sima significación para quien sabe apreciarlos con más penetrante criterio, como exponentes que son de la cultura alcanzada por un pueblo, enérgico y bravo, que ha venido luchando durante una larga centuria contra toda clase de obstáculos.

El día 9 de Mayo se instaló en esta ciudad de Medellín la *Junta del Centenario*, formada de acuerdo con disposiciones del Poder Ejecutivo Nacional y compuesta del Dr. D. Clodomiro Ramírez, Gobernador del Departamento, su Presidente, y de los Sres. D. Juan Pablo del Corral, D. Ricardo Greiffenstein, D. Ricardo Botero S. y D. Alberto Angel. Más tarde el Sr. del Corral hubo de ausentarse, y fue reemplazado por el Dr. D. Gil J. Gil.

La Junta empezó inmediatamente sus tareas con actividad y celo recomendables.

Fue uno de sus primeros actos la destinación de la suma de diez mil pesos oro, parte del auxilio recibido del Gobierno Nacional, a la compra de un terreno propio para la instalación de un bosque de recreo, proyecto que de años atrás venía acariciando la *Sociedad de Mejoras Públicas*, sin lograr en todo ese tiempo realizarlo, por la exigüidad e incerteza de sus recursos. Consumóse, al fin, el designio, con la adquisición de un lote de terreno, de unas veinticuatro cuadradas próximamente, situado en el barrio norte de la ciudad, a linde con la Carretera y con el llamado *Camellón del Llano* y del cual hace parte el viejo y popular establecimiento de baños de *El Edén*, por todo medellinense conocido. La compra se efectuó por la suma de doce mil pesos en oro, y a ella contribuyó con dos mil el Ayuntamiento, a cuyo favor se hizo la correspondiente escritura, quedando a la *Sociedad de Mejoras Públicas* la dirección de la obra y la explotación futura de ella.

Bosque del Centenario será el nombre oficial del sitio, y en él ha de erigirse un monumento a la memoria del Dictador D. Juan del Corral, a cuya atrevida proclamación debe este pueblo de Antioquia e comenzar atrevido de su independencia política. El *Bosque* y sus anexidades se desarrollarán de acuerd

con el plano levantado por el Ingeniero Arquitecto Dr. D. Enrique Olarte, vencedor en un concurso abierto para tal fin por la Sociedad iniciadora.

Después de este primer paso, con que se quiso conmemorar la histórica fecha de una manera perdurable, la Junta envió invitaciones a diversas entidades oficiales, a algunos altos dignatarios, y lanzó el programa de los festejos para esta Capital acordados.

Notábase en el público cierta frialdad, debida en gran parte a la mala situación de los negocios y a la angustia producida por la epidemia de tifo que azotaba, que sigue enluteciendo aún a la ciudad y había sacrificado ya víctimas preciosas. Existe indudablemente en Antioquia, excepción hecha de su antigua Capital y de la ciudad de Rionegro, que viven especialmente del recuerdo de sus pasados esplendores, una indiferencia completa por los acontecimientos pretéritos y una ignorancia grande de su historia. Medellín, particularmente, preocupada con el negocio, poco soñadora y platónica, mercantil, industrial y bancaria, es ciudad moderna en nada apta para los éxtasis del recuerdo; y en su febril anhelo de avance, en su anhelosa sed de riquezas, marcha apresurada a su meta y apenas si se digna echar una ojeada, como de quien en otra cosa pensase, al cuadro de sus cívicas glorias o de sus conquistas pasadas. Para Medellín no existe casi el ayer, y vuelta de espaldas al tiempo, tiene clavados los ojos, con mirada hambrienta y tenaz, en el codiciado mañana.

El Concejo Municipal, muy próxima ya la fecha de nuestra gloriosa efeméride, nada había acordado para celebrarla o participar siquiera en sus fiestas, y la misma Junta del Centenario, no obstante el comprobado patriotismo de todos sus Miembros, muy dignos, parecía contagiada de ese general ambiente de inercia y de frialdad dominantes.

Pronto se operó una reacción bienhechora. El ejemplo de lo que con afán laudable estaban haciendo los antioqueños residentes en Bogotá para festejar allí nuestro Centenario, y el entusiasmo con que las entidades invitadas correspondieron de todas par-

tes a la atención, nombrando algunas de ellas comisionados especiales para venir a Medellín a representarlas, así como el anuncio de la salida de varios, de la llegada de algunos y la noticia de que el Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno de la República vendría a honrar a Antioquia con su visita, hicieron pensar seriamente a los medellinenses en la importancia de la fiesta y los estimularon a realizarla más en grande y con preparativos mejores.

El Sr. Gobernador promovió reuniones diversas que dieron excelentes resultados, despertando en los particulares el entusiasmo, y gracias a ello y a la consecución de más abundantes recursos, la Junta pudo ampliar el primitivo programa e introducir en él y en el prospecto general de la recepción y de los proyectados festejos, substanciales y muy eficaces reformas. La Honorable Corporación Municipal votó una cantidad suficiente para contribuir a las fiestas y nombró para invertirla una Comisión de su seno, compuesta de los Sres. D. Carlos Mejía y D. Valerio Tobón. Designóse por la Junta como Intendente y Proveedor General al Sr. D. Lisandro Ochoa, quien desempeñó hábilmente su cometido, y se constituyeron numerosas Comisiones, que entraron a trabajar en sus respectivas labores con actividad y suceso. Si los vecinos de Medellín fueron al principio rehacios al entusiasmo patriótico, compensaron luego con creces su inicial apatía con el posterior interés desplegado unánimemente en pro del nombre de Antioquia y de su hospitalidad afamada.

Habíase creído en un principio que se trataba de una de tantas conmemoraciones que se celebran casi exclusivamente por el elemento oficial, con participación escasa del público, y que pasan inadvertidas para la generalidad de las gentes, suscitando, si mucho, algunos desgañados comentarios de la prensa y dando ocasión a tal cual parto ampuloso de *veintijuliera* oratoria. Se había pensado tal vez en algo como una fiesta de familia, tenida a puerta cerrada y sin la presencia de extraños. Muy de otra manera lo entendieron la mayor parte de las entidades invitadas, para honor y satisfacción del pueblo antioqueño y para

mayor bien de la obra magna de paz y de confraternidad colombianas.

Las invitaciones para su fiesta centenaria, fueron hechas por Antioquia de buena fe; pero ya que tales galanterías suelen tomarse como una mera fórmula de la etiqueta oficial, a la que se corresponde con los agradecimientos usuales, unas excusas corteses y, en contados casos, no siempre, con la designación de algún representante que resida en la misma localidad donde haya de celebrarse la fiesta, fue una sorpresa agradable y en altísimo grado honrosa para el Departamento de Antioquia, el entusiasmo sincero con que aceptaron oficialmente su invitación las más distinguidas corporaciones y las más altas entidades públicas del país, anunciando su venida a esta alejada ciudad, o el envío de delegados especiales, que hicieran más eficaz y valiosa su representación deseada.

Hé aquí la lista de las entidades representadas y de sus respectivos Delegados:

Poder Ejecutivo Nacional.

/Dr. Antonio Gómez Restrepo.
/Luis del Corral.

Senado.

/Gral. José M^a Ruiz.
/Gral. Lácides Segovia.
/Dr. Tomás Quevedo Alvarez.
Enrique Peñaredonda (Secretario).

Cámara de Representantes.

/Dr. José Joaquín Casas.
/Dr. Francisco Sorzano.
/Dr. Agustín Uribe.

Cuerpo Diplomático.

Vizconde Louis de Fontenay, Ministro de Francia.
Víctor M. Prieto, Ministro de Chile.

Achille Van der Stichele, Encargado de Negocios de Bélgica.

Rafael Orrantía, Encargado de Negocios del Ecuador.

Dr. Rafael Rodríguez Altunaga, Encargado de Negocios de Cuba.

Dr. José M. Gutiérrez, Encargado de Negocios de Bolivia.

Henri Van der Straeten, Secretario de la Legación de Bélgica.

Carlos Escribens, Secretario de la Legación del Perú.

Franz Hederich, Encargado del Ceremonial.

Ministerio de Gobierno.

Manuel Alberto Vergara.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Dr. Antonio Gómez Restrepo.

Ministerio de Guerra.

Dr. Clodomiro Ramírez.

Gral. Lácides Segovia.

Ministerio de Instrucción Pública.

Víctor Mallarino.

Ministerio de Obras Públicas.

Jorge de la Cruz.

Corte Suprema de Justicia.

Dr. Félix Betancourt (Subdelegado).

Estado Mayor General del Ejército.

Gral. Mariano Ospina V.

Escuela Superior de Guerra.

Gral. Mariano Ospina V.

Dirección General de Correos y Telégrafos.

Gregorio Pérez.

Secretaría General de la Presidencia de la República.

Francisco Maldonado.

Universidad Nacional.—Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.

✓ Dr. Francisco Samper.
Pablo E. García.

Universidad Nacional.—Facultad de Ciencias Naturales y Medicina.

Dr. Agustín Uribe.

Escuela Militar.

Subteniente Juan de J. Peláez.

Escuela Nacional de Ingeniería.

✓ Dr. Jorge Rodríguez.
✓ Dr. Enrique Olarte.

Escuela de Bellas Artes.

✓ Gonzalo Escovar.

Escuela de Comercio de Bogotá.

Franz Hederich.

Academia Nacional de Historia.

Dr. Antonio Gómez Restrepo.
Raimundo Rivas.
✓ Tulio Ospina.
✓ José M.^a Mesa Jaramillo.

Academia Nacional de Medicina.

Dr. Agustín Uribe.
Dr. José M.^a Ruiz.

Academia Colombiana de Jurisprudencia.

✓ Dr. Fernando Vélez.

Sociedad Colombiana de Ingenieros.

✓ Dr. Alejandro López, I. C.

Sociedad Nacional de Agricultores.

Tulio Ospina.

Luis del Corral.

Unión Nacional de Industriales y Obreros.

✓ Tomás Sanín.

Sociedad Propagandista de Higiene Dental.

Dr. Gerardo Antonio Pineda.

Distrito de Bogotá.

Manuel Pombo.

Guillermo Murillo.

Prensa de Bogotá.

Jorge Wills Pradilla.

Vicente Herrera.

✓ Luis Cano.

Francisco de P. Pérez.

✓ Joaquín Castaño R.

Arquidiócesis de Bogotá.✓ Pbro. Jesús M^a Marulanda.*Arquidiócesis de Popayán.*

✓ Illmo. Sr. Dr. Manuel José de Cayzedo.

*Diócesis de Antioquia.*Pbro. Jesús M^a Marulanda.*Diócesis de Manizales.*Pbro. Jesús M^a Marulanda.*Diócesis de Tunja.*

✓ Dr. Baltasar Botero Uribe.

*Asamblea de Cundinamarca.*José M^a Sáenz.*Gobernación de Cundinamarca.*

✓ General José Joaquín Caicedo.

Ratael Mallarino.

Emilio Delgado.

✓ Raimundo Rivas.

Departamento de Boyacá.

- ✓ General Carlos A. Neira.
- Dr. Roberto González.

Departamento de Santander.

- ✓ Estanislao Gómez Barrientos.
- Francisco de P. Pérez.
- Gabriel Sanín Villa.

Departamento del Magdalena.

- ✓ Dr. Carlos Melguizo.

Departamento de Bolívar.

- ✓ Dr. Julio E. Botero.
- Dr. Libardo López.

Departamento del Atlántico.

- ✓ Dr. Fernando Vélez.

Departamento de Caldas.

- ✓ Alfonso Robledo.

Departamento del Valle.

- ✓ General Leopoldo Triana.
- ✓ Dr. Clímaco A. Paláu.

Asamblea del Cauca.

- ✓ Dr. Francisco de P. Muñoz.

Gobernación del Cauca.

- ✓ Gonzalo Vidal.
- Gabriel Cano.

Departamento de Nariño.

- Dr. Félix Betancourt.

Departamento del Huila.

- Dr. Francisco de P. Muñoz.

Departamento del Tolima.

- ✓ General José Joaquín Caicedo.
- ✓ Dr. Ricardo Restrepo O.

Departamento de Santander del Norte.

General Alfredo Peralta.

Dr. Julio Pérez Ferrero.

Intendencia del Chocó.

Jesús M. Gutiérrez.

Dr. Julio Ferrer.

Distritos de varios Departamentos.

✓ Calarcá. Justo Pastor Mejía.

✓ Circasia. Miguel A. López.

✓ Chiquinquirá. Dr. José Joaquín Casas.

✓ Filandia. Roberto Botero S.

✓ Manzanares. Abraham Moreno.

✓ Mompox. Abraham Moreno.

✓ Montenegro. Dr. Alfonso Castro.

✓ Natagaima. Jorge Baños Z.

✓ Pácora. Dr. Jorge Sáenz.

✓ Pereira. Dr. Alfonso Castro.

✓ Sogamoso. Francisco Reyes.

Distritos de Antioquia.

Abejorral. Dr. Clodomiro Ramírez.

Angostura. Tulio Ospina.

✓ Armenia. Lucrecio Vélez.

✓ Bolívar. Nicanor Restrepo G.

✓ Caldas. Dr. Joaquín M^a Arbeláez.

✓ Concordia. Nicanor Restrepo G.

✓ Envigado. José M^a Mesa Jaramillo.

✓ Fredonia. Gabriel Latorre.

✓ Girardota. Dr. Fernando Vélez.

Granada. Nicanor Restrepo G.

Jardín. Miguel Moreno J.

✓ Jericó. Eliseo Velásquez.

La Estrella. Francisco de P. Pérez.

✓ Liborina. César García.

✓ Marinilla. Salvador Ossa R.

Nueva Caramanta. José Joaquín Aristizábal.

Pueblo Rico. Juan C. Ospina T.

✓ Puerto Berrío. Dr. Pedro Rodríguez Mira.

- ✓ Retiro. Jesús Mejía P.
- San Jerónimo. Dr. Libardo López.
- Santuario. Luis Salazar G.
- Sonsón. Dr. Ricardo Estrada.
- ✓ Táchesis. Dr. Alejandro Vásquez.
- ✓ Urrao. Enrique A. Gaviria.

Junta Patriótica de Girardota.

Tulio Ospina.

"Biblioteca Reyes", de Girardota.

César García.

Empleados de Correos y Telégrafos del Magdalena.

Gustavo Valencia (Subdelegado.)

Estudiantes Antioqueños en Bogotá.

Julián Cock (Subdelegado.)

Antioqueños residentes en Garzón.

Sixto Jaramillo.

✓ José Vicente Restrepo E.

✓ Emilio Correa.

Junta del Centenario en la Ciudad de Antioquia.

✓ Camilo Botero Guerra.

"Correo del Cauca", de Cali.

José Joaquín Aristizábal.

"El Taller" y "El Criterio", de Manizales.

✓ José Macía.

"La Linterna" de Tunja.

✓ Joaquín Castaño R.

Esta lujosa y abundante representación fue, como ya se ha dicho, lo que hizo nacer en Medellín el entusiasmo, antes ausente, y lo que dio a las fiestas centenarias su sello característico, su nota culminante y preciosa. Casi todos los festejos ideados y la mayor parte de los preparativos, en que se trabajó entonces con empeño, tuvieron ya por finalidad principal la recepción digna de los distinguidos huéspedes

que venían a honrar a Antioquia con su visita. Fue una especie de certamen en que iban a hacer de árbitros de nuestra cultura y progreso, extranjeros y colombianos que deseaban conocer a Antioquia y juzgarla. Natural era, pues, que todos nos esforzásemos por salir airoso de la prueba, salvando el honor regional, que comprometido se hallaba, aprovechando de buen grado una ocasión tan propicia para manifestar con testimonios vivos y puros nuestra fraternal simpatía a todos los compatriotas oriundos de las más diversas comarcas, y dejando, hasta donde nuestras facultades nos lo permitieron, satisfechos y, si posible fuese, contentos de nuestra cordial acogida a todos los esperados visitantes.

El primer acto de que queremos dejar constancia en esta Crónica, es la Alocución del Gobernador, lanzada a la publicidad el día 11 de Agosto, tanto por la belleza literaria de la composición y por su alta procedencia oficial, como por contener muy nobles ideas de patriotismo, de paz, de sinceridad política, de esperanza, de concordia entre todos los colombianos, de amplísima tolerancia cristiana y de amor profundo y cordial, que son un reflejo muy fiel del actual espíritu de los habitantes de Antioquia y una condensación expresiva de sus anhelos.

ALOCUCION

del Gobernador de Antioquia, el 11 de Agosto de 1913.

ANTIOQUEÑOS :

Os saludo en este día de gloriosas añoranzas para la libertad americana.

Cien años se cumplen hoy desde que en la noble ciudad de Roldo, último refugio de la hidalguía castellana en Suramérica, el Gobierno de la Provincia de Antioquia, presidido por un egregio varón, declaró, en memorable documento, su voluntad de separarse absolutamente de la Monarquía española y secundar resueltamente el movimiento libertador iniciado en Bogotá el 20 de Julio de 1810.

Con esa declaración, refrendada por la libertad de los esclavos, principió en Antioquia la guerra de nuestra emancipación. Un puñado de héroes, casi niños, voló a los campos de batalla a recibir el bautismo de la libertad y a sellar con su sangre generosa el acta de nuestra independencia.

Vosotros sabéis esa epopeya, que comenzó en la Cuchilla del Tambo, al empuje de Mejía; culminó en el Bárbula con el sacrifi-

do de Girardot, y fue a terminar con el grito legendario de Córdoba en las alturas del Cunduncurca en una tarde gloriosa de 1821.

Con voces la tierra ha cumplido su jornada inmutable y silenciosa, y aún resuena a través de las pampas americanas el chocar de las espadas y el plafar de los corceles; aún se ven desfilir en las banderas de la llanura y en la penumbra de las noches tropicales, las figuras de nuestros libertadores, bronceado el torso, laureados los frentes, y abrumadas con el peso de los laurelos.

¡Lloro a ellos que nos enseñaron a ser dignos y que nos dieron, con el amor a la libertad, este pedazo de cielo, y los breñales de esta tierra para querer a Colombia!

ANTIOQUEÑOS: Os invito a que en este día solemne ratifiquemos ante el ara de la Patria y en presencia de los Representantes de las Naciones extranjeras y de los altos Poderes Nacionales, que se han dignado venir a partir con nosotros el pan de la hospitalidad, el juramento que hace un siglo hicieron nuestros padres de mantener incólume la libertad. Por ella vivimos y por ella habremos de morir.

Un siglo hemos gastado dolorosamente para fundarla, y apenas ahora comenzamos a percibir en los horizontes del porvenir los primeros rayos de su luz indeficiente. Hemos peregrinado ya mucho por el camino de las expiaciones y al fin quiere Dios apiadarse de Colombia.

Oportuna y saludable es la hora para acercarnos al altar de la propiciación a ofrendar como un holocausto de desagravio a la memoria de nuestros libertadores, toda la sangre derramada y todos los errores cometidos en nuestra atormentada vida república. Con el corazón humilde y los labios purificados con el carbón encendido del patriotismo, digamos contritos, ante aquellas sombras venerandas, que hemos pecado muchas veces contra la justicia y contra el derecho de los pueblos; que nuestras lenguas y nuestras plumas sembraron en el huerto común semillas de odio y de intolerancia, y que nuestras manos fraticidas disfrazaron de Arlequín, muchas veces, la diosa libertad, por quien ellos se sacrificaron.

Y con el valor de esas confesiones, tengamos también el de los arrepentimientos. Hagamos un voto solemne y entusiasta por buscar, en una paz digna y fecunda, el remedio de todos nuestros quebrantos.

Ved cómo a la sombra de ella florecen vuestras mieses y cómo se doblegan sobre el surco cargadas de granos las espigas; oíd cómo aletea el motor en los talleres y cómo resuena aprisionando entre los riscos de nuestras cordilleras el silbato de las locomotoras; escuchad cómo el hacha del labrador canta entre las maderas de la fronda el himno victorioso del vigor y del trabajo.

¡Salve pueblo de Antioquia, en cuyas entrañas profundas y proceras va engendrada la paz y, con ella, el porvenir de la República! A tí la gloria de haber enseñado a Colombia el milagro del orden y de haber fundado en ella la escuela del respeto a la ley y de la verdadera libertad política!

Y salve a tí también pueblo de Caldas, pueblo hermano, engendrado con nuestras mismas glorias y dolores, que has ido a colocar en las almenadas cumbres del Ruiz, muy alto, donde todos lo vean, como nido de condores, el hogar y los blasones de una raza. ¡Nuestros son tus triunfos y nuestras tus desventuras.

Juntos vamos, lleno el pecho de fe y los brazos de pujanza, a esta santa cruzada de la paz, de la civilización y del trabajo redentor y fecundo. Y cuando Colombia sea grande y el sol de la justicia alumbre para todos y haya germinado esta semilla de tolerancia que hemos depositado cariñosamente en el surco de la conciencia nacional, juntos nos sentaremos en el hogar de nuestra madre común a libar con ella el licor saludable de las victorias definitivas.

¡ Honor y gloria a nuestros padres libertadores !

Medellín, 11 de Agosto de 1913.

CLODOMIRO RAMIREZ.

El día 10 de Agosto, víspera de la fecha clásica, se habían comenzado las festividades en la ciudad de Antioquia, donde cien años antes se hiciera por el Dictador-Presidente la declaratoria de *independencia absoluta*. En representación del Sr. Gobernador, impedido para asistir a ellas por la recepción de los visitantes y los preparativos de las que en Medellín habían de celebrarse, concurrió el Sr. Director General de Instrucción Pública, Dr. D. Pedro Pablo Betancourt V., en unión de D. Alfonso Robledo, Representante del Departamento de Caldas. Cuatro días duraron allí los festejos, que resultaron dignos de la cultura de sus habitantes, sobre todo los actos religiosos, celebrados con mucha pompa ante numeroso concurso.

En ese día 10 y en los siguientes, llegaron a Medellín la mayor parte de los visitantes.

Los Delegados oficiales fueron alojados y atendidos, por cuenta del Gobierno de Antioquia, en la casa número 30 de la Calle de Caracas, contratada especialmente para tal fin y cuya administración corría a cargo de la Sra. Doña Paulina Isaza de Montoya. No habiendo sido suficiente esta casa, se tomó una más, situada en el Paseo de la Playa, para el alojamiento de otros Delegados venidos posteriormente. Algunos pocos fueron llevados a sus propias moradas por amigos particulares.

Para vivienda del Cuerpo Diplomático, el Gobierno había tomado también la casa-quinta de los herederos de D. Gabriel Echeverri Villa, en la Calle

de Colombia, con todo su mobiliario, y puesto al frente de ella a la Sra. Doña Dolores Pérez de Lalinde.

D. Gonzalo Mejía, en su nombre y en el de sus hermanas, había ofrecido gratuitamente a la Junta del Centenario la casa de habitación de su familia, en la misma Calle de Colombia, con toda su vajilla, adornos y mobiliario, para destinarla a parte del Cuerpo Diplomático, y habiéndola entregado, efectivamente, a un representante del Gobierno, éste la puso al cuidado de la Sra. Doña Ana Restrepo de Santa María y la dedicó a los Ministros.

Tratóse de hacer cómodo y fácil el viaje de los visitantes, hasta donde fuera posible, concediéndoles a todos pasaje de favor en el Ferrocarril de Antioquia, y procurándoles vehículos adecuados para los otros caminos.

Los Representantes más conspicuos y los Miembros del Cuerpo Diplomático, fueron atendidos por el Gobierno desde que pisaron territorio antioqueño, y a estos últimos los obsequió patriótica y desinteresadamente en el Magdalena, entre La Dorada y Puerto Berrío, tanto a la venida como a la vuelta, la Compañía Antioqueña de Transportes, cuyo Gerente, D. Juan de la Cruz Escobar, merece especiales elogios.

En la mañana del día 14 de Agosto, jueves, por iniciativa del Vicepresidente del Senado, General D. José M.^a Ruiz, partieron de Medellín para la ciudad de Rionegro, en peregrinación a la tumba del Dictador D. Juan del Corral, varios Delegados a las fiestas del Centenario y algunos particulares patriotas. Componían la cabalgata los Sres. General José M.^a Ruiz, General Lácides Segovia, Dr. Tomás Quevedo Alvarez, Enrique Peñaredonda, Dr. José J. Casas, Dr. Francisco Sorzano, General José J. Caicedo, Manuel Pombo, Raimundo Rivas, General Carlos A. Neira, Dr. Roberto González, Emilio Delgado, Jorge Wills Pradilla, Vicente Herrera, Jorge Baños Z., Francisco Reyes, José J. Aristizábal, Tomás Sanín, Nicanor Restrepo Giraldo, Gabriel Cano, Gabriel Arango M., Nicolás Toro, Alberto Martí y Dr. Lázaro Tobón.

Fueron recibidos, alojados y festejados galantemente por la sociedad de Rionegro. Desde uno de los

balcones de la Plaza Principal, presentóles la bienvenida el Dr. Campo Elías Aguirre, en los siguientes términos:

Señores:

En nombre del pueblo rionegrero os doy la bienvenida y os ofrezco la sincera amistad de los generosos y nobles habitantes de esta villa.

Vuestra visita es honrosa y os la agradecemos emocionados, ya que venís a rendir el homenaje de nuestras recordaciones preciosas a las sombras queridas de Córdoba y de del Corral, sobre las tumbas de esos dos hombres que bastan, por sí solos, para hacer inmarchesible la gloria de la Nación colombiana.

Llegáis a la tierra que escribió en la historia de la Patria una página de épica brillantez; habéis llegado a Rionegro, en cuyo seno la ciudadana libertad tiene su templo portentoso, empurpurado con la sangre de los viejos luchadores, que cayeron victoriosos, abrazados con amor al pabellón de la República.

Aquí, en esta casa, el Presidente Dictador de Antioquia quitó a los negros infelices la coyunda de la esclavitud; en esta casa, D. Juan del Corral, cumplida su misión, expiró, dejando a los antioqueños como amos libres en las libres montañas que le han dado a la raza la indomeñable altivez y el poderoso nervio de colosos del trabajo, con que aparecemos caracterizados ante el mundo.

En esa plaza y por esas calles, el 7 de Febrero de 1813, circuló la multitud delirante, entre el ruido ensordecedor de las cornetas, las campanas y los vítores, porque el Senado Consistorial de Rionegro acababa de negar, en ese mismo día, toda obediencia al Rey Fernando VII.

No muy lejos está el Santuario, en donde brazo cobarde, con traidor sablazo, rompió el cráneo del hijo mimado de Marte, del General José M^a Córdoba, que ciñó en Ayacucho, a sus sienes juveniles, los laureles de la inmortalidad.

Dos cuadras no más nos separan del edificio que albergó a los Constituyentes del 63, los locos sublimes de que hablaba Víctor Hugo.

En fin, la villa que se alegra con vuestra llegada, es un cofre invaluable que guarda las preclaras joyas de sus hechos pretéritos.

A algunos de vosotros, a los que estáis investidos con el sagrado carácter de Padres conscriptos de Colombia, os pido que llevéis de Rionegro, a las curules del Congreso, más encendida el alma en el santo deseo de hacer la felicidad de la Patria, defendiéndola, honrándola y vengando sus afrentas.

¡Perdonad que os recuerde dos nombres que traen al corazón dos amarguras nacionales: Panamá y Putumayo!

Sed bienvenidos, ilustres huéspedes. Os damos lo que tenemos con espontáneo cariño, como hospitalarios castellanos de pura cepa. Cada mano que estreche las vuestras, es la de un amigo que os agradece el honor de la visita.

Por la tarde de ese mismo día se trasladaron los peregrinantes a la iglesia, a depositar sus coronas en la humildísima tumba del Dictador, y luégo al cementerio, a visitar el monumento donde reposan las reli-

culas del bizarro General Córdoba. Allí habló, con patriotismo ferviente, en frases improvisadas, el Representante del Senado, Dr. Tomás Quevedo Alvarez. En la Plaza Principal dirigió la palabra al pueblo el General José M^a Ruiz, después de haber colocado en la de los Próceres la primera piedra para el monumento decretado por el Congreso de Colombia a la memoria del mártir de la Independencia, General Liborio Mejía. Dice así su discurso:

Señores:

El Senado de la República, para corresponder a la galante invitación que se le hizo por el Gobierno del Departamento de Antioquia, tuvo a bien elegir al Sr. General Lácides Segovia, al Sr. Dr. Quevedo Alvarez y a mí, para representar esa alta Corporación del País en las festividades que, con motivo del primer Centenario de la Independencia de Antioquia, se celebran en Medellín.

Honra tan alta, cuanto innecesaria, por lo que a mí toca, y que es, a mi ver, indeclinable, me tiene hoy en este puesto, haciendo uso de la palabra, que con benevolencia suma, que sé agradecer, me han concedido mis compañeros del Senado, los de la Honorable Cámara de Representantes y muchos otros caballeros no menos distinguidos, aquí presentes, y que vienen comisionados por distintas entidades para tomar parte en esta importante festividad.

Señores:

Cuando de solemnidades semejantes a las que hemos venido a presenciar se trata, vienen a la mente y allí se atropellan y se agitan en inquieta confusión, los recuerdos de la sangrienta Conquista, de la opresiva colonización y de la heroica independencia, de que fueron actores principales, en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, la Nación más grande entonces de Europa, la España de Fernando el Católico y de Carlos V, en cuyos dominios no se ponía el sol, y los pueblos cuyo descubrimiento debió el mundo al genio del ilustre genovés Colón.

No soy yo, señores, de los que todavía increpan a la Madre Patria las crueldades de los Conquistadores y el bárbaro sistema de gobernar sus colonias. Así como "cada día trae su afán", dominan en cada época de la vida de los pueblos distintos ideales y muy diversos criterios.

"Culpa fue del tiempo y no de España", ha dicho un eminente pensador, y en eso están conformes todos los que, atentos a las leyes sociológicas a que están sometidas todas las agrupaciones humanas, y que son tan ineludibles y naturales como las demás que rigen el Universo, saben que no está nunca exenta de dolores y amarguras cada una de las etapas que marca los avances de la humanidad en su marcha progresiva hacia la perfección, sea moral, material o intelectual.

La libertad, que es el bien supremo a que aspiran y por cuya posesión luchan sin tregua individuos y colectividades, nació para América casi a la vez que en Europa; en ese entonces, como hoy, emporio de la civilización cristiana, se llevaban a cabo, con enor-

mes sacrificios de sangre y de riqueza, las más grandes reformas sociales, religiosas y políticas que ella impone.

Los primeros indicios que de la aspiración a la Independencia dieron las colonias Hispano-americanas, siguieron casi inmediatamente a la proclamación de la de los Estados Unidos del Norte.

Alumbró casi simultáneamente a todo el nuevo mundo la aurora de la libertad, y surgieron, como por encanto, de la oscura ignorancia en que, por acertado sistema de sus amos, yacían sumidos los naturales, surgieron, digo, hombres que, como verdaderos predestinados, llegaron ampliamente provistos de todos los conocimientos necesarios, para hacer fecunda entre los pueblos la benéfica simiente que empezaba a germinar. No podía el Nuevo Reino de Granada quedarse rezagado y mudo en el hermosísimo concierto con que los pueblos americanos saludaban el advenimiento de la Libertad, y tomó en él, con varonil entusiasmo, la parte que le correspondía.

Vino, como era de esperarse, la cruenta lucha entre los que querían conservar el fruto de sus esfuerzos conquistadores, y los que anhelaban ser libres; fue entonces cuando el mundo entero presencié ese gran espectáculo de la guerra de la Independencia, el que si en su conjunto tiene la sublime majestad de todo lo que es noble y generoso, cuenta entre sus detalles escenas que parecen creaciones de la fábula, o fantásticos relatos de imaginaciones febriles.

Como astros de primera magnitud, aparecieron en el cielo de la Patria, durante la época del más rudo bregar, hombres de la talla de Juan del Corral, el Prócer momposino; José María Córdoba, Liborio Mejía, Cabal, Restrepo, y cien, y cien más, nacidos en el seno de las mismas montañas que habían presenciado las proezas de sus antepasados. No podían hacer menos los héroes antioqueños que imitar los ejemplos de valentía, de audacia y de tenacidad que les habían legado, por una parte los César, los Babillo y los Robledo, y los Nutivara, los Quimuchi y los Corí, por otra.

Fue con esforzado empuje como Antioquia contribuyó al triunfo completo de la causa de la Independencia, y no son pocos los nombres de sus hijos que se registran en el martirologio de la Libertad.

Si la gratitud, señores, eleva y ennoblece a los individuos, con mucho mayor razón dignifica a los pueblos. Desventurados aquellos y éstos si olvidan, como malos, a sus antecesores. Las festividades que hemos venido a presenciar, son testimonio elocuente de que los antioqueños no deben contarse entre éstos.

Hijos todos nosotros de la Patria común, amantes todos de las glorias de sus Próceres, venimos a tomar parte en esta solemne conmemoración con la que la gratitud del pueblo antioqueño ensalza a los preclaros fundadores de su Independencia.

Modestísima ofrenda, en verdad, depositamos ahora en la tumba de quien exaltado ya por su épica proclama, por la que desconoció en absoluto la supremacía de la Corona española, se hizo más grande, si cabe, con la libertad de los esclavos, que dio a la Nación tantos ciudadanos, y reivindicó a la vez uno de los más sagrados fueros de la humanidad.

Descansen en paz las cenizas del ilustre hijo adoptivo de la legendaria Antioquia.

Para su nombre no se hizo el olvido. Vivirá de generación en generación, como tipo de valor, de abnegación y de virtud civil.

Y al huérfano hijo de la gentil Ríonegro; al héroe de Tenerife y de Ayacucho, ¿por qué habría de cubrirle la sombra con su pesado manto?

Resuena aún en todos los ámbitos de las cinco hijas del sublime Libertador la hasta entonces desconocida voz de mando del tiellito Córdoba, y es inolvidable la epopeya que escribió con la punta de su espada.

No importa, nó, que todavía existan quiénes pretendan arrebatarnos las mejores páginas de esa gloriosa epopeya.

No importa, nó, que manos sacrílegas hayan intentado profanar la Historia, creando un homónimo apócrifo de nuestro ilustre conciudadano.

Inflero, por la índole de la vergonzante adulteración, que son sus autores los mismos usurpadores de nuestro territorio amazónico, los detentadores de nuestra riqueza, nuestros libertos de Ayacucho, en fin.

Sea de ello lo que fuere, viven y perdurarán en la memoria de todos los colombianos los nombres venerandos de Corral y de Córdoba, a quienes muy especialmente dedicamos la modesta ofrenda de patriótico recuerdo. Para ellos, como para todos los Próceres y mártires de nuestra emancipación política, la grandiosa apoteosis. Para los otros, para sus detractores, la execración, y mejor aún, el olvido. Para nuestros hijos, el porvenir de grandeza y de gloria con que soñaron nuestros libertadores. Hagámonos dignos de sus heroicos esfuerzos, de sus ingentes sacrificios, y de sus sublimes virtudes, fundando, a la sombra bienhechora de la paz, la República verdadera.

En este mismo lugar habló también, en galana improvisación, a instancias de varios amigos, el Gral. Lácides Segovia.

Por la noche fueron obsequiados los huéspedes con una retreta, y al día siguiente, con un baile en casa del Sr. D. Jorge Sanín.

Merced a invitación de los Sres. Felipe Ramírez y Román Gómez, visitaron asimismo algunos de los Representantes la vecina ciudad de Marinilla, donde también se les atendió dignamente.

El día 16, sábado, regresaron a Medellín los paseantes.

DÍA 16 DE AGOSTO, SÁBADO

Aunque, según el programa oficial, las festividades sólo debían tener principio en esta Capital el día 17, comenzaron prácticamente la víspera, con la lle-

gada del Cuerpo Diplomático y algunos otros Delegados y muy distinguidas damas que los acompañaban.

A eso de las cuatro de la tarde, arribaron en tren expreso a la Estación del Ferrocarril en Girardota los Sres. Diplomáticos, Representantes de Francia, Chile, Bélgica, Ecuador, Cuba, Perú y Bolivia; el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Dr. D. Antonio Gómez Restrepo, Delegado del Poder Ejecutivo Nacional, del Ministerio a que pertenece y de la Academia de Historia; el Sr. D. Franz Hederich, Encargado del Ceremonial y Delegado de la Escuela de Comercio de Bogotá; y los Sres. D. Luis del Corral, otro de los Delegados del Poder Ejecutivo y Comisionado también por la Sociedad de Agricultores; el Dr. D. Agustín Uribe, por la Cámara de Representantes, la Universidad Nacional y la Academia de Medicina; D. Jorge de la Cruz, por el Ministerio de Obras Públicas; D. José M^a Sáenz, por la Asamblea de Cundinamarca; D. Rafael Mallarino, por la Gobernación del mismo Departamento; y D. Luis Cano, por la Prensa de Bogotá. Con ellos venían las Sras. Doña Paulina Mallarino de Gómez Restrepo, Doña Manira de la Torre de Orrantia y Doña Pepa Botero de Mallarino, y las Sritas. Doña María Teresa y Doña Inés Sáenz, así como el autor de esta Crónica que, en su calidad de Secretario de Hacienda del Departamento y Jefe de la Comisión especial nombrada para la recepción del Honorable Cuerpo Diplomático, había ido hasta Puerto Berrío a recibir y saludar en nombre del Gobernador a los connotados viajeros.

En la Estación de Girardota, y posteriormente en varios puntos del camino, hasta muy cerca del paraje conocido con el nombre de *La Legua*, salieron al encuentro de los que llegaban varias Comisiones o amigos; el Gobernador del Departamento; Doña Rosa Gaviria de Ramírez (su esposa), Doña Amalia Santa María de Angel, Doña Lila Villa de Greiffenstein, Doña Alicia Sánchez de Gil, comisionadas especialmente para recibir a las damas; los Miembros de la Junta del Centenario; el Cuerpo Consular; los Jefes del Regimiento Girardot; el Comandante de la Poli-

los Delegados del Club Unión y de la Sociedad de Mejoras Públicas; la Colonia Francesa y muchas personas más, hasta completar, ya en las calles de la ciudad, una comitiva de más de ciento, transportada por unos treinta automóviles, en fila ordenada, y en su cabeza marchaba el de propiedad particular de D. Gabriel Echavarría, adornado con el escudo de la República entre dos banderas nacionales, teniendo por *chauffeur* a su galante dueño, que llevaba a su lado al Sr. D. Jesús Cock, Comandante de la Policía, y conduciendo al Secretario de Hacienda y al Encargado del Ceremonial, acomodados en dos asientos laterales, y, en el fondo del vehículo, a Su Señoría el Gobernador del Departamento, con Su Excelencia el Sr. Ministro de Francia a su derecha, y Su Excelencia el Sr. Ministro de Chile a la izquierda.

Hermoso y pintoresco fue el desfile por la Carretera del Norte. El tiempo era una de esas tardes espléndidas de nuestro Valle, en que hay derroche de luz en la atmósfera, gala de azul en el cielo, profusión de vivos colores en el paisaje, y en que la vista se espacia voluptuosamente en la infinita variedad panorámica que guarda en cada recodo una sorpresa y alegra y fortifica el ánimo del viandante. Flotaban crujientes al aire banderolas amarillas, azules y rojas que adornaban todos los automóviles; sonaban bocinas, sirenas y ranas; acudían curiosas las gentes del vecindario a los setos y valladares, o se arracimaban en las puertas de las casuchas o en los corredores de las fondas, cada vez en grupos más densos, a medida que iba avanzando veloz aquella serpiente mugidora de cuatro o cinco cuadras de largo.

Al llegar a la Capilla de Jesús, la comitiva hizo alto por algunos instantes. Allí estacionaba, en traje de parada y en formación correctísima, una Compañía del Regimiento Girardot, a la cual se había adjuntado la Banda. Los soldados presentaron las armas, y sonó por primera vez en estas festividades el Himno Nacional, que los concurrentes escucharon de pie y con la cabeza descubierta.

La entrada a Medellín se hizo a eso de las cinco de la tarde. La muchedumbre era numerosa por don-

dequiera que pasábamos, pero de una corrección impecable. En todos los edificios flameaba el pabellón nacional, dando a la ciudad un alegre aspecto de fiesta. Aquí y allí lucían también los colores de alguna nación amiga, cuyos hijos o representantes querían participar de nuestros regocijos patrióticos.

Después de un paseo por las principales plazas y calles de la ciudad, la cabeza de la comitiva se detuvo ante la casa de la familia Mejía Trujillo, en donde fueron alojados los Sres. Ministros de Francia y de Chile, el Encargado de Negocios del Ecuador y su señora esposa, el Encargado de Negocios de Cuba, el Subsecretario de Relaciones Exteriores con su señora y el Jefe del Ceremonial Diplomático.

La Comitiva empezó entonces a desbandarse, y el Secretario de Hacienda, acompañado de los Cónsules de la Gran Bretaña y de Bélgica, condujo a la casa de D. Gabriel Echeverri, algunas cuadas más arriba, al Encargado de Negocios de este último País y su Secretario, al Encargado de Negocios de Bolivia y al Secretario de la Legación del Perú.

Quedaban ya, pues, instalados todos los Representantes. Al día siguiente debía empezar a desarrollarse el programa de los festejos.

—

DÍA 17 DE AGOSTO, DOMINGO

A la 1 p. m., Recepción Oficial.

Un poco antes de la hora fijada, llegó a la Casa de Gobierno, en automóvil descubierto, el Sr. Gobernador, acompañado de sus Secretarios de Hacienda y de Instrucción Pública y del Sr. Vicepresidente del Tribunal Superior, todos en traje de rigurosa etiqueta. Se había acicalado un poco el edificio, para hacerle perder algo de su aspecto desairado y vetusto. El Salón de Sesiones de la Asamblea, donde la recepción debía efectuarse, se hallaba decorado con banderas nacionales, entrelazadas con las de los países amigos representados en las festividades. Encima del puesto de honor pendía el Escudo de Armas de Antioquia que, expresamente y por primera vez se ejecutaba y

que realizó, por encargo de la Junta del Centenario y de acuerdo con una Comisión de la Academia de Historia, el artista fotógrafo Sr. D. Daniel A. Mesa : *Una matrona vestida y adornada a la indiana, sentada entre el plátano y la palmera, y reclinada al pie de un arco de oro, con un río caudaloso a sus pies, encasquetándose, en la más airosa actitud, el gorro de la libertad.* Al frente se ostentaba, en hermoso marco, una buena edición del Acta de la Independencia de Cundinamarca, obsequiada por aquél a este Departamento. Sobre una mesa se hacinaban, en azafates de metal, pequeños prendedores para el pecho, con una reproducción del Escudo, destinados para los Delegados y concurrentes.

Colmadas estaban las barras de espectadores, correctos y respetuosos. Esta actitud de respeto y de compostura, mantenida invariablemente por el pueblo de Medellín durante todas y cada una de las festividades, es una buena nota de educación, que motivó frecuentes elogios de los Delegados, especialmente de los Diplomáticos, y que dice mucho en pro de la cultura alcanzada por quienes ayer no más eran, como toda muchedumbre anónima e irresponsable, un tanto alborotados e irreverentes. Hubo siempre perfecto orden en las masas y ausencia absoluta de las antiguas borracheras y de los groseros gritos de otros tiempos.

A la una fueron recibidos todos los Representantes Colombianos. La Banda, que estacionaba en la calle, ejecutó el Himno Nacional. En cordial improvisación, con palabras de paz y de simpatía, presentóles su saludo, a nombre de Antioquia, el Sr. Gobernador del Departamento. Contestáronle, por las entidades que respectivamente representaban, el General José M. Ruiz (del Senado), el Dr. José J. Casas (de la Cámara), el General José J. Caicedo, Secretario de Hacienda de Cundinamarca, quien hizo entrega formal del Acta de la Independencia a que antes se ha aludido, y el Dr. Antonio Gómez Restrepo (por el Presidente de la República). Oraciones improvisadas fueron también las suyas, breves, castizas y llenas de galantes frases para el pueblo antioqueño y de

discretísimos elogios para su primer Magistrado. Leyó luego el elocuente y hermoso discurso que a continuación insertamos, el Sr. D. Alfonso Robledo, Delegado especial del Departamento gemelo de Caldas, en cuyo nombre ofreció al Gobierno una hermosa medalla de oro, de unos ocho centímetros de diámetro, y que presenta en relieve, por el anverso, el panorama de la ciudad de Manizales, entre dos ramos de mirto, y por el reverso, la leyenda dedicatoria.

El Sr. Representante de Caldas se expresó en la forma siguiente:

SEÑORES:

Fecundo en recuerdos gloriosos es para Colombia el año de 1913, año que en sentir de algunos historiadores tiene tanto valor conmemorativo como el de 1910. Celebró primero la simpática ciudad de Rionegro una fecha importante de su calendario político; recordó en seguida la bella ciudad del Zulia, la brillante jornada en que Bolívar destrozó los tercios de Correa, para comenzar la célebre campaña que hubo de llevarle de triunfo en triunfo hasta Caracas, como en un vértigo de gloria; la floreciente capital del Atlántico, a su turno, recordó con entusiasmo la fecha en que obtuvo su carta municipal, que le confería el título de villa; pocos días há, el pueblo de Cundinamarca leyó con respeto la famosa acta que puso fin a nuestra primera discordia doméstica en la que estuvo a punto de perecer el árbol de la libertad naciente; pasados pocos meses, hemos de recordar el más sublime sacrificio de la independencia, aquella hora de angustia suprema en que, ya sin pendón las huestes libertadoras, un gallardo joven supo mostrar que esa bandera podría hacerse de fuego, y la alzó como una luz de esperanza en el campo de San Mateo; toca hoy a nuestra querida Antioquia honrar a los eximios varones que proclamaron la independencia de esta provincia, y señaladamente a aquel hombre afirmativo que supo honrar un título de suyo odioso, acertado en el prever, enérgico en el obrar, hombre que aquí se ganaba el respeto de todos por su actuación rápida y brillante, al mismo tiempo que el corazón de Girardot era llevado con solemne pompa por los caminos de Venezuela, haciendo preguntar a las multitudes entristecidas qué tierra había sido la genitora de aquel guerrero llorado por Bolívar, qué extraña influencia ejercía, sin calor ya, ese manojo de nervios heroicos bajo una urna de cristal guardado.

Bien está que cada provincia recuerde sus luchas y ensalce a sus héroes, pero sin apartar la vista de ese pendón glorioso que simboliza la Patria, de esa madre que nos sonrío satisfecha desde su cumbre serena, pues bien sabe que tuyas son, ante todo, las glorias que celebramos. El entusiasmo con que estas grandes fechas son saludadas, harto indica que por las raíces de la Patria circula aún la savia de una vida profunda, y ello hace reverdecir la esperanza, pues pueblo que honra a sus hombres es pueblo que comprende sus deberes; pueblo que recuerda sus batallas es pueblo que estima la paz a tan alto precio conquistada, la paz que tiene también sus glorias y sus héroes.

Reunido en cierta ocasión con sus amigos de juventud un ilustre filósofo francés, hubo de comenzar su discurso con estas palabras: "Los que aquí nos congregamos somos franceses, pero franceses de Bretaña." Algo semejante podría yo decir en esta ocasión solemne: todos los aquí reunidos somos colombianos, pero casi todos colombianos de Antioquia. Esta es en verdad para los Departamentos de Antioquia y de Caldas, su fiesta de familia. Los miembros dispersos del viejo hogar antioqueño, tornamos hoy a la casa solariega, y sentados a la sombra de un recuerdo glorioso, vamos a comunicarnos, en mutua y cariñosa confidencia, nuestros triunfos y nuestras derrotas, nuestros temores y nuestras esperanzas.

Pero ante todo, dejadme decir el placer que la vista de esta ciudad me causa, ciudad que no es para mí extraña, como no es extraño lo que se ha amado con el hervoroso entusiasmo de los quince años. Bajo este cielo radiante despertaron mis primeras ideas y eché a volar mis primeros sueños; amigos de colegio dejé ayer aquí, casi niños, a quienes hoy apenas reconozco, pues ya sus cabellos ostentan esa primera espuma que en las frentes deja la ola revoltosa de la vida. Amando yo tanto a Medellín, ya podréis suponer que ninguno de sus progresos ignoro. Edificios de hermosa y sólida arquitectura; fábricas que levantan su columna de humo negro, que es la bandera de la civilización; industrias de tejidos donde los lízos se cruzan para formar el fino hilado o la trama resistente; un activo comercio cuya proverbial honradez nos recomienda y acredita en los mercados extranjeros; instituciones bancarias fuertes y previsoras que llevan la sangre al organismo industrial; un ferrocarril que en la calle truena, y otro que en La Quebrada se detiene, pero que no quiebra vuestras energías; el proyectado ferrocarril de Occidente que un día más o menos remoto nos hará dueños de una región ubérrima, región que en sueños vio poblada el poeta caucano. Esto en cuanto a lo material atañe, que si otro escalón se sube, fuerza es admirar una prensa ilustrada y sería que sólo en el bien público se inspira, no menos que un acopio de libros originales y nutridos de pensamiento, flores de rica intelectualidad, que crecen en un Medellín interior y silencioso que pocos sospechan, en un campo secreto cultivado por modestos pensadores que gastan en el estudio y la meditación el afán que otros llevan a los negocios y granjerías. Hé aquí vuestra obra.

Si a tal grado de prosperidad no alcanza el Departamento que, sin yo merecerlo, tengo el honor de representar en esta fiesta centenaria, bien puedo decir, sin embargo, que en punto de progreso no anda él muy zaguero. Harto sabido es el desarrollo e incremento que han tomado ciertas regiones, como la del Quindío, donde la lucha de los colonos antioqueños realiza cada día prodigios de actividad. En torno de una gran hacienda, o de una plantación de café hácese unas cuantas casucas, aseadas y limpias, que van trepando, una tras otra por la fragosa cordillera hasta encaramarse a la cima, y allí los colonos levantan iglesia, fundan escuela, establecen comercio y piden personería. Así se han formado con rapidez varias poblaciones como Armenia y Montenegro, Apía y el Santuario, Belalcázar y Pueblorrico. En cuanto a Manizales, bien sabéis que allí hemos menester una lucha incesante con el terrón que nos tocó en suerte, pues antes de construir el edificio hay que pensar en hacer el suelo, ora abatiendo el barranco, ora colmando el abismo. A pesar de todo hay hermosas construcciones, como la Plaza de Mercado, que a esta hora se inaugura en Manizales, obra levantada en sitio cenagoso donde pocos años há los atrevidos ra-

paces echaban sus balsas con riesgo de la vida. Sin estas dificultades no sería Manizales lo que hoy es. Si con ellas no estuviésemos tan encariñados, quizá habríamos ya desistido de oír el silbido de la locomotora, dado que nuestro suelo no consiente los renglones de hierro. De aquí que hayamos escogido un procedimiento más fácil: poner rieles al aire. El cable aéreo parece ser una realidad, y pronto verá Manizales coronada su obra más imperiosa.

A fin de que esta hora sea de saludables enseñanzas, preciso es que nuestro pueblo aproveche esta tregua de silencioso recogimiento para mirar de frente el porvenir y darse cuenta precisa de sus nuevos deberes. El primero, a mi juicio, es el de mantener en seguro esa bella tradición religiosa de nuestros abuelos, esa profunda fe cristiana que ha sido para Antioquia el elemento másculo de su progreso. Hay en nuestra tierra algo más hermoso que las montañas coronadas de nieve y que las rocas con cimientos de oro, y son otras cumbres y otras minas que llaman hogares. Allí está Antioquia, con sus defectos, pero también con sus grandes virtudes. Los padres son aquí, por punto general, como aquel acaudalado comerciante de Medellín, que cada mañana solía preguntar: "¿Qué haré hoy por la educación de mis hijos?" y que ha perpetuado su nombre en industrias que le cantan y en hijos que le honran. No importa que en esos hogares bandera azul o roja se levante; oculta, silenciosa, por el subsuelo va la savia cristiana que moja las raíces de los deberes. En esos sagrados santuarios forman sus hábitos los futuros ciudadanos, a favor del ejemplo que en torno miran y de la atmósfera de trabajo que les circunda. ¡Por Dios! No toquemos ese delicado-sentimiento religioso que es el alma de nuestro pueblo.

Hay quiénes se muestran poco satisfechos de nuestros métodos educativos. A fe que en cierto modo tienen razón sobrada. Falta hacer que nuestros jóvenes aprendan el evangelio de la alegría y la virtud de la sonrisa, privilegio de las almas fuertes y abiertamente sinceras; falta llevar a sus labores una pequeña dosis de ideal, de ese ideal que aconsejaba Sarmiento para los pueblos que comienzan; falta hacer mucho por la educación popular, hasta conseguir que el obrero halle más placer en la escuela que en la taberna. Pero no soy yo de los que exageran estos males y desconocen muchos bienes. Juzgada por sus resultados nuestra educación, paréceme que satisface. Los jóvenes educados en nuestros colegios, por punto general, muy alto han rayado en la ciencia y en la industria, en el Foro y en las artes; otros que frecuentan las aulas, camino llevan de conseguirse honroso puesto en la sociedad; nuestra educación no es refinada pero es maciza y sabe formar verdaderos hombres; nuestra clase obrera tiene el sentido del orden y es enemiga de motines y asonadas, porque sabe confiar en su propio esfuerzo; aquí no hay choques de gremios porque se ha levantado el nivel de la cultura popular, y porque las ruedas sociales no se oyen cuando el aceite de la caridad quiebra sus asperezas. Y cómo no habíamos de elogiar ese bendito sentimiento religioso, si él escribió la página más hermosa de que Antioquia se enorgullece. Aquí hubo de alzarse, tímida y pura la primera luz de ese sol que alumbró el día de la libertad a las razas esclavas de América; aquí inició su obra nuestro segundo Libertador, Félix de Restrepo, por cuyas ideas trabajó tenazmente D. Juan del Corral, hasta conseguir que ellas quedasen consignadas en la ley de 20 de Abril de 1814. Desde ahora os invito a celebrar esta fecha, más grande aún que la presente, porque es la fecha de Antioquia, de Colombia y de Sur-América.

honremos, por fin, al Dr. Carlos E. Restrepo, actual Presidente de la República, espíritu hospitalario a quien ya las pasiones medio pedestal han hecho, pedestal que en breve coronarán la reflexión y el patriotismo, cuando nuestros hijos piensen que bien merece un haz de palmas el que en medio de los partidos contendores supo colocarse como un algodón de tolerancia, suave y amorosísimo.

Bien está que la gratitud de Antioquia quiera exteriorizarse dando la vida del bronce a D. Juan del Corral en un monumento que tenga toda la solidez de aquel gran carácter. Al hermoso paraje donde su estatua se levante, iréis mañana vosotros en peregrinación solemne. Al mismo tiempo los hijos de Manizales llevaremos coronas al pedestal en que Caldas se muestra con su frente absorta y pensadora; y estos dos homenajes simultáneos serán uno solo; significarán que unidos debemos estar siempre, como unidos estuvieron Caldas y Corral en los días gloriosos de Bufú y de la Cana; unidos para conservar hasta el fin nuestras grandes tradiciones; unidos para trabajar en provecho de la gran Patria colombiana; unidos para mostrar que la buena política se hace con un poco de cordura y un poco de tolerancia.

Prenda de esa unión es la hermosa medalla que, en nombre del Departamento de Caldas, tengo la honra de poner en vuestras manos, Sr. Gobernador de Antioquia.

En acabando su discurso el Sr. Robledo, que fue muy aplaudido por el público, el Secretario de Hacienda y el Administrador General del Tesoro distribuyeron entre los Delegados y concurrentes los medalloncitos con el Escudo de Antioquia, que continuaron usando los agraciados durante los siguientes días de fiestas.

En seguida, siendo ya las dos de la tarde, el Secretario de Hacienda manifestó que la audiencia había concluido, y con calurosos apretones de manos se despidieron los Delegados.

Inmediatamente se presentó en el salón, en traje de rigurosa etiqueta, el Sr. D. Franz Hederich, Jefe del Ceremonial Diplomático, y anunció que el Honorable Cuerpo deseaba presentar sus respetos al Sr. Gobernador y solicitaba su audiencia. Complacido y honrado, concedióla su Señoría.

Trasladáronse los Sres. Diplomáticos desde la casa del Sr. D. Gonzalo Mejía a la de Gobierno, distante unas cinco cuadras de aquélla, en automóviles descubiertos. Servíanles de acompañantes los Miembros del Cuerpo Consular, Sres. Harold B. Meyerheim, Cónsul de Bélgica; Guillermo Camargo Lewy, Cónsul del Ecuador; Maurice Badian, Vice-Cónsul de la Gran Bretaña; José A. Gaviria, Agente Consu-

lar de Francia; y Silas H. Wright, Agente Consular de los Estados Unidos, a los cuales se adjuntó en la Casa de Gobierno el Dr. Fernando Vélez, Cónsul de España. Por ausencia transitoria, dejaron de concurrir el Sr. Carl Bimberg, Cónsul de Alemania, y el Sr. Daniel D'Achiardi, Agente Oficial del Reino de Italia, que son los otros Miembros del Cuerpo Consular residente.

Vestían el elegante uniforme de ceremonia el Sr. Ministro de Francia, el Sr. Encargado de Negocios de Bélgica y su Secretario y el Sr. Encargado de Negocios del Ecuador. Los demás, así como los acompañantes, de frac y corbata blanca, sin abrigo. Gracias a tales elementos, a la calidad de los personajes, al exotismo aristocrático de la indumentaria, a las llamativas condecoraciones que brillaban en el pecho de los Diplomáticos, a la corrección y apostura de todos, al buen orden y recogimiento observados por la muchedumbre, a los esplendores del día, el desfile resultó imponente y bello, sobre todo para un público acostumbrado a la humildad y llaneza de nuestras festividades oficiales y a su democrático estilo.

La Policía Departamental y el Regimiento Girardot formaban ancha calle de honor, desde el Parque de Berrío hasta la Casa de Gobierno. Precedidos por el Jefe del Ceremonial y por el Secretario de Hacienda, que había salido a encontrarlos hasta la calle, y a los sonos del Himno Nacional, entraron los Sres. Diplomáticos y su séquito al Salón de Sesiones de la Asamblea, donde fueron acogidos por el Sr. Gobernador con cordialidad y cultura.

El Decano del Cuerpo, Excelentísimo Sr. Vizconde de Fontenay, leyó, en francés, con elegante actitud, acción discreta, sonora voz y pronunciación límpida y pura, un galante discurso, cuya traducción, hecha por *El Sol*, de esta ciudad, y publicada en su número 656, es como sigue:

Sr. Gobernador:

Las primeras palabras que pronunciaré al llegar a esta ciudad, serán palabras de reconocimiento muy sincero que tengo el honor de expresar en nombre de todo el Cuerpo Diplomático acreditado en Colombia y residente en Bogotá.

El gran número de Legaciones extranjeras representadas aquí hoy, prueban, Sr. Gobernador, el interés con que ha sido acogida vuestra amable invitación, para concurrir a las fiestas del Centenario de Antioquia. Algunos de mis colegas, muy a su pesar, se han visto impedidos, por razones de fuerza mayor, para hacernos compañía: el Decano del Cuerpo Diplomático, Su Excelencia el Sr. Delegado Apostólico, atacado súbitamente de penosa y grave enfermedad, debe partir sin retardo para Europa, a fin de someterse a tratamientos médicos. Un duelo de familia cruel, ha herido, hace algunos días, a Su Excelencia el Sr. Ministro del Perú, quien, sin embargo, deseoso de que su Legación fuese representada en estas fiestas, ha delegado en su Sr. Secretario tal representación. Su Excelencia el Sr. Ministro de Italia, estaba para partir, cuando una recaída de enfermedad que padece, le obligó a renunciar en ese momento al proyecto que iba a ejecutar. Su Excelencia el Sr. Ministro de Inglaterra ha sentido más aún el no poder ser de los nuestros en el encanto de la hospitalidad de los antioqueños. En fin, el Sr. Encargado de los negocios de relaciones con los Estados Unidos de América, acababa de recibir la noticia de la llegada del nuevo Ministro de aquella Nación, y debía esperarlo en Bogotá. Todos, Sr. Gobernador, me han encargado de expresaros sus sinceros sentimientos por no haber podido corresponder a vuestra galante llamada.

En cuanto a nosotros, Sr. Gobernador, que hemos venido, estamos desde hace algunos días encantadísimos. Fueron desde luego los procederes corteses y amables de la Compañía de Navegación Antioqueña, después de la Compañía del Ferrocarril y por último el transporte al través de estas regiones tropicales y templadas, que conducen desde las riberas legendarias del Magdalena a la graciosa capital de Antioquia, regiones éstas en donde espléndida y lujuriosa vegetación, tan variada e intensa, demuestra claramente la riqueza y fertilidad de su suelo; la travesía de estas pintorescas montañas, a las cuales habéis sabido conservarles la gloria de sus selvas seculares, de donde brotan innumerables torrentes y cascadas, que constituyen no solamente el encanto para el viajero, sino que llevan a sus valles la riqueza de sus aguas fertilizantes.

En el Alto de La Quiebra descubrimos un panorama magnífico y soberbio que hizo concebir en mí la ilusión de que entraba por las nuevas puertas de otra nueva Suiza tropical. Y por último, Sr. Gobernador, la acogida tan cordial que nos habéis dispensado al llegar a esta simpática ciudad de Medellín, de la cual guardaremos siempre gratos recuerdos como un modelo de ciudad verdaderamente culta.

Debo confesaros, Sr. Gobernador, que todas estas muestras de buena acogida, no nos causaron sorpresa, porque ya habíamos oído hablar en Bogotá, superabundantemente, de la actividad industrial de los habitantes de Antioquia; del carácter hospitalario para con los extranjeros. Vuestros conterráneos de Cundinamarca se envanecen con orgullo fraternal, verdaderamente conmovedor, de las admirables cualidades de trabajo e iniciativa que os adornan.

Pero lo reconozco con mis colegas, en nombre de los cuales tengo el honor de hablar, que en nada de lo que sabíamos de vosotros hay exageración: todo aquí es digno de la fama de que goza.

También, Sr. Gobernador, si hemos venido tanto para participar amigablemente de las fiestas a que nos habéis convidado,

nuestro viaje también tiene otro fin que, ya lo tenemos expresado, nos será fácil de realizar; no es otro que el de enterarnos personalmente del desarrollo y de los progresos agrícolas e industriales de esta importante región. Vos quisisteis informar a nuestros Gobiernos de las cosas vuestras y tal vez no muy comunes en otra parte; nosotros queremos confirmar a los extranjeros, por haberlo así contemplado, la realidad del porvenir, al cual está llamado este país, tan inmenso por su extensión, tan rico por su suelo, tan precioso por los tesoros que encierran sus montañas y tan maravillosamente colocado entre los dos grandes Océanos.

Al emprender este viaje, nosotros hemos querido traer a Antioquia un testimonio incontestable del interés que todos los Diplomáticos acreditados de Colombia llevan a todas las regiones de vuestra bella patria, y hemos querido también procurarnos la posibilidad de referir a nuestros Gobiernos y a nuestros compatriotas lo que ha pasado por nuestra vista.

Permitidnos, pues, que os renovemos la expresión de sincera gratitud de los Diplomáticos aquí presentes, por la galante invitación que nos habéis hecho para visitar esta bella región de Antioquia, y debo—a la verdad—agregar lo reconocidos que estamos a Su Excelencia Sr. Dr. Urrutia, Ministro de Relaciones Exteriores, quien desde un principio insistió con nosotros para que accediésemos a vuestra llamada.

Os suplico, en fin, Sr. Gobernador, que presentéis nuestros más expresivos agradecimientos al Excmo. Sr. Presidente de la República, vuestro digno conterráneo, que dejará a su paso por la primera Magistratura de este país el renombre de un gran patriota, quien se ha esforzado siempre en dirigir a Colombia por las vías de la paz y del progreso.

Dióle las gracias el Sr. Gobernador, en términos apropiados, excusándose de no contestarle en su hermosa lengua, presentando a todos los Sres. Diplomáticos la más calurosa bienvenida, lamentando el que insuperables inconvenientes hubieran impedido a los otros Ministros residentes en Bogotá aceptar la invitación que se les hiciera, y deseando, en fin, que llevaran de Antioquia un recuerdo benévolo y la persuasión del aprecio en que aquí se les tenía y la gratitud que por su visita abrigábamos. Hízose nueva distribución de algunos Escudos de Antioquia, la Banda ejecutó en la calle la Marsellesa, en honor del Ministro Decano, y la recepción se dio entonces por terminada.

A las 3 p. m. Instalación de la Sociedad de Ingenieros.

Efectuóse a la hora indicada, en el mismo salón de las Recepciones. Concurrieron la mayor parte de los Ingenieros residentes en la ciudad. Por impedimento del Sr. Gobernador y en nombre suyo, presidió

la sesión el Administrador General del Tesoro, Sr. D. César García. Procedióse a la elección de dignatarios, y resultaron nombrados los Sres. Dr. D. Juan de la O. Posada, Presidente; Dr. D. Jorge Rodríguez, Vicepresidente, y Dr. D. Mariano Roldán, Secretario-Tesorero. Asumió en seguida la Presidencia el Dr. Rodríguez, por hallarse ausente el Dr. Posada, a quien correspondía por la reciente elección. Acordóse el envío de telegramas de salutación al Presidente de la República, a la Sociedad Nacional de Ingenieros y a la Facultad de Matemáticas de Bogotá, y se tomaron algunas resoluciones más, encaminadas a la formal constitución de la Sociedad y al principio de su funcionamiento. El Socio Dr. D. Pedro Rodríguez Mira discursó sobre la importancia de la Institución, el valor que la Ingeniería representa para el progreso de Colombia y el extenso campo de acción en que la Sociedad puede aprovechar, con patriótica iniciativa, las energías y capacidades de sus Miembros. Su disertación fue sobria y severa. Selecta concurrencia presenció este acto inaugural, que finalizó a las 4 y media.

Visitas oficiales de los Diplomáticos.

Entretanto, los Sres. Diplomáticos y el Sr. Subsecretario de Relaciones Exteriores, asesorados por el Secretario de Hacienda, fueron a depositar, ya en traje de levita y conducidos en automóviles, sendas tarjetas de visita a casa del Sr. Gobernador, del Ilmo. Sr. Arzobispo, de los más altos Empleados Departamentales y de los Sres. Miembros de Junta Nacional del Centenario.

Fiesta de la Congregación de Obreros.

Tomamos de la *Familia Cristiana*, número 388, la siguiente relación de esta interesante festividad:

LA CONGREGACION

de San José en el Centenario.

El 17 de Agosto, día en que Medellín daba espléndidamente principio a las fiestas jubilares de la Independencia, la Congregación de San José de Industriales y Obreros, inauguró dos de los

salones del edificio en construcción, contiguo a la Casa de Ejercicios.

Fue una fiesta de familia.

Era que en aquel día, no sólo la ciudad debía demostrar su regocijo con públicos y solemnes festivales, sino que los particulares, que no debían ni podían mostrarse indiferentes, se sentían forzados a manifestar sus sentimientos de amor patrio, con lo poco o con lo mucho de que podían disponer.

A este impulso obedeció la determinación acordada por la Junta Central Directiva de la Congregación, de inaugurar en el día de la Patria los dos primeros salones, fruto del trabajo de los Socios y testimonio de la generosidad de nuestro Prelado el Illmo. Sr. Cayzedo y de otros varios bienhechores.

Los salones engalanados con banderas, gallardetes y cortinas con los colores nacionales, ostentando nueva vida, recibieron a gran número de Congregantes y a varios caballeros.

El P. Director dedicó el acto a los bienhechores. El P. José Manuel Quirós, S. J. habló sobre la parte activa que el pueblo, principalmente los obreros, y el clero, tuvieron en la Independencia de Antioquia. El joven Luis Viana recitó una hermosa poesía del Sr. Gonzalo Restrepo J. sobre el Obrero, y el Sr. D. Juan Celis, Presidente General de la Congregación, desde que se fundó, leyó un informe en el cual hizo ver el próspero estado y la intensa vida de que disfruta esta simpática Asociación.

Alguno de los centros tiene ya local propio donde celebra sus reuniones y principia a desarrollar las empresas de Acción Social propias de la Congregación. Otro ha pedido una imprenta. Varios poseen aparatos de proyección y cinematógrafo, con qué amenizar sus reuniones. No son pocos los que tienen en buen pie la mutualidad, que les presta importantes servicios.

Allí comunicó el Sr. Presidente la obra benéfica y altamente social, que la Casa Alonso Angel y C^{ia}, con motivo de sus bodas de oro de fundación, hace a los Obreros de la Congregación de San José, cediendo un gran terreno, tres cuadras y media, donde se puedan edificar habitaciones baratas, y entrando en parte de una compañía de mil acciones que tendrá por fin principal la edificación de las habitaciones y la mutualidad en mayor escala y con más garantías para los asociados.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas con el coro de niños, amenizaron debidamente el acto. A las canciones de aire popular, hacían suceder otras de entonación guerrera. Esos niños, hijos del pueblo, que bajo la dirección de los hijos de San Juan Bautista La Salle se están formando a la vida culta, laboriosa y cristiana, con sus argentinas voces recordaban en aquellos momentos los que en sus triunfos y obras patrióticas, aclamaron a nuestros próceres Juan del Corral, Córdoba, Caldas, Nariño y a los no menos ilustres fundadores de nuestra nacionalidad, sacerdotes Miguel de la Calle y Jorge Ramón Posada.

El acto terminó con el canto del Himno Nacional, que todos escucharon de pie.

La Congregación de San José contará el 17 de Agosto entre los días memorables de la vida social, porque en él pudo contribuir con algo estable, que recuerde a sus socios el primer Centenario de la Independencia de Antioquia.

For la noche. Iluminación y Retreta.

A las 7 se tocó por la Banda Marcial una Retreta de gala en el Parque de Bolívar. La Compañía Antioqueña de Instalaciones Eléctricas, como obsequio al público y contribución a la fiesta del Centenario, hizo iluminar el Parque en esa noche y en las siguientes con una esplendidez nunca vista. Centenares de bombillas, metidas dentro de pequeños globos de colores y esparcidas profusamente, en maravillosos festones que iban de un árbol a otro o lucían, a manera de monstruosos frutos, entre el follaje, derramaban sus luces de ensueño sobre una compacta y susurradora muchedumbre, formada especialmente de damas, en hermoso atavío de fiesta, y entre las cuales figuraba todo lo que Medellín tiene de más elegante y más bello en la alta sociedad femenina, que es su complacencia y su orgullo. El aspecto del Parque de Bolívar en aquella noche de gala, era verdaderamente suntuoso.

A las 8 p. m. Festival en la Universidad de Antioquia.

Fue una sesión seria y solemne, digna del primer establecimiento educacionista de Antioquia. Tuvo lugar en el anchuroso patio del instituto, dispuesto y adornado convenientemente. En un estrado se hallaban el Gobernador, los Miembros del Cuerpo Diplomático y los Representantes oficiales. Al frente, en otro estrado más pequeño, los Superiores del plantel y los oradores que en esa ocasión debían llevar la palabra. Allí se habían colocado también los objetos cuya solemne entrega era el fin principal de aquella fiesta. Entre ambos estrados se agrupaban los Profesores y algunos invitados de distinción. En uno de los extremos del patio, un piquete del Regimiento Girardot; en el resto, así como en la galería de arriba, selecto concurso de gentes, muy especialmente de damas. La mayor parte de los alumnos ocupaba los corredores.

Al són del Himno Nacional, de pies, respetuosamente, la concurrencia, se izó, saludada por el piquete de soldados con los honores de ordenanza, la lujosa Bandera Nacional con que los Profesores obsequia-

ban al instituto, como recuerdo del glorioso Centenario de nuestra Independencia. Ofreciéndola, por delegación de sus colegas, el Profesor de Medicina Dr. D. Alfonso Castro, con las siguientes briosas y expresivas palabras :

SEÑORAS, SR. RECTOR, SEÑORES:

Designado por el Cuerpo de Profesores de la Universidad, vengo con viva emoción, a dejar en poder de la juventud de Antioquia, la gloriosa bandera de la Patria.

Se ha creído que este centro de cultura, donde se fragua mucho del porvenir de Colombia y palpita en germen gran parte de su futuro esplendor, debe guardar todo aquello que en una u otra forma le recuerde el alma nacional o le sugiera los nobles ideales a que aspiran las más altas colectividades humanas. Por eso en esta fecha de evocaciones de libertad y heroísmo, se ha convenido en traer al seno de la Universidad, fecundísima y noble madre, el busto del Libertador, el escudo de la Nación y este hermoso trapo tricolor que recata los amores de todo un pueblo, sus sueños de grandeza, el recuerdo de sus epopeyas, sus dolores, sus aspiraciones y sus odios.....

Y por cierto que el acto recata un símbolo de belleza íntima y profunda. El espíritu de la Patria, que se oculta en la bandera, abandona hoy el estruendo de las plazas públicas y de los campos de guerra, para buscar refugio en este sitio de atmósfera serena, donde la filosofía y la ciencia tienen su asiento y donde el silencio de los claustros sólo es turbado por la ebullición de las ideas.

Viene a encender el amor por la patria en los pechos juveniles y a sugerir con su ondear gallardo el pasado glorioso, poblado de las gestas de héroes y mártires, que afianzaron la soberanía de este pedazo de tierra americana..... Son legión; en las brumas del recuerdo la mente los confunde: avanzan los precursores con Nariño a la cabeza, trastornando las conciencias con sus ideas revolucionarias y acendrando entusiasmo en almas ensombrecidas por la esclavitud; el Dictador Juan del Corral se halla entre ellos. Los libertadores aparecen capitaneados por Bolívar, a cuyo lado marchan Córdoba y Atanasio Girardot, el coraje en el pecho, en alto los aceros luminosos, mostrando las cimas donde soplan los vientos recios y tónicos de la libertad. Después los pensadores: Caldas el sabio, es quien los guía, convencido de que la tiranía no alienta ni prosperan los hombres providenciales donde florece la ciencia; Santander siéntese honrado en ese grupo..... Arómase el ambiente con fragancia de amor: es que asoman sus rostros delicados las mujeres, precedidas por Policarpa Salabarrieta, la doncella. Han querido que la Patria tenga por cimientos no sólo estrépito de cañones y fusilería, sangre, fuego y muerte, sino también el palpitante de almas femeninas; la gracia y el encanto de tiernos corazones de mujer, que por siempre tornan bella la vida.....

Surge la inmensa falange de los héroes anónimos, de los generosos hijos del pueblo, tanto más meritorios cuanto que abrigan el convencimiento de que la heroicidad de sus acciones y lo inmenso de sus sacrificios serán arrojados por el olvido..... ¡¡ Loor, a aquellos, y para todos la encendida rosa de pasión de almas penetradas de gratitud!!

Viene también la bandera en señal de paz, a pedir concordia a la juventud y a desterrar de estos claustros el rencor de los partidos políticos y la vulgaridad agresiva de los fanatismos. Como que es la enseña de la Patria, quiere, al igual de la cruz, para lucir y abarcar todas las almas sin los distingos odiosos de la intolerancia; un sitio más alto que las cabezas, a ser posible en lo diáfano del cielo, donde la augusta calma del ambiente no la turbe el fermento de mezquinas pasiones y desde donde los detalles ingratos, inherentes a toda humana colectividad, aparezcan desvanecidos por la llama del amor que irradia de la juventud hacia el hermoso estandarte de la Nación.

Hermoso en verdad, con hermosura intensa que se adueña del alma y la fecunda de elevados pensamientos y nobles aspiraciones. Aquí, especialmente, en la gravedad de este recinto, donde todo ensueño activo tiene su asiento y germinan las grandes ideas del porvenir, parece que aumenta el prestigio del pabellón tricolor. Y es natural si está en contacto de ardientes corazones, de las esperanzas de una raza, de mentes jóvenes que se inician en la libertad y la cultura. Tienen aquí los tres colores, a más de la significación conocida, una de excelso lirismo que creo debe ofrendarse como tema de meditación a los hombres nuevos. Dice el rojo de hondas pasiones por el bien y la libertad, de pechos rebosantes de amor y entusiasmo, de almas abiertas a grandes concepciones y a las grandes virtudes patrias; habla el gualda de la luz, de la ciencia, de la única forma de liberación que es la verdad; recuerda el azul la cumba del cielo adonde, por ser altura, deben tender las aspiraciones del hombre digno y emancipado; arriba, muy arriba, aun cuando no llegue el anhelo que como una flecha disparó nuestro corazón. Y los tres juntos, en mezcla enternecedora, que abrillanta los ojos de lágrimas, nos recuerdan el horizonte nativo, grabado en la retina desde la cuna; la silueta santa de la madre; la mirada tierna y prometedora de la amada; el campo magnánimo que guarda huesos queridos; nuestro idioma rico en músicas, en bellas palabras y en expresivos modismos; las canciones de nuestros poetas genuinos, entre los cuales figura en primer término el viejecito de barba blanca, como "chorreras del Guadalupe" y de ojos teñidos con el azul de batatillas montañesas, que nos enseñó a llevar "el hierro entre las manos, por pesarnos demasiado en el cuello". Y los tres juntos, cuando tremolan en una atmósfera caldeada, como en esta noche, por los acordes guerreros del Himno nacional, inflaman el pecho con ansias de gloria, y hacen presentir la belleza de las muertes heroicas cual la que soñara uno de nuestros más prestigiosos poetas: "con un jirón de tela entre la mano y un puñado de tierra entre la boca".

Viene también la bandera a encender odio en los corazones, un odio santo, como diría Zola: el que debe profesarse a los enemigos de la Patria y la República. A una y otra les causa mal el extranjero codicioso que ambiciona los campos fecundos de nuestro país, como el hijo desnaturalizado que en cualquier forma atenta contra el derecho y las libertades públicas. Parece imposible decidir quiénes han sido más nocivos a la buena marcha de nuestra vida colectiva: si los ultrajes de pueblos bandoleros, ayunos de justicia y dignidad, o los atentados liberticidas y saqueos al erario de algunos de nuestros caudillos. Estos y aquéllos han mancillado la Nación, cubriéndola de duelo, y son acreedores por lo tanto al odio colombiano. Odio que debe mantenerse vivo, fervoroso, y transmitirse de generación en generación. El precepto de Cristo de perdonar

las injurias o exponer al golpe la mejilla sana cuando en la otra se nos ha herido, es para el individuo, más no para los pueblos. Los pueblos tienen que responder con hierro al hierro si no quieren ser víctimas de la esclavitud; tienen que alimentar una inmensa pira de odio para que de allí brote la libertad. Pueblo que olvida las ofensas es pueblo abyecto destinado a morir. El nuestro se hermanará con los más altivos y no quiere la muerte. El futuro le pertenece y un gran destino lo empuja.

Por eso en estos días memorables, convencido de sus alientos, viene a dejar en manos de la juventud, prolífica cosecha del mañana, este símbolo soberano de la República. Quiere que se le adore por sobre todo, que se le respete como a una madre y que si llega la hora, fluya la sangre generosa hasta la última gota en su defensa. Quiere verlo ondear siempre muy alto, quizá aguiereado, y destenido, maltrecho pero sin mancha y siempre en la cúspide. Así con profundo respeto os lo entrego, Sr. Rector, convencido de que vuestro talento, vuestra hidalguía y vuestro decidido amor por la patria, sabrán inculcarle a la briosa juventud antioqueña, que con justicia os aclama como a uno de sus más meritorios representantes, todo cuanto él vale, todo cuanto de ella espera.

He dicho.

Tras el obsequio de los Profesores, siguió el de los alumnos, consistente en un Busto de Bolívar y un Escudo de Colombia. Fue comisionado para ofrecerlos el Estudiante de Derecho Sr. D. Jorge Gärtner y de la C., cuyo discurso leído en aquel acto por su compañero D. Francisco de P. Pérez, está concebido así:

Señor:

Bien sabéis el amor fervoroso que alientan nuestros corazones por la Patria y por la Universidad. Aquí se provoca y dirige la floración de la idea; aquí se forman los luchadores, no de la lucha que derrumba y tala, sino de la que ha de levantar airosa la Colombia triunfante del futuro; las mentes juveniles de estas montañas, aquí escancian el sagrado licor de la verdad; aquí se aspiran los primeros efluvios del pensamiento y se conservan los ensueños y las esperanzas de pasadas generaciones; de esta fuente de patriotismo, en fin, brotan a la vida los que esgrimen la pluma del pensador, o alzan, llegado el caso, teñida con sangre enemiga, la espada victoriosa en las fronteras.

Veis por qué en esta fiesta secular de Antioquia y de la República, queriendo dejar un recuerdo imborrable, los estudiantes personificamos la Patria en el plantel y le ofrecemos un escudo y un busto: EL ESCUDO DE COLOMBIA Y EL BUSTO DE SU PADRE; el símbolo de todo lo santo que el hombre tiene sobre la tierra, y la efigie del americano más grande de todas las edades, orgullo de la especie, redentor cuasi divino en quien encarnó para culminar gloriosamente, en rara apoteosis, el genio de una raza libre!

Más que una ofrenda al Instituto, es una consagración la que hoy hacemos; ya no entrarán aquí las mezquindades de la política: la Universidad queda en adelante bajo los auspicios de los dioses protectores de la Patria, y arropada con los pliegues de la bandera nacional.

Al hacer este presente a nuestra Madre, ahora cuando por su recinto austero flota el alma de Colombia, cábeme el honor de formular en nombre de mis compañeros la promesa solemne de edificar una patria grande sobre el pedestal glorioso que labraron los antiguos; para lograrlo marcharemos al porvenir con el escudo en alto, cada uno sintiéndose un Bolívar redivivo.

Correspondió a estos ofrecimientos el Rector de la Universidad, Dr. D. Miguel M. Calle, en los siguientes términos:

Señores:

La Universidad de Antioquia, que en sus albores recibió savia y vida de Próceres, no podía permanecer indiferente ante el recuerdo de los gloriosos hechos que hoy se conmemoran. Por eso nos vemos congregados al abrigo de estos claustros venerandos, para pagar tributo de admiración y gratitud a los que, con voluntad inquebrantable y heroico valor, nos hicieron precioso legado, que debemos guardar con todo el ardor de almas bien templadas. Es aquí, señores, donde debe mantenerse vivo el fuego del patriotismo, donde ha de nacer y vigorizarse el concepto de Patria, donde la juventud que ha de reemplazarnos aguilatará el sentimiento del deber y del honor, y donde hay que oficial siempre en un altar embalsamado por los más puros aromas de la confraternidad nacional.

Si a la ciudad de las Águilas Negras y de las Granadas de oro correspondió el honor de haber iniciado el movimiento revolucionario del 20 de Julio de 1810; si a la ciudad de Heredia toca el de haber proclamado la primera acta de independencia absoluta, a la tierra de Robledo corresponde uno no menos grande por su mérito humanitario. Fue en estas montañas donde primero se proclamó la libertad de una raza desvalida, que por costumbre secular venía siendo objeto de crueles ignominias y del más vil de los comercios. Tan hermosa idea nació en la mente honrada y profundamente justiciera de uno de nuestros antiguos Rectores, y a ese nombre inmaculado de José Félix de Restrepo unieronse en perpetua memoria los de Juan del Corral, José Miguel de la Calle, Antonio Arboleda, Pedro Arrubla y José Antonio Benítez, quienes sellaron con sus firmas una página de gloria para Antioquia y trazaron el camino de la dignidad y la altivez a un pueblo que más tarde se ha mostrado celoso guardián de sus derechos y severas costumbres.

Pero no sólo se preocuparon nuestros Libertadores de romper los vínculos que nos unían a la Madre Patria, sino que trataron de hacer efectiva la libertad que buscaban por el cultivo del espíritu, único medio de gozar de ella y de disfrutar abundantemente los bienes de la ciudadanía. Por una feliz coincidencia podemos celebrar en este año de 1913, al par que el centenario de nuestra independencia, el de la fundación de esta Universidad, porque si bien es cierto que en aquella época no llevaba este nombre, sí fue entonces cuando se estableció sobre bases sólidas el Colegio que, regido en ese mismo año por el Dr. de Restrepo, se hizo bien pronto cuna de hombres ilustres que poseídos de anhelos de libertad y de justicia, supieron más tarde regar con su sangre los campos donde se reclamaba con ardiente valentía el uso de los más sagrados derechos. Fue dicho Colegio el origen de este instituto, que durante una centuria ha cultivado los mejores talentos de Antioquia, y al que Colombia debe gran número de hombres eminentes.

Desgraciadamente, cuando apenas empezábamos a recibir las primicias de la libertad, amanecieron para la Patria días tormentosos: sonaron horas amargas de abatimiento y de tristeza. Largos años pasaron en que parecía que los colombianos hubiésemos olvidado que registra nuestra historia épocas gloriosas; la juventud, ignorante del pasado, no tuvo cómo templar su patrio amor; a raudales brotó la sangre de hermanos; extranjeros audaces, prevalidos de su inmenso poderío, mutilaron nuestro territorio; hijos desnaturalizados, vencidos por el poder del oro, desgarraron el escudo de Colombia, y mientras nos ocupábamos en discusiones estériles, nuestros hermanos de libertad levantaban en alto el estandarte de la civilización y del progreso.

No obstante nuestras desgracias pasadas, se consuela el alma y se refresca el pensamiento al ver cómo van encauzándose ciertas corrientes benéficas, que lejos de encerrarse en lechos de exclusivismo, llevan sus linfas vivificadoras a todos los campos y fertilizan eriales antes lóbregos y tristes. El día en que, libres de prejuicios y de falsos temores, abramos camino a la intelectualidad bien intencionada, en que nos convenzamos de que hay para el mañana horizontes distintos del de ayer, en que veamos que sí es posible llegar a la cima de nuestros anhelos sin socavar las bases de una fe sólida y de principios inmutables, ese día, digo, podremos dar a nuestra Patria una dirección que la lleve felizmente a la prosperidad y grandeza que para ella soñaron los Libertadores.

Señores Profesores:

El presente que acabáis de hacer a la Universidad es altamente significativo. Bien habéis comprendido que mientras los hombres pasan y se suceden sin interrupción, la Patria queda y es preciso mirar por su mantenimiento, grandeza y próspera ventura; muy pronto habéis de dejar vuestro puesto en manos de esta briosa juventud, y desde ahora vais a hacerla digna de su alta misión. En ese hermoso Pabellón que ha entregado vuestro Representante, entregáis la Patria para que la juventud que puebla estos claustros, la guarde y la ampare, la respete y la ame y más que todo la haga respetar. Al hacer tan hermosa dádiva habéis contraído un grave compromiso. Así como el padre cuidadoso y diligente asegura desde temprano el patrimonio de sus hijos menores y lo confía al morir a manos expertas, así vosotros os preparáis para que la Madre común no padezca en poder de hijos indignos. Para que vuestra justa aspiración se realice habréis de poner todo vuestro empeño en educar y cultivar estos jóvenes que la sociedad os ha confiado para el servicio colectivo de un pueblo llamado a tomar puesto de honor entre las naciones del mundo civilizado. En cualquiera de las cátedras cabe la enseñanza cívica, dondequiera podéis regar fecunda y abundante semilla en estas almas jóvenes, y constantemente darles el riego saludable de sabias y patrióticas virtudes. Preciso es que estas aulas sean realmente templo de la sabiduría; que no lleguen hasta ellas las pasiones mezquinas que por tanto tiempo han desgarrado el suelo de Colombia; que en ellas impere el más puro sentimiento del deber y del honor, y que vuestros discípulos vean en vosotros amigos sinceros y desinteresados, capaces de orientar sus voluntades hacia un fin próspero y grande.

Jóvenes Alumnos de la Universidad :

Valientes y gallardos os presentáis a recibir el pendón de la Patria. Como los antiguos luchadores traéis un escudo para defenderlo y, agradecidos, os inspiráis en el ejemplo del Libertador. Amad a Colombia como él la amó, defendedla como él la defendió

y alejad de vuestras almas los sentimientos viles que han ennegrecido el horizonte patrio hasta convertirlo a veces en obscuro y tenebroso. Al par que celebráis los hechos gloriosos de nuestra independencia, fijaos en las causas que los han marchitado para que vuestros espíritus, vírgenes todavía de pasiones malas, se informen en nuevos ideales, se orienten con nuevos rumbos, y que la centuria que hoy empieza sea para Colombia de prosperidad y bienandanza y no de sangre y desolación. Esos corazones llenos de amor y patriotismo no pueden latir más al calor de nuestras viejas divergencias; que vuestros pechos no se agiten nunca con los odios inclementes que nos han amargado la vida; que vuestras energías sean íntegras para la Patria y que unidos siempre, como esos tres colores confundidos en un solo símbolo, marchéis imperturbables, movidos por un mismo amor y un solo anhelo, el de los buenos hijos: la salud y el bienestar de la Madre común.

He dicho.

A eso de las 9 de la noche concluyó el patriótico acto universitario, con el siguiente discurso del Dr. D. Agustín Uribe, Representante de la Cámara, de la Academia Nacional de Medicina y de la Universidad Nacional:

Sr. Gobernador, Sr. Rector de la Universidad, señoras, señores:

Delegado, sin títulos para ello, a estas fiestas del Centenario, por la Honorable Cámara de Representantes, por la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina y por la Academia Nacional de Medicina, debo explicaros el por qué de esas designaciones, ante las cuales hube de inclinarme. La Honorable Cámara lo hizo por exceso de benevolencia, la Academia de Medicina por haber sido yo uno de sus fundadores, y la Facultad por ser yo el más antiguo Profesor. Y todas ellas sabían, además, que yo deseaba ardientemente conocer a Antioquia.

No es solamente en doctos trabajos en donde uno adivina los pueblos. No es leyendo, por ejemplo, a Shakespeare donde uno conoce al pueblo inglés; no es leyendo a Montaigne el escéptico o a Balzac en su comedia humana en donde uno conoce al pueblo francés; es más bien penetrando en su interior, estudiando sus costumbres, auscultando el corazón del pueblo, leyendo sus diarios, analizando sus revistas, y viendo, en fin, todas las manifestaciones de su vida colectiva; es así como se pueden coger a lo vivo, las aspiraciones, las cualidades, los defectos, en fin, la mentalidad y moralidad de una raza.

Vine y he observado. Ya desde lejos había visto con placer el movimiento ascensional de este pueblo, cuya laboriosidad, inteligencia y conocimiento práctico de la vida, lo ponen al frente de la unidad colombiana.

Un pueblo débil o degenerado, o devorado por el mercantilismo, no puede producir héroes como Girardot o como Córdoba; un pueblo ignorante no puede producir historiadores como José Manuel Restrepo o jurisconsultos como José Félix de Restrepo, o médicos como Manuel Uribe Ángel, José Vicente y José María Uribe y Paulo Emilio Molina; de un pueblo primitivo no surgen mandatarios como el Dictador del Corral, que aunque de origen momposino, supo asimilarse la savia del pueblo que le tocó gobernar en los pri-

meros días de la República, o como Pedro Justo Berrío en tiempos más modernos; de un pueblo materialista no nacen poetas como Gutiérrez González y Epifanio Mejía. En el seno de este pueblo hay fuerzas colosales que lo impulsan vigorosamente a grandes destinos: es religioso, es inteligente, es prolífico, signo evidente de moralidad; tiene la práctica de los negocios, ama la instrucción y la difunde a manos llenas y sabe ser libre.

Sí, sabe ser libre. Aquí ni el aire ni el pensamiento pueden encarcelarse. El uno vuela libre sobre las cumbres de vuestras montañas y purifica el ambiente, y el otro lleva a los espíritus el sentimiento de la libertad, pero también el de sus responsabilidades.

El mismo arrugamiento de su territorio, ha hecho el trabajo más rudo, y esas faenas diarias le han fortalecido el cuerpo al mismo tiempo que le han dignificado el alma. Un hombre así, no será jamás un siervo y por eso las dictaduras han tenido en Antioquia un enemigo implacable e irreductible.

Bajo la aparente rusticidad de su carácter, bajo la áspera corteza de su temperamento, hallaréis la bondad y una sencillez exquisita que hace honor a nuestra raza. Ojalá que ella se dilate y que al fundirse con otros pueblos en el eterno crisol de los años, brote una nación fuerte para que sea respetada.

Señores: En los claustros universitarios de Bogotá resuenan aún las enseñanzas que dictaron en ellos los Dres. José Vicente Uribe y Paulo Emilio Molina. A mí me ha tocado el honor de educar varias generaciones antioqueñas que hoy dan lustre a Colombia y a quienes envío desde aquí mi saludo de maestro y de amigo.

Consagremos un recuerdo a Luis Fonnegra, a Alejandro Restrepo, a Paulino Flórez Arteaga, a Carlos Mejía, y al inolvidable Daniel Uribe, prematuramente arrebatado a la ciencia cuando era interno del Profesor Trélat, en el hospital Necker.

Recibid en el nombre de las entidades que represento en estas fiestas centenarias el saludo fraternal y el abrazo estrechísimo que os envía el resto de la República, y confundamos en uno solo los latidos de nuestros corazones, y en una sola aspiración las aspiraciones del pueblo colombiano: la de una Colombia grande, fuerte, gloriosa.

DÍA 18 DE AGOSTO. LUNES

A la 1 p. m.—Apertura de la Casa de Moneda.

Asistieron a ella el Sr. Gobernador y sus Secretarios, los Cuerpos Diplomático y Consular, los Delegados Colombianos, algunos empleados públicos y numeroso concurso de particulares. Recibió a los visitantes el Sr. D. Pascual Gutiérrez, posesionado recientemente de la administración de la Casa.

El Gobernador, para quien esta importante empresa ha sido la obra predilecta de su administración, hizo los mayores esfuerzos para exhibirla en pleno funcionamiento en los días del Centenario; pero no le fue dable satisfacer su deseo, porque los pedidos de elementos indispensables, hechos a Europa con la an-

ticipación necesaria, no pudieron ser despachados en tiempo oportuno.

La casa, de antigua construcción, pero remozada por reparaciones recientes, presenta un aspecto agradable, con su gran patio central dividido en éras de césped y adornado de una fuente, con sus anchurosos corredores y sus salones amplios, claros y ventilados.

Los concurrentes visitaron el Salón de las Máquinas, limpias ya, bien acondicionadas, listas para funcionar y a cuya proximidad se ha instalado un motor eléctrico de 30 caballos de fuerza; el Salón de los Hornos y el de la Planta Electrolítica de Separación de Metales, anexa al establecimiento, y se impusieron del diseño de los troqueles por algunas copias fotográficas.

La visita fue breve, pero interesante. Como recuerdo, se tomaron algunas vistas por el Fotógrafo oficial, expresamente venido.

A las 4 p. m. Procesión cívica.

Fue organizada por los Profesores de la Universidad. En el atrio del establecimiento hablaron D. José V. González y D. Pablo García de la Parra. Tras un lujoso carro alegórico en que se veían bellamente representadas Antioquia, La Libertad, Minerva, La Virtud, La Paz, Las Artes y las Industrias, marchaban el Sr. Gobernador, el Sr. Rector de la Universidad, varios Profesores y Alumnos del Instituto, muchos Delegados y un regular concurso de particulares.

La Banda Marcial y un piqueto del Regimiento Girardot hacían también parte del cortejo. Por sobre las cabezas flotaba el hermoso pabellón nacional obsequiado a la Universidad la noche anterior por su Cuerpo de Profesores. La procesión tomó bien pronto la Avenida Izquierda de la Quebrada-arriba, torció por la calle de Colombia, siguió al Parque de Berrío donde ingresó en ella el Cuerpo Diplomático, y se detuvo en la Plazuela de la Vera-Cruz, que se hallaba adornada con banderas nacionales y donde se alza sobre una columna de jaspeado mármol el busto de Girardot, obra originalísima y atrevida del artista antioqueño Francisco A. Cano. Los balcones que dan a

la plazoleta se ostentaban cuajados de gente, especialmente de señoras, mientras abajo hervía una apretada muchedumbre. Depositáronse coronas al pie del monumento. La de la Universidad fue ofrecida por el estudiante D. Juan J. González, desde el balcón de la casa donde vio la luz primera el festejado prócer medellinense. Dice así su breve arenga patriótica, pronunciada con ademán y tono vehementes:

Señores:

El 30 de Septiembre es una fecha solemne para la historia de América. En la cumbre del Bárbula estaba atrincherada una de las divisiones del ejército de Monteverde comandada por el Coronel Bobadilla; el ejército republicano pedía a Bolívar con insistencia la orden de trepar la montaña y atacar a los realistas; la orden fue dada y un triunfo completo recompensó doblemente las angustias y fatigas de aquel ascenso penoso; mas ¡ay! ¡cuánto costó aquella victoria y cuántas lágrimas se vertieron en la tarde de aquel día!

Un joven, casi niño, era el Comandante de una de las columnas patrióticas; había peleado como un valiente en Palacé, y la gloria de muchos triunfos le pertenecía. En la fecha a que nos referimos, al recibir la orden de ataque, aquel adolescente de ojos azules y cabellos rubios, arrebató al porta-estandarte el pabellón tricolor y pronunció estas hermosas palabras: "Permitid, Dios mío, que yo coloque esta bandera en la cima de aquel monte, y si es vuestra voluntad que yo perezca, dichoso moriré". Y este triste presagio se cumplió, porque al llegar a la cumbre, una bala enemiga lo hirió en la frente, y murió envuelto en el pabellón que llevaba en sus manos, y salpicando con su sangre aquella enseña mil veces adorada.

Aquel valiente joven era Atanasio Girardot, hijo de un noble extranjero, que murió también por nuestra Independencia, y de una matrona antioqueña de sin igual patriotismo; es ese mismo que Antioquia agradecida venera en ese busto y que con ese gesto trágico nos recuerda ahora y recordará a las generaciones el último y más sublime de sus heroísmos; el mismo cuya prematura desaparición arrancó lágrimas de duelo al Libertador de cinco Repúblicas.

Cuando Colombia, tolerante hasta ahora, quiera romper las cadenas con que pretenden atarla sus viles enemigos, debemos sus hijos seguir el ejemplo del Leonidas antioqueño: o recobrar los derechos perdidos o morir dignamente combatiendo por ellos.

En estos días de grato recuerdo para Antioquia, la Universidad ha querido ofrecer una corona al héroe medellinense, como humilde homenaje de admiración y de amor. Recibidla, ilustre hermano, y que ella sea el símbolo de la corona de gloria que conquistasteis en el campo de las armas!

De pie, al frente del monumento y dentro de la verja que lo encierra, habló, luego, con propiedad y elocuencia, el General Lácides Segovia, oriundo de Cartagena. Sus palabras fueron las siguientes:

Señores:

Vengo a dirigiros la palabra en nombre de las Cámaras legislativas, en nombre del Ministerio de Guerra, en nombre de los Comisionados departamentales y municipales que han venido de fuera del Departamento, y en mi propio nombre, que no sólo el deber que imponen designaciones honrosas me ha traído a las breñas de Antioquia, sino también el anhelo de conoceros de cerca, para, al regresar a mi hogar, que adoro tanto como vosotros los vuestros, comunicar mis íntimas impresiones, y os aseguro que podré decir, que si de lejos parecéis grandes, de cerca sois sublimes.

Con vosotros, con vuestras excepcionales condiciones, sucede lo mismo que con vuestras montañas, que a medida que se acerca el viajero, se van destacando en toda la plenitud de su altura, y van mostrándole, pródigas, el oro que guardan en sus ricas entrañas, los fértiles valles cubiertos de verdor y lozanía, los feraces campos engalanados con las doradas espigas que dan la succulenta mies que produce el bregar constante del agricultor infatigable.

Y así tiene que ser, porque la importancia de la labor de las abejas no puede apreciarse por el ruido de la colmena: es preciso descubrir las celdas del panal para admirar la obra.

Ninguna ocasión más propicia para la realización de mis deseos, que la presente en que conmemoráis uno de los hechos más grandes de nuestra independencia; porque así, al despertar de los recuerdos del pasado, se destacan a la vez en parangón inevitable, los timbres del presente, y mezclándose en el cerebro de quien los juzga, semejarán dos corrientes cristalinas que corrieron en distintas épocas fecundando en ambas un mismo campo. Así podrá decidirse si la tarea de entonces, conquistando la tierra con el cañón y el fusil, que abrían surcos de sangre para fecundar el árbol de la Libertad, es más meritoria que la que libráis hoy con la barra del minero que sorprende los tesoros escondidos en las profundidades del socavón, con el arado del labrador que prepara el lecho donde ha de germinar el grano que sustenta y vigoriza para seguir en las fatigas de la lucha, y con la piqueta del picapedrero que bajo inteligente dirección rompe con brío el abrupto peñasco que se levanta en mitad del camino como diciéndole al progreso: ¡detente!

Colombia toda, en medio de tempestades sin cuento, de sacudimientos terribles, ha hecho esfuerzos por corresponder al legado que hace un siglo se nos hizo, pues no es cierto lo que el pesimismo pregona: que hemos permanecido estacionarios. La marcha ha sido lenta, es verdad, muchos han sido los zarzales del camino, pero hemos avanzado. En esas jornadas hacia nuestro engrandecimiento, preciso es confesarlo, a vosotros os ha tocado ir adelante. Esto no sorprende, ni es un fenómeno: en toda peregrinación los más fuertes son los primeros en coronar la altura: por eso son los primeros en mirar de frente al sol cuando se levanta en el oriente.

Con eso sólo hacéis conservar con brillo los blasones del pasado y demostrar que sois dignos de ellos, porque en primera línea están considerados en nuestra historia magna los hechos que se cumplieron entonces en estas regiones, y en primera línea figuran los hombres que entonces surgieron de vuestras montañas.

Aquí tenéis la figura arrogante de uno de vuestros más gallardos hijos, de uno de nuestros más esforzados luchadores. No extrañéis que diga nuestro, porque su gloria es de la nación entera, su fama traspasó los límites de la República, pero a vosotros pertenece el hombre: la madre no renuncia jamás al título de madre; para

ello sería necesario que se borrara de su memoria el recuerdo de que llevó el hijo en sus entrañas.

Aquí nació Atanasio Girardot a la vida material y en el Bárbula nació a la vida de la la inmortalidad. Entre la humildad de su nacimiento y la grandeza de su muerte media todo un mundo de grandezas, y aquel que nació entre riscos y peñascos necesitó rendir la última jornada sobre la cumbre de un monte. Era necesario que aquel sacrificio irradiara sus resplandores en el espacio de un horizonte inmenso; era preciso que quien había conquistado dos vidas, al limitarlas, guardaran relación el lugar de las dos cunas: la una en la falda de la cuesta, la otra en la cima de la montaña, marcando así la ruta seguida por quien nació pequeño y murió grande.

Entre la gloriosa muerte de Girardot y vuestro creciente progreso, que lleva el distintivo del esfuerzo propio, yo encuentro algo como puntos de contacto. Alguien ha dicho que la de Girardot "fue la primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano y también la más hermosa y la más llena de esperanza". ¿Qué mucho, pues, que seáis vosotros los de la avanzada del progreso colombiano, y tengáis la región más floreciente y llena de esperanzas para el país, si tenéis el ejemplo de aquél en la avanzada de la Libertad, siendo libertad y progreso complementos mutuos obligados?

Otro nombre viene en estos momentos a mi memoria, y es el de José María Córdoba. De aquel niño que despertó a la vida del hombre en medio del ruido del cañón y de la metralla, entre el fragor del combate y los alaridos de la muerte, como si hubiera nacido en los brazos de Marte. Que sintió las sienes opresas con los laureles de la victoria y los hombros cargados con el peso de las charreteras cuando quizá no podía aún apreciarlas en toda su grandeza.

Córdoba peleó con denuedo, fue aguerrido y estratégico sin escuela, sin estudios, como se manifestó poeta Calderón de la Barca desde temprana edad, como fue músico Mozart a los nueve años, como canta el pájaro en la arboleda, como tiene runfores y encantos el agua bullidora de la fuente.

Hay hombres que nacen dotados con todos los elementos para coronar por sí solos una carrera, para llenar una misión; ésa es la vida de los predestinados, y Córdoba fue de éstos.

Cuenta la Historia de la antigua Roma, que Escipión el Africano fue General a los veinticuatro años y que pudo decir en el aniversario de la batalla de Zama: "tal día como hoy vencí a Aníbal y entré a Cartago". Córdoba a los veintidós ceñía los laureles de General y pudo decir también, en el aniversario de la batalla de Ayacucho: "Tal día como hoy destrocé las huestes españolas y afiancé la libertad de un mundo". La Romá de hoy se enorgullece todavía con el nombre de Escipión, y sin embargo, no fue más grande que nuestro Córdoba.

Y este héroe también tiene conexión con vuestros adelantos: vosotros sois progresistas por intuición, como fue guerrero Córdoba por instinto; éste coronó la altura en los dominios del heroísmo y vosotros coronaréis la altura en las etapas del progreso.

Y yo, adelantándome al día en que os levantéis a la meta de vuestros deseos y esfuerzos, os saludo alborozado en el día de vuestras glorias inmortales.

Al concluir el orador, que arrancó al público muchos aplausos, dos gritos de *¡Viva Cartagena! ¡Viva la ciudad heroica!* resonaron y fueron secundados por el concurso.

A las 7 p. m. En la Playa.

Dos hermosas guirnaldas paralelas de farolillos multicolores de luz eléctrica, iluminaban respectivamente ambas avenidas de la Playa, desde el Puente de Junín hasta más arriba del de Mejía, tanto en esta noche como en la anterior y en las que siguieron de fiestas. Primoroso era el aspecto del afamado paseo medellinense. Tocóse la Retreta bajo las ceibas. El gentío era inmenso y formado por todas las clases sociales, desde la más encopetada señorita hasta el granujilla desharrapado.

En la Avenida Derecha, esquina del Puente de Mejía, fulguraba con centenares de luces la espaciosa casa-quinta de D. Roberto Restrepo G., cedida generosamente para el banquete con que la Honorable Corporación Municipal, a nombre de la ciudad de Medellín, iba a obsequiar a sus huéspedes.

A las 8 p. m. El Banquete de la Municipalidad.

A esa hora empezaron a llegar, lujosamente vestidos, los numerosos invitados.

Hacia la guardia parte del Regimiento Girardot, formando calle de honor desde la puerta y a lo largo de la escalinata de entrada.

Desparramáronse por salones y corredores los asistentes, admirando la belleza y suntuosidad de la morada, o contemplando el animado espectáculo de aquel mar de rostros diversos que desde la Playa se volvían, curiosos e insistentes, hacia el lugar de la fiesta, o departiendo en grupos amigos, cambiando aquí y allí presentaciones y saludos, paladeando el *cocktail* del aperitivo, aspirando el cigarrillo sabroso o buscando sus respectivos puestos en la mesa.

Hallábase ésta arreglada en el comedor interior, ocupando uno de los tramos principales y parte de ambos costados. Admirable era el golpe de vista, y la

decoración elegante y sobria, formada por el pabellón tricolor y por el escudo de armas de Colombia.

Presidió la mesa, por delegación especial, el Sr. D. Carlos Mejía, Miembro del Honorable Concejo. Al frente estaba sentado el Sr. Gobernador del Departamento, y en los demás puestos, adecuadamente distribuidos, los señores siguientes:

Ministro de Francia.

Ministro de Chile.

Encargado de Negocios de Bélgica.

— — — del Ecuador.

— — — de Cuba.

— — — de Bolivia.

Secretario de la Legación del Perú.

— — — de Bélgica.

Encargado del Ceremonial Diplomático.

Dr. Antonio Gómez Restrepo.

Gral. José M. Ruiz.

Gral. Lácides Segovia.

Fernando Restrepo R.

Luis del Corral.

Dr. José J. Casas.

Gabriel Latorre.

Silas Wright.

Gral. José J. Caicedo.

Dr. Francisco Sorzano.

Dr. Fernando Vélez.

Dr. Dionisio Lalinde.

Miguel Moreno J.

Valerio Tobón.

Luis E. Jaramillo.

Roberto Medina.

Julio Ferrer.

Maurice Badian.

José A. Gaviria.

Dr. Agustín Uribe.

Dr. Pedro P. Betancourt V.

Harold B. Meyerheim.

Guillermo Camargo.

José M^a Sáenz.

Libardo López.

Estanislao Gómez Barrientos.

Luis M. Escobar O.
Federico Restrepo L.
Canónigo Dr. Jesús M. Marulanda.
Gabriel Cano.
Alfonso Robledo J.
Jorge de la Cruz.
Gregorio Pérez.
Dr. Roberto González.
Francisco de P. Pérez.
Mariano Ospina.
Subteniente Juan de J. Poláez.
Dr. Francisco de P. Muñoz.
Dr. Julio E. Botero.
Enrique Peñaredonda.
Ricardo Greiffenstein.
Manuel Pombo.
Coronel Francisco Duque.
Raimundo Rivas.
Coronel Ramón Gaviria.
Comandante Jesús Cock.
Vicente Herrera.
Gral. Leopoldo Triana
Dr. Miguel M. Calle.
Dr. Enrique Olarte.
Gustavo Valencia.
Dr. Jorge Rodríguez.
Emilio Delgado.
Alejandro Villa L.
Nolasco Betancur.
Nicolás Toro Pereira.
Alberto Angel
Gral. Carlos A. Neira.
Roberto Botero S.
Tulio Ospina.
Jorge Wills Pradilla.
Gonzalo Escobar.
Dr. Alfonso Castro.
Rafael Mallarino.
Dr. Carlos Cock.
Francisco E. Isaza.
Juan B. Arango.
Miguel A. López.

José J. Aristizábal.
 Enrique Upegui.
 Emilio Duque.
 Dr. Alejandro Vásquez.
 Florencio Arango Ferrer.
 Tomás Sanín.
 Luis M. Salazar.
 Juan C. Ospina.
 Francisco Maldonado.
 Francisco Samper
 Pablo E. García.
 Dr. Félix Betancourt.
 Francisco Reyes.
 Gabriel Sanín Villa.
 Jorge Baños Z.
 Manuel Laserna.
 Abraham Moreno.
 Pedro Nel Cardona.
 Dr. Pedro Rodríguez Mira.
 José Joaquín Castaño.
 Dr. Manuel Blanquer y Rico.

Las tarjetas del *Menu*, atadas con cintas de los colores nacionales y adornadas con una bandera de Colombia, en la primera página, y el escudo de armas de la *Villa de la Candelaria*, en la última, anunciaban los siguientes vinos y platos:

VINOS

Brandy Cocktail. Madère.
 Trittenheimer.
 Pomerol.
 Mompole sec. Pommery.
 Pousse-Café.

Potage. Purée aux quenouilles de volaille.
 Hors d'œuvre.
 Poisson à l'italienne. Pommes de terre. Filets mignons.
 Timbales de Macaroni.
 Canapés de pointes d'asperges, sauce mousseline.
 Sorbets au rhum.
 Dinde rôtie. Salade printanière.

Padding à la financière.
Desserts. Glaces. Fruits.
Fromage. Biscuits. Café.

Comisionado por el Honorable Ayuntamiento, ofreció, a su nombre, el Banquete el joven Concejal D. Miguel Moreno Jaramillo, en discurso breve y correcto.

Habló luego concisa y galantemente, en representación del Cuerpo Diplomático, el Excelentísimo Sr. D. Víctor M. Prieto, Ministro de Chile.

El Dr. Antonio Gómez Restrepo, que es uno de los más gallardos literatos de que pueda ufanarse Colombia, leyó en seguida la hermosa oración que se inserta, provocando aplausos bien merecidos y deleitando, con su palabra fácil y su expresiva entonación, a los concurrentes. Dijo así el inteligente Subsecretario de Relaciones Exteriores:

SEÑORES:

No vengo a hacer un discurso, sino a expresar íntimos sentimientos. No pretendo pasar por orador, ni cautivar vuestra atención con rasgos de elocuencia, sino hablar como hombre de corazón, que sabe ser leal a sus afectos. Al pisar por vez primera el territorio de Antioquia, he sentido profunda emoción, como si del fondo de esta noble tierra hubieran surgido voces ancestrales para darme la bienvenida. Y al hallarme entre vosotros, no he podido considerarme como forastero, ni siquiera como un simple amigo, porque vuestra cordial y franca acogida, uniéndose a los recuerdos familiares, habla de modo directo al corazón y me hace exclamar: ¡somos hermanos!

Siempre sentí grande atracción hacia las montañas de Antioquia, que en mi niñez entreveía como fortaleza sagrada de ideas y de principios que aprendí a amar desde la cuna, y luego pude apreciar, en los momentos culminantes de nuestra moderna y agitada historia, como foco potente de vida y de energía, cuna de un pueblo viril que simultáneamente ha sabido ganar las batallas de la guerra y las del trabajo; y cuya influencia se ha ido dilatando por todo el País, no en forma del alud que invade y destruye, sino a la manera de los ríos soberanos, que extienden sus brazos para bañar y fecundar Continentes.

Sí; somos hermanos: no sólo en el amplio sentido en que lo somos todos los que nos cobijamos debajo de la bandera de la Patria y nos gloriamos del título de colombianos, sino como lo son los que tienen tradiciones étnicas comunes, y en una u otra forma, sienten el influjo del alma regional. Y vosotros sabéis hacer honor a esa hermandad amplísima; porque la gente antioqueña, como todas las razas vigorosas y que tienen conciencia de sí mismas, sabe apreciar el valor de su sangre, y reconoce cada gota de ella, al través de las varias y benéficas transfusiones; resultando de aquí una inmensa familia, múltiple en sus aspectos, pero que siem-

pre guarda, con persistencia admirable, rasgos distintivos del tronco común.

Con orgullo y satisfacción podéis celebrar el Centenario de la proclamación de la Independencia de la Provincia de Antioquia, porque este movimiento se inició en cuna noble y honrada, y no fue hecho en beneficio de una casta privilegiada, sino del pueblo todo; y extendió en el acto su influencia redentora a la clase más desvalida de la sociedad, limando las cadenas de los esclavos. Sí: podéis mirar con patriótico júbilo esa fecha, porque señala el primer paso dado por este pueblo en el camino, cada día más amplio y dilatado, de la prosperidad y el engrandecimiento. La libertad fecundó vuestras energías, bendijo vuestros hogares, consteló el verde manto de vuestras montañas de prósperas ciudades y patriarcales aldeas; os dio puesto preponderante entre los hijos de Colombia. Vuestro balance de un siglo deja en el ánimo una reconfortante impresión, y podéis dar gracias al Cielo, porque si habéis participado de los sufrimientos que han sido herencia común de los colombianos en un período de organización y de prueba, no se ha agotado entre vosotros ninguna de las grandes fuentes de la vida; en ningún momento habéis perdido la fe ni la esperanza; y aun en las horas negras, cuando la duda y el desaliento invaden los espíritus, habéis aprovechado los escasos rayos crepusculares para adelantar la tarea, confiando en que la Providencia reserva siempre una alborada compensadora a los hombres de buena voluntad.

No habéis bastardeado de esos antiguos vascos y astures que en época remota vinieron a poblar esta región. Como hijos de la montaña buscaron ellos instintivamente un asilo en el arrugado seno de Antioquia, y os legaron venerandas tradiciones, que no han muerto; su fe viva, sus costumbres patriarcales, su apego invencible a la región, su integridad moral, su entereza de carácter, su laboriosidad infatigable, que parece que quisiera compensar, con triplicado esfuerzo, la dejadez de individuos no tan ventajosamente armados para la lucha de la vida. Los cantos tradicionales de Vasconia son himnos de independencia, como lo es el altivo *Canto del Antioqueño*, expresión adecuada de la índole de una gente escaladora de alturas. Como vuestras montañas nativas, tenéis recia envoltura, pero en el corazón guardáis filones de oro.

Se os considera generalmente como el más práctico y positivo de los pueblos de Colombia, y lo sois, en efecto, porque no ignoráis la importancia que tiene la prosperidad económica en la felicidad de una Nación; y porque sabéis que el oro y el hierro son factores decisivos del desarrollo industrial y guardianes de la independencia y poderío de un País. Pero no habéis confundido nunca la materia con el espíritu, ni os habéis postrado ante el becerro de oro, para adorarlo como vuestro Dios tutelar. El trabajo tenaz, que os inclina hacia la tierra y os fuerza a penetrar en sus entrañas, no os ha impedido que levantéis los ojos a las regiones ideales, donde habitan, eternamente jóvenes y bellas, las Gracias y las Musas, y donde la Virtud, castamente ataviada, no se ve desdenada ni proscrita, sino que impera, como reina de las almas, dispensadora de las coronas de la verdadera inmortalidad. El ruido de los picos que abren la tierra y el estruendo de las máquinas, forman grata armonía con los cantos de vuestros poetas, que han conservado eterna frescura en los labios de vuestras hermosas; el sol del arte ha sabido dar brillo diamantino a las gotas de sudor que honran la frente de los héroes del trabajo; y si por un lado vemos desplegarse la atrevida falange que marcha a la conquista de los bienes de

la tierra, por el opuesto lado alcanzamos a divisar la sagrada fila de doncellas antioqueñas, de ojos grandes y profundos, como el amor divino, de manos suaves, como una caricia maternal; y cuyas blancas y humildes tocas de hijas de San Vicente van señalando el camino por donde se asciende, de las asperezas de la tierra, a las castas claridades del Cielo.

¿Ni quién pensó que la industria y el comercio fueran opuestos al cultivo de las letras y las artes? Si volvemos los ojos a las ciudades italianas de los Siglos XV y XVI, vemos cómo el oro de los mercaderes estimuló el pincel de los pintores; y cómo se desarrollaron la filosofía platónica, sutil e idealista, y la poesía refinada y artificiosa de Bembo y de Poliziano, al amparo de los Médicis, reyes de la banca y mecenas del arte. El Perugino dedicó las delicadezas de su pincel a pintar los frescos de la sala del Cambio, esto es, de la Bolsa, de su ciudad natal; y los audaces negociantes de la época realizaban sus especulaciones bajo las graves miradas de las Sibilas y de los Profetas que el gran pintor trazó allí para admiración de los siglos.

Ayer no más, en el período más bello de la historia de los Estados Unidos en la pasada centuria, el estrépito del progreso material no ahogaba la voz de Bryant y de Longfellow; ni el brillo de los descubrimientos hacía palidecer el esplendor de las páginas de Washington Irving, de Motley y de Prescott. El *Salmo de la Vida* encierra en sus vibrantes estrofas todo un programa de acción enérgica y viril; y ese himno, de solemnidad bíblica, podría resonar también en estas montañas, como una glorificación de la lealtad y decisión con que cumplís la ley redentora del trabajo, ganándole cada día una batalla al tiempo, porque no olvidáis que el arte es largo, y brève la existencia.

Antioquia ha dado a la literatura colombiana su gran cantor de la naturaleza rústica, su trovador espontáneo y sincero, cuyos versos guardan el aroma de las flores de la montaña primitiva y halagan el oído como los ecos de las cascadas que se despeñan en el fondo del bosque; poeta que siguiendo los impulsos de su sencilla inspiración, adivinó el arte virgiliano de individualizar los objetos materiales, dándoles la animación de la vida, y que para celebrar a su amada, encontró acentos de tan etérea pureza y de tanta intensidad afectiva, que hubieran obtenido una sonrisa de aprobación del Dante. Y al lado del cantor del *Cultivo del Maíz*, tenéis al desgraciado poeta que escribió *El canto del Antioqueño*, el cual tuvo también la visión exacta y poética de las cosas y supo escribir versos grandiosos en su misma sencillez. Y de aquí salió la poetisa que puso una nota femenina en el coro de cantos consagrados al Tequendama; y en vez de extender sobre la magna catarata un «dosel de negras nubes», como el épico Ortiz, la envió en nieblas sutiles y elegantes, como el chal de una mujer hermosa. Y me haría interminable si hubiera de recordar aquí todos los poetas antioqueños que son gala de nuestras letras, y si rememorara vuestros novelistas, que han cultivado con tanto éxito la novela regional, cuya introducción en América quieren reclamar para sí los venezolanos; y vuestros publicistas, eruditos y hombres de ciencia, representantes de los varios matices de la cultura tradicional y del pensamiento moderno.

A la manera de un gran señor que abre sus salones, habéis abierto de par en par las puertas de Antioquia, para recibir a vuestros huéspedes y hermanos, dando espléndida muestra de espíritu hospitalario. Y hacéis bien en desear que vuestros compa-

tricios vengan a admirar el fruto de vuestra sensatez y energía; a contemplar el embellecimiento de vuestras ciudades, el desarrollo de vuestras industrias, el avance paralelo en todas las manifestaciones de la vida; a ver cómo habéis realizado por medio de la natural expansión de vuestros elementos étnicos, lo que en otras regiones prósperas de América sólo se ha conseguido con el torrente de la inmigración extranjera: esto es, el acrecentamiento de la población, de acuerdo con las múltiples necesidades económicas. Gobernar es poblar, dijo un estadista argentino, contemplando la inmensa extensión de las Pampas, que cautelaban antaño fabulosos tesoros de fecundidad, hoy explotados con creciente empeño. Vosotros habéis cumplido esa fórmula; pero sin que la invasión de elementos de otras razas haya alterado las líneas características de vuestro pueblo, ni borrado vuestras tradiciones, ni dado muerte a vuestros sobrios hábitos. Creceís por desenvolvimiento interior, no por acumulación heterogénea, constituyendo un ejemplar digno de estudio y de aplauso para todos los pueblos de la América latina.

¡Y cómo sabéis ejercer la hospitalidad! No solamente aquella de prescripción evangélica, que ofrece abrigo al huésped de una noche y comparte con él el pan y la sal, sino otra más fundamental y meritoria, y en virtud de la cual ciudadanos ilustres, nacidos en otros Departamentos, vinieron a ser hijos adoptivos o personajes predilectos de Antioquia. Los nativos de Cundinamarca no podemos olvidar que Mariano Ospina Rodríguez halló asilo cariñoso en esta tierra, a la cual pagó la hospitalidad contribuyendo, con sus lecciones y su ejemplo, a la formación de la moderna sociedad antioqueña. Y tampoco echamos en olvido que vosotros confortasteis el grande espíritu de Miguel Antonio Caro en los horas negras de su vida pública, y pusisteis en sus manos puras las armas de combate para que, llevado por vuestros sufragios, entrara al Parlamento, donde él ostentó orgulloso vuestra representación y lidió sus últimas gloriosas batallas, dignas de eterna memoria en los anales de la elocuencia colombiana.

Colombia entera toma parte en la celebración de este Centenario, que es, por un aspecto, una conmemoración de familia, y por otro, una fiesta nacional. Vuestros hombres de la magna época son demasiado grandes para que su recuerdo pudiera encerrarse dentro de los límites de una región: van a la par con los más grandes que ha producido la tierra colombiana; y nuestra historia quedaría descabalada si de ella borráramos la dictadura de D. Juan del Corral y los nombres y los hechos de Francisco Antonio Zea y José Félix de Restrepo, de Girardot, de Córdoba y de Mejía; de José Manuel Restrepo, el grave historiador de la Revolución, y de tantos otros guerreros y patriotas, que escribieron páginas brillantes en los anales de la Independencia. Figúrome que en estos momentos de heroicas recordaciones, esas sombras augustas se levantan para recibir el saludo y el abrazo fraternal de los próceres de otras regiones de Colombia, de Nariño y de Acevedo Gómez, de Santander y de García Rovira, de Caldas y de Camilo Torres, de Torices y de García de Toledo; que todos juntos desfilan en majestuoso cortejo, y van deponiendo sus laureles, sus aceros y sus plumas, en el altar de la Patria.

Y si vuelvo la vista a lo presente, ¡qué hermosa perspectiva! Resuena el Himno Nacional, y al repercutir en vuestras libres montañas, parece que adquiriera más conmovedora resonancia, más intenso poder de emoción. El iris de vuestra bandera se destaca triun-

falmente sobre el azul glorioso de vuestro cielo. Bulle la colmena humana, con esa alegre actividad, reveladora de la seguridad que se tiene en el éxito feliz y de la dulzura de miel que se oculta bajo las asperezas de la labor infatigable. Y para servir de ornato a vuestros festejos, desfilan vuestras hermanas, como si fueran radiantes estrofas del poema que Antioquia entona a la vida. Y en medio de esta apoteosis, Medellín se ostenta gracioso y altivo, como una canastilla de flores que la tierra ofrece al sol, sobre el ara de la primavera; mientras la ciudad de Antioquia se adormece al arrullo de las ondas del Cauca, recordando sus viejas glorias caballerescas, y Manizales se yergue como atalaya vigilante, mostrando a sus hijos las vastas regiones abiertas a la actividad de sus brazos y al empuje de sus pechos de bronce.

El Excmo. Sr. Presidente de la República me ha otorgado uno de los mayores y más envidiables honores que he recibido en mi vida, confiándome la representación del Gobierno Nacional en las solemnidades del Centenario, en unión de un distinguido descendiente del Dictador del Corral. El ha querido que un hijo de Cundinamarca, de estirpe antioqueña, viniera a representar aquí al hijo de Antioquia, que hoy ocupa el solio de Bolívar y de Santander, y que ha llevado a la Presidencia de la República las honrosas tradiciones de integridad y de civismo que tanto han enaltecido a los Gobernantes de la tierra de Berrío; mereciendo como administrador del Tesoro Público, los aplausos de amigos y de adversarios. Yo le agradezco hondamente que me haya dado ocasión de venir a Antioquia en días en que un movimiento unánime de elación patriótica acalla las diferencias políticas, y la discordia no se atreve a lanzar su rugido; cuando estas montañas celebran sus desposorios seculares con la libertad cristiana; y sus hijos se congregan para reavivar las glorias de lo pasado a fin de fortalecer la confianza en lo porvenir; cuando sobre todo otro sentimiento o pasión predomina e impera el entusiasmo que, según la frase platónica, "es el vino de los seres superiores".

En nombre del Jefe del Estado y del Gobierno Nacional, presento a Antioquia cordial y efusivo saludo, y hago votos al Cielo porque la prosperidad siga sentando sus reales en esta tierra; y la paz sea reina y señora de las almas; porque nada turbe la fraternal concordia que ha hecho vuestra fuerza, ni debilite la energía que es fundamento de vuestra grandeza; porque haya siempre, como los hay hoy, cerebros vigilantes que ofrezcan digno albergue a la ciencia y la reflejen poderosamente sobre la juventud; y el arte y la poesía sigan embelleciendo y perfumando vuestra existencia; porque vuestros próceres presidan perpetuamente «como» sombras de alto ejemplo», a todos vuestros actos públicos; tengan un sitio de honor en el santuario de vuestras conciencias, y su espíritu se com-penetre cada día más con el alma antioqueña, de manera que tengáis siempre delante de los ojos a Juan del Corral, como modelo de Gobernantes; a Félix de Restrepo, como encarnación de la justicia; a Zea, como emblema del talento esplendoroso, y contempléis a Córdoba marcando con su pujante acero el camino de la victoria, y mostrando con su impávida sonrisa cuán fácilmente penetra el hierro en el pecho de los enemigos de la Patria. Hago votos porque la caballerescidad y la hidalguía sigan teniendo asilo en vuestros corazones, y porque la hermosura continúe bajando de las alturas celestes para hallar un trono en las frentes de vuestras matronas y doncellas; fulgure eternamente en sus ojos y ponga tal hechizo en sus labios que, ya murmuren una plegaria, ya los pliegue la sonrisa de un

afecto cordial, tengan un influjo omnipotente para el bien y sean como un signo de paz en medio de las tempestades de la tierra.

Saludemos todos con entusiasmo reverente a nuestra madre Colombia, la patria común, que se enorgullece con las glorias y prosperidades de cada uno de sus hijos; ella que nos envuelve a todos con el iris de su pendón y a todos nos abre, con igual cariño, sus brazos; ella que recibió el postrer suspiro de Bolívar y ha sido consagrada con la sangre, con la virtud, con el genio, con el heroísmo de sus grandes hombres, modeladores del alma nacional; ella, insigne por sus hazañas, venerable por las cicatrices que ostenta en su pecho; ella, cuya dignidad materna ofendimos con el cruento espectáculo de nuestras discordias, y tantas veces sintió sobre su corazón el tropel de caballos salvajes de las guerras civiles; ella, que siempre amorosa y magnánima, ofreció a los que morían en el campo de batalla un jirón de la bandera para enjugar su última lágrima y recibir el ágrío beso de la muerte; ella, que tras horrenda crisis se levanta con redoblados bríos, llena de fe y de esperanza, mostrando que merece el elogio del gran poeta argentino Andrade cuando la llamó

Colombia la opulenta,
Que parece llevar en sus entrañas
La inextinguible juventud del mundo.

Hizo, finalmente, uso de la palabra el Gral. Leopoldo Triana, Delegado por el Departamento del Valle.

Una orquesta de buenos Profesores amenizó, con escogidos trozos musicales, aquel memorable Banquete, donde reinó franca animación y del cual se retiraron satisfechos los concurrentes al promediar de la noche.

DÍA 19 DE AGOSTO (MARTES)

A las 8 a. m. En el Ferrocarril de Antioquia.

Con tiempo despejado y risueño, partieron del Parque de Berrío, utilizando todos los automóviles que pudieron hallarse y que pasaban tal vez de cincuenta, el Sr. Gobernador y los más altos Empleados del Departamento, el Cuerpo Diplomático, los Representantes de diversas entidades, la Junta Directiva del Ferrocarril, el Superintendente General de la Empresa con algunos de sus colaboradores, varios particulares y un regular número de damas. En poco tiempo, por un camino bastante bueno, sin accidente ninguno y contagiados de la pura alegría de la mañana, llegaron a la Estación de Girardota los paseantes.

Tratábase de inaugurar los nuevos kilómetros de carrilera construídos hasta la Estación de Copacaba-

na, y hacer su entrega oficial al Comisionado del Ministerio de Obras Públicas, Dr. Alejandro López, I. C. Abandonáronse los automóviles en Girardota, y se tomó el tren que de esta Estación pártó a la de Copacabana. Recorrióse sin obstáculo alguno la vía, con prudente velocidad, y se arribó con fortuna a la Estación terminal, donde se apearon nuevamente los convidados, complacidos de la excursión fácil y amena.

Una compacta y heterogénea muchedumbre había invadido el andén y adueñándose de la original mesa de rieles, preparada para la recepción de los invitados, y que el pueblo había utilizado como tribuna para contemplar el espectáculo con más comodidad y placer. Toda la población de Copacabana estaba allí, hombres, mujeres y niños, deseosa de participar de esa fiesta de civilización que se hacía a las puertas mismas de su casa y que la llenaba de gozo. Difícil fue a los invitados abrirse paso hasta el saloncito de espera; mas la incomodidad se compensaba con lo pintoresco del gentío y la animación del conjunto. Sonaron festivos los disparos del champaña, y cuando se hubo logrado una calma en el susurrar de las gentes, el Sr. Gobernador ofreció una copa, invitando a sus acompañantes a beberla por la prosperidad de la empresa y a la memoria de *"aquel Profesor de energía"*, Francisco J. Cisneros, a quien se debe la iniciación del trabajo y lo más arduo y heroico de lo realizado hasta ahora. A la elocuente improvisación de Su Señoría contestó, a nombre de sus compañeros, el Sr. A. Van der Stichele, Encargado de Negocios de Bélgica. Con una propiedad rara en un extranjero, el Sr. Van der Stichele leyó en español su discurso. Fue su composición la que comporta a un Ingeniero, como lo es el apreciable Diplomático, seria y grave, pero con adornos de buen gusto, y particularmente benévola y galante para nosotros.

Siguiólo en el uso de la palabra el General Carlos A. Neira, quien, en una extensa peroración, habló con sinceridad y calor de los sentimientos de simpatía que por Antioquia experimenta el Departamento de Boyacá, al cual dignamente representaba, y de su labor personal en pro del estrechamiento de relaciones

entre estos dos hermanos colombianos, cuya amistad y fácil comunicación forman uno de sus más grandes anhelos. Había en las palabras del orador "*palabras rudas de soldado*", según él mismo nos lo dijera, modesto y bueno, una vibración de verdad que nos impresionó gratamente.

Con una o dos copas más de champaña y la preparación del Acta oficial de la entrega, que a continuación se intercala, se concluyó este número de las festividades.

El regreso a la ciudad se verificó pasadas las doce.

ACTA

de recibo de los kilómetros 36 a 43 del Ferrocarril de Antioquia.

Habiendo sido comisionado el suscrito por el Sr. Ministro de Obras Públicas para recibir, en nombre del Gobierno Nacional, el nuevo trayecto de carrilera que ha construido el Ferrocarril de Antioquia, de la Estación de Girardota en adelante, si se halla ajustado a las reglas científicas; y por cuanto el Sr. Gobernador y los altos empleados del Ferrocarril desean que esta entrega se haga con motivo de la conmemoración del Centenario de la Independencia absoluta de Antioquia, el suscrito se trasladó ayer acompañado del Dr. José María Jaramillo Martínez, primer Ayudante General, y del Ingeniero de Sección, Sr. Melitón Sánchez, a verificar las medidas preliminares.

Como en la entrega anterior, de 20 de Octubre del año pasado, se había recibido hasta la abscisa 35,590, que queda a unos diez metros antes de que la carrilera atravesase la carretera, comencé de allí la medida, después de verificar la localización de esta abscisa, y efectuadas las medidas, resultó una distancia de siete mil cuatrocientos diez metros (7,410 ms.) hasta el poste que marca el kilómetro 43.

El trayecto en cuestión está bien balastado, excepto una parte del kilómetro 42, que no pudo terminarse para esta fecha, pero que tiene balasto suficiente a un lado de la carrilera, de manera que puede quedar corriente en pocos días. También falta por montar un puente de acero de 8 metros de luz en la abscisa 38,206, cuya luz se ha pasado por un puente provisional, mientras se monta el puente de acero que la Empresa tiene ya a la mano. El Comisionado tiene autorización especial del Sr. Ministro de Obras Públicas para recibir el trayecto, apesar de lo apuntado, siempre que se cumplan las condiciones que se fijarán después.

Aunque las condiciones de alineamientos y pendientes son visiblemente mejores que las de otros trayectos ya recibidos, procedí a verificar la pendiente mayor, que resultó ser de uno con treinta por ciento (1,30%); igualmente verifiqué la curvatura de las dos curvas más estrechas, que están situadas en el kilómetro 39, y hallé que son de once grados treinta minutos, todo lo cual revela que las condiciones técnicas de ese trayecto son muy buenas relativamente a lo montañoso del terreno.

En la extremidad de la carrilera recibida está la Estación de Copacabana, cerca a la cabecera del Municipio de este nombre, donde se ha levantado un sólido edificio para la estación de pasajeros, y otro provisional para la carga.

El trayecto anteriormente recibido hasta Girardota, está ya bien balastado, y desde el primero de Noviembre pasado presta el servicio corriente de pasajeros y carga.

Terminadas las operaciones preliminares, llegó hoy a las 10 a. m. el Sr. Gobernador, acompañado de los representantes de las Naciones extranjeras que nos han hecho la honra de asistir al Centenario de Antioquia, y que son: S. E. el Sr. Vizconde Fontenay, Ministro de Francia; S. E. Sr. Víctor M. Prieto, Ministro de Chile; Sr. Dr. Archille Van Der Stichele, Encargado de Negocios de Bélgica; Sr. Dr. Rafael Orrantia, Encargado de Negocios del Ecuador; Sr. Dr. Rafael Rodríguez Altunaga, Encargado de Negocios de Cuba; Sr. Dr. José M. Gutiérrez, Encargado de Negocios de Bolivia; Sr. Dr. Carlos Escribens, Secretario de la Legación del Perú; Sr. Dr. Franz Hederich, Encargado del Ceremonial Diplomático; Dr. Antonio Gómez Restrepo, Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Representante del Gobierno Nacional; Sra. D^a Manina de la Torre de Orrantia, Sra. D^a Paulina Mallarino de Gómez Restrepo; los Representantes del H. Congreso de la República y de los distintos Gobiernos y entidades que se hicieron representar en el Centenario, los altos empleados del Ferrocarril y muchos otros invitados.

Para el efecto de la inauguración, partió de la Estación de Girardota, a las 11 y 30 a. m., un tren compuesto de la locomotora número 19 con cuatro carros de pasajeros, en los que venían las personas invitadas a la ceremonia. El tren recorrió sin novedad el trayecto en cuestión, en veinte minutos.

Por todo lo expuesto anteriormente, el suscrito, Comisionado del Gobierno Nacional para el efecto, recibe el mencionado trayecto de 7,410 metros, entre las Estaciones de Girardota y Copacabana, y lo declara abierto al tráfico de pasajeros desde hoy, debiendo establecerse el servicio de carga el primero de Septiembre próximo.

Para constancia, se firma la presente por todos los que intervinieron en el acto, en Copacabana, a 19 de Agosto de 1913.

El Comisionado, ALEJANDRO LÓPEZ, I. C.—El Gobernador del Departamento, CLODOMIRO RAMÍREZ.—El Secretario de Hacienda, GABRIEL LATORRE.—El Secretario de Gobierno, GERMÁN BERRÍO.—El Director de Instrucción Pública, PEDRO P. BETANCOURT.—El Ministro de Francia, Fontenay.—El Ministro de Chile, Víctor M. Prieto.—El Encargado de Negocios de Bélgica, A. Van der Stichele.—El Encargado de Negocios del Ecuador, Rafael Orrantia.—El Encargado de Negocios de Cuba, Rafael Rodríguez Altunaga.—El Encargado de Negocios de Bolivia, José M. Gutiérrez.—El Secretario de la Legación del Perú, Carlos Escribens.—El Secretario de la Legación de Bélgica, H. Van der Straeten.—El Encargado del Ceremonial Diplomático, Franz Hederich.—El Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Representante del Gobierno Nacional, Antonio Gómez Restrepo.—El Representante del Gobierno Nacional y de la Sociedad de Agricultores de Colombia, Luis del Corral.—Por el Senado, José M. Ruiz, L. Segovia, Enrique Peñarredonda, Secretario.—El Representante del Departamento de Caldas, Alfonso Robledo.—El Representante de Boyacá, Carlos A. Nola.—El Representante por Cundinamarca y Tolima, J. Joaquín Calcedo.—El

Representante por Boyacá, Roberto González.—El Representante por Cundinamarca, Emilio Delgado.—Por la Cámara de Representantes, Francisco Sorzano.—El Delegado de la Asamblea de Cundinamarca, J. M. Sáenz L.—Por el Ministerio de Obras Públicas, Jorge de la Cruz.—El Representante de la Corte Suprema de Justicia y del Departamento de Nariño, Félix Betancourt.—El Representante de la Gobernación del Departamento de Bolívar, Julio E. Botero.—El Representante del Estado Mayor General y de la Escuela Superior de Guerra, Mariano Ospina V.—El Representante por los Departamentos del Cauca y del Huila, Francisco de P. Muñoz.—Representante por Cundinamarca y la Academia de Historia, Raimundo Rivas.—El Representante del Departamento del Cauca, Gabriel Cano.—El Representante del Departamento de Santander, Estanislao Gómez B.—Representantes de la Preusa asociada de Bogotá, Jorge Wills Pradilla, Luis Cano, Director de *Gaceta Republicana*.—Representantes por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, Pablo E. García, Francisco Samper M.—Ferrocarril de Antioquia, Junta Directiva.—El Consejero, Juan B. Arango.—El Consejero, José J. Toro U.—El Consejero, Enrique Mejía O.—El Consejero, Teodosio Ramírez U.—El Superintendente General, Carlos Cock.—El Auditor del Ferrocarril, Agapito Betancur.—El Ingeniero 1º Ayudante General Encargado del Departamento Técnico, J. M. Jaramillo M.—El Ingeniero Jefe de Sección, Melitón Sánchez.—El Ingeniero Jefe de Sección, Eleázar Arango Ferrer.—El Superintendente de División, Ernesto Cadavid E.—El Secretario de la Junta Directiva, Federico Castrillón C.—El Secretario de la Superintendencia, Rafael Gómez L.

A las 8 p. m.—Función de Gala.

Dióse en nuestro único Teatro, adecuadamente adornado, con asistencia del elemento oficial y de los conspicuos Delegados que a todas las demás festividades habían venido concurriendo, y con galana y nutrida selección de damas y caballeros. Actuaba la *Compañía Fábregas*. La pieza representada fue esa joya de delicadeza y buen gusto que, con el título de *Mamá*, compuso, en momentos de feliz inspiración, Gregorio Martínez Sierra. El trabajo de la Compañía fue satisfactorio, y la nunca bien ponderada actriz D^a Virginia Fábregas, se superó aquella noche a sí misma en la interpretación de su simpático papel de madre y esposa.

DÍA 20 DE AGOSTO (MIÉRCOLES)

En el Colegio de San José.

Tomamos de un periódico de la ciudad, *El Comercio Liberal*, la descripción de los actos con que aquel

Establecimiento contribuyó a la celebración del Centenario :

Los Hermanos Cristianos también han querido colocar su flor de ciencia y de patriotismo en esa corona de glorias con que, en estos días, ceñimos las sienes de nuestras libres montañas.

Escogieron el miércoles 20, y consagraron todo el día a honrar la memoria de los próceres: A las 6 a. m., misa de comunión por las necesidades de la Patria; a las 9 a. m., misa solemne, con asistencia de las altas autoridades civiles y eclesiásticas; a la 1 p. m., inauguración del Museo escolar, cuya visita será un atractivo para las personas estudiosas, y por la noche, velada cinematográfica histórica, de variado programa. Esta resultó muy interesante: concurrencia numerosa y selecta; películas y vistas relativas a nuestra historia patria; retratos de los principales héroes de la Emancipación, cada uno de los cuales fue saludado con entusiastas vivas y aplausos; cantos y diálogos patrióticos; escogidas piezas de música y una canción francesa ejecutada por el hermano Luis. Todo con exquisito gusto y corrección. Ni una sola alusión a la política, ni una sola palabra de odio fanático contra aquellos que la historia señala como primeros difundidores de los principios de la Libertad.....!

La lluvia impidió dar cumplimiento al final del programa, mas este contratiempo no logrará borrar la buena impresión producida en el ánimo de los que asistieron al acto.

Consideramos que fiestas como ésta, son las que de veras pueden llamarse patrióticas, de las que contribuyen eficazmente a despertar en la juventud noble orgullo de la nacionalidad, y hacen nacer en el corazón un vivo anhelo de dar lustre a la Patria.

Para complementar estas noticias, reproducimos los siguientes párrafos de *El Sol*, de 21 de Agosto, número 656 :

Hermosísima y muy concurrida estuvo ayer la fiesta hecha por los HH. de las Escuelas Cristianas en el Colegio de San José, en conmemoración del Centenario.

La Capilla estaba adornada con exquisito gusto y vestida toda con el tricolor nacional y con la bandera francesa. Después de la misa celebrada por el Ilmo. Sr. Arzobispo, a la que asistió el Sr. Ministro de Francia y muchos otros altos personajes, se pronunciaron discursos que impresionaron a los asistentes, y fuéronle presentados al Ministro francés los Hermanos franceses que hay aquí. Luégo hubo magníficos discursos, y a las 11 a. m. terminó la fiesta.

A la 1 p. m. fue la inauguración del Museo escolar, el cual es una maravilla por los hermosísimos y variados objetos naturales que hay en él, y por el arte con que están dispuestos. Hay en él también muchos retratos de los fundadores y favorecedores del Colegio.

Una nota muy alta han dado los Hermanos Cristianos en este Centenario, con la inauguración del Museo. Allí se ven animales de distintas especies, clasificados de una manera sabia y artística; minerales bellísimos y muestras de semillas de maíz, trigo y cebada.

Con todo eso se dará a los niños, sobre todo, una riqueza invaluable, pues allí se despertará en ellos el sentimiento industrial, a la vez que recibirán objetivamente muchos conocimientos en las ciencias naturales. Y los retratos allí expuestos, grabarán en su memoria el recuerdo de los que por bien de la niñez, dieron de sus riquezas y de sus luces y se consumieron en el camino luminoso de la Caridad y el Deber.

Fiesta de los Niños.

Plausible idea fue la que tuvo la Honorable Municipalidad, al hacer a los niños pobres partícipes de nuestras patrióticas alegrías.

A las 9 de la mañana se arremolinaba en el Parque de Bolívar una regocijada turba de rapazuelos. Yacían en gran número de mesas infinidad de juguetes y no pocas prendas de vestir, con que se fue obsequiando a los niños, por señoras y señoritas distinguidas, que de tan grata comisión se habían encargado, como para hacer más preciosa la dádiva oficial recibida de manos blancas y puras.

Inmenso era el gozo de los niños y dignas de verse sus caritas expresivas, ya con cierta seriedad inocente, cual de quien se da cuenta de la importancia del acto, ya sonreídas de júbilo, ya picarescas, ya extáticas. Al principio pudo procederse en algún orden. Las niñas y los niños de las escuelas públicas formaban en filas, muy formalillos y atentos. Pero luego vino la mezcolanza y la baraúnda de todo, convirtiéndose el Parque en enjambre, y acaso fuera entonces más hermosa, por más natural y más franca, la infantil fiesta patriótica. Fue un lindo número del programa: árboles, flores, música, ausencia de protocolo, damas que obsequian regalos, derroche de luz y de oxígeno, y la alegría sana y la promesa eterna de la infancia.

En la Feria.

Poco más o menos a la misma hora, se abría la *Exposición Pecuaria*, en uno de los locales de la Feria de Ganados de Guayaquil.

Había sido organizada por una Comisión compuesta de los Sres. D. Arturo Botero M., D. Eusebio

A. Jaramillo, D. Daniel Botero E., D. Alberto Angel, D. Jaime Echavarría y D. Joaquín E. Jaramillo.

Entre los animales exhibidos, llamaban especialmente la atención: un caballo de tiro, de D. Paulino Londoño; un burro semental, de D. Manuel José Soto; dos novillas de raza Suffolk, de los Sres. Vásquez Hermanos; una vaca Holstein, de D. Jaime Echavarría; y una hermosa partido de ganado, de D. Arturo Botero.

En el Ferrocarril de Amagá.

De *El Espectador*, número 1,039, recortamos la siguiente reseña:

Ayer, a la una menos veinte minutos, un tren expreso, compuesto de siete carros de pasajeros, adornados con la bandera tricolor, arrancó de la Estación Medellín, conduciendo al Sr. Dr. Camilo C. Restrepo, Gerente de la Cía. del Ferrocarril de Amagá, al Ingeniero Interventor, Sr. D. Juan de la Cruz Posada, nombrado por el Gobierno para recibir el nuevo trayecto, a los miembros del Consejo Administrativo, a varios accionistas de la Cía. y a muchos particulares.

Recorriendo el trayecto de Medellín a Caldas a una velocidad de más de 40 kilómetros por hora, llegó el tren a esta población, donde una selecta y numerosa concurrencia, agrupada en la Estación y en los balcones del Maxim, esperaba impaciente su llegada.

Llegados aquí, donde fueron invitadas a tomar parte en la fiesta de la inauguración las familias de D. Tomás María Jaramillo, D. Ricardo, Gabriel y Antonio Jaramillo, el Sr. Gregorio Gutiérrez, su señora esposa y señoritas hermanas, siguió el tren, repleto completamente de caballeros, señoras y señoritas de lo más selecto de la población de Caldas, quienes previamente habían sido invitados por el Consejo Administrativo. De Caldas hacia el punto llamado La Lejía, la máquina número 4, de gran potencia, arrastró los siete carros a una velocidad de 22 kilómetros por hora, permitiendo así admirar a los pasajeros el esfuerzo, la constancia y la tenacidad que representan la construcción de estos 5 kilómetros, por un terreno deleznable y de cortes altísimos, hasta de más de 30 metros, donde se han movido más de 250,000 metros cúbicos de tierra y se han invertido millones de pesos, para poder dar paso a las paralelas de los rieles, por sobre las cuales rodaba firme y trepidante la locomotora, rompiendo el silencio de los campos con su pito civilizado y civilizador.

Llegados al paraje de la entrega, el Sr. Dr. Joaquín M. Arbeláez improvisó y pronunció un breve y elocuente discurso alusivo al acto. Los asistentes fueron obsequiados, en medio de familiar alegría, con varias copas de cognac y de champaña, por el Sr. Gerente. El tren regresó luego a Caldas, donde se extendió y firmó el acta de entrega por el Sr. Ingeniero Interventor, el Sr. Gerente, los miembros del Consejo Administrativo, y muchos otros caballeros, representantes de varias entidades civiles, y por varios particulares.

Quedó así oficialmente recibido el nuevo trayecto de 5 kilómetros, que salvan una de las más grandes dificultades que se han presentado a la Compañía propietaria del Ferrocarril, y que muy pronto será prolongado hasta la cima de La Quebra, a 1,900 metros sobre el nivel del mar, el punto más alto por donde ha de pasar el Ferrocarril de Amagá, y donde comienza a descender para llegar a Amagá, y continuar hacia el Cauca. Mil quinientos peones trabajan sin descanso en los trabajos de prolongación, que avanzan con suma rapidez.

Así contribuyó la Compañía del Ferrocarril de Amagá, en nombre de la Civilización, a la celebración de nuestro Centenario.

Por la noche.

En ésta, como en todas las demás, durante las festividades, ejecutó la Banda Marcial una Retreta, ante numeroso concurso de oyentes.

DÍA 21 DE AGOSTO (JUEVES)

Por la mañana. Exposición Agrícola.

Se abrió a eso de las nueve en el *Salón España*. Había flores muy bellas, especialmente azaleas y crisantemos, algunas rosas de rara lozanía, palmas de adorno, plantas verdes de hojas grandes y oscuras. Aunque fueron pocos los ejemplares exhibidos, gozaban los ojos con la contemplación de lo que tiene de más simpático y lindo Naturaleza y lo que el medellinense más ama: las flores, la principal galanura de nuestras moradas, manifestación estética, cuya ausencia indica casi siempre entre nosotros vulgaridad o descuido. Véanse también algunas muestras de forrajes, de plantas textiles, de maíz y de café, procedente de las principales plantaciones, de aquellas que benefician mejor y exportan más cuantiosamente el valioso grano; frutas, entre las cuales, una enorme chirimoya de la finca de *El Tirol*, sal y algunos pocos productos más. Por sobre todo, música de una buena orquesta, cintas tricolores y muchachas frescas y hermosas.

Por la tarde. Desfile de Carros Alegóricos.

Entre las dos y las tres p. m. salió la procesión del Parque de Bolívar, recorrió la Calle de Junín hasta el Puente de este nombre, subió por la Avenida Derecha hasta el de Mejía, descendió por la Avenida

Izquierda, tomó nuevamente la Calle de Junín hasta su cruce con la de Colombia, bajó por ésta hasta el Parque de Berrío, y después de recorrerlo por tres de sus costados, se disolvió.

Encabezaba el desfile el Sr. Gobernador con algunos de los Empleados departamentales y varios Representantes, y lo cerraba un piqueto del Regimiento Girardot.

Acompañados por un nutrido concurso y contemplados a su paso por miles de espectadores en calles, puentes, balcones y ventanas, desfilaron lentamente dieciséis Carros Alegóricos, con mucho arte y no poco gusto dispuestos, arreglados por diferentes gremios y corporaciones, y que representaban:

El Escudo de Antioquia. (De la Escuela Normal de Varones).

La Raza Antioqueña. (De la Juventud Unida).

Antioquia dando libertad a los Esclavos. (De la Escuela Normal de Señoritas).

Paz y Trabajo. (De la Escuela de Artes y Maquinaria).

Progreso de la Industria. (De los Industriales).

La Agricultura. (De los Agricultores).

La Minería. (De la Escuela de Minas).

La Industria Pecuaria. (De los Ganaderos).

Mercurio. (De la Cámara de Comercio).

La Industria y el Comercio prosperando a la sombra de la Paz y del buen Gobierno. (De la Compañía Industrial de Cigarrillos).

Las Bellas Artes. (De la Sociedad de Mejoras Públicas).

Antioquia y la Universidad. (De la Universidad).

Girardot en el Bárbula. (De los Jefes y Oficiales del Regimiento Girardot).

Adjudicación de la Corona de Ayacucho. (Del Colegio de San Ignacio).

El Triunfo. (Del Instituto Caldas).

Antioquia simbolizada en la Minería y las Artes. (De la Unión de Obreros Liberales).

El Jurado Calificador, compuesto de los Sres. D. Jorge de la Cruz, D. Enrique Olarte y D. Gabriel Montoya, adjudicó el premio, de \$ 100 oro, al carro de

Paz y Trabajo, arreglado por el Director de la Escuela de Artes y Maquinaria, Sr. D. Horacio Rodríguez, y en el que figuraban: una bellísima niña izando airoosamente la bandera colombiana; y sentado al pie, un obrero semidesnudo, de atléticas formas, llevando por toda vestimenta un mandil de cuero, con la mano izquierda sobre un yunque y empuñando un grueso martillo con la derecha.

Hubo, además, sendas menciones honoríficas para *Mercurio*, simbolizado por un hermoso mancebo, y para el *Progreso de la Industria*.

Por la noche.—Gran Baile.

Las elegantes tarjetas de invitación, adornadas con los escudos de Antioquia y de Colombia, decían así:

CLODOMIRO RAMIREZ,

GOBERNADOR DEL DEPARTAMENTO,

y los Sres. Nicolás Villa y Señora, César Piedrahita y Señora, Ramón Echavarría y Señora, Juan Martínez y Señora, Gabriel Echavarría y Señora, Sofía Ospina, María Olózaga, Constanza Botero y Maurice Badian, comisionados por la

Junta del Centenario,

y en representación de los anfitriones,

Sres: Carlos C. Amador, Alberto Ángel, Maurice Badian, Ricardo Botero S., Luis F. Botero, Julio E. Botero, Alejandro Botero R., Carlos Cock, Maximiliano Correa U., Alejandro Echavarría, Ramón Echavarría, Gabriel Echavarría, Luis M. Escobar O., José A. Gaviria, Ricardo Greiffenstein, A. Hartmann, Heinrich Hülsmann, Francisco E. Isaza, Domingo R. Jaramillo, Jose M. Jaramillo Mtz., Pedro Jaramillo V., Pablo Lalinde, Juan Martínez, Braulio Mejía, Carlos Mejía, Harold B. Meyerheim, Enrique Moreno, Francisco Luis Navarro, Tulio Ospina, Mariano Ospina V., Juan B. Peláez R., César Piedrahita, Gabriel Posada, E. Prüfert, Ernest Reinecke, Julio M. Restrepo, Nicanor Restrepo R., Ricardo Restrepo C., Emilio Restrepo C., Camilo C. Restrepo, Fernando Restrepo R., Victoriano Restrepo S., Cipriano Rodríguez, Jorge Rodríguez, E. Thiel, Valerio Tobón, Simón Uribe, Juan Uribe W., Miguel Vásquez B., Manuel Vásquez L., José M. Vásquez T., Pedro Vásquez U., Luis A. Vélez, Alejandro Villa L., Nicolás Villa,

Se complacen en invitar a
al baile de etiqueta que se dará el día 21 del presente mes, a las nueve de la noche, en los salones del Club Unión, en obsequio del Cuerpo Diplomático; de las Comisiones del Congreso de la República, del Gobierno Nacional y de las demás entidades que se han

hecho representar en esta ciudad con motivo de nuestra gloriosa fecha.

Medellín, Agosto de 1913.

Desde temprano se agolpaba a inmediaciones del Club, situado en la Avenida Derecha de la Quebrada-Arriba, el más heterogéneo, numeroso y compacto mundo de espectadores. Tocóse la Retreta al frente del edificio. Los convidados empezaron a llegar a las nueve, y eran cortésmente recibidos por una Comisión especial designada por los organizadores de la fiesta. El cielo estaba negro y amenazante. Venían del lado de Santa Elena ráfagas de aire frío y cortante, empapadas de malsana humedad. La casa esplendía de luces, espejos y flores. Salones amplios, galerías anchurosas y largas, tendidas de blanca lona, invitaban a los danzantes. Exquisito gusto inspiró a los decoradores. Manos femeninas pusieron allí su sello de delicadeza y finura. Regio y señoril era el *Salón de las Rosas*; como de amoroso ensueño el de las rosadas *Bellísimas*, perdidas y reaparecientes entre nubecillas de gasas blancas, con inocencias y mimos de virgen que oye complacida y miedosa las primeras frases amantes; exótico y caluroso el de las *Hortensias*; de voluptuosa hermosura el de los *Claveles*, evocadores de encendidas bocas que piden la caricia hambrienta del beso.

En el pequeño prado que precede a la casa, se había colocado, en un extremo y bajo los árboles, un artístico estrado para una de las orquestas. En uno de los ángulos del patio interior se alzaba un tablado semejante para la otra.

En este patio, de amplitud deliciosa, se habían diseminado asientos y mesitas para el servicio de los convidados; y bajo tiendas pintorescas, se instalaron largos mostradores para el *buffet*, servido por mozos limpios y activos, uniformados de blanco.

Todo estaba listo para una fiesta brillante y prometedora, pero las amenazas del encapotado cielo se cumplieron, y a la precisa hora de la entrada empezó a caer una lluvia tenaz, inmisericorde, que se prolongó hasta el alba y echó a perder la mayor parte de

los inteligentes preparativos, quitando a la casa, bien propia, su comodidad y su holgura. Fue necesario colocar en puntos inadecuados las dos orquestas, improvisar precipitadamente otro *buffet*, retirar del patio interior y del pradillo delantero asientos y mesas, y destinar a los invitados curiosos los amplios corredores dedicados a los bailarines.

Por tales causas, la *soirée* no resultó tan lucida como fuera de esperarse. Hubo algo de confusión e irregularidad, perdonables. Con todo, la elegante sociedad que había sido allí convocada supo acomodarse al percance: en una culta alegría se pasó rápidamente la noche, y hasta muy cerca del amanecer estuvieron en plena actividad los músicos y danzantes.

La concurrencia, tanto de damas como de caballeros, fue numerosísima y selecta. Todos los Representantes oficiales se hallaban allí reunidos. Los asistentes pasaban probablemente de seiscientos, y las parejas de bailadores de ciento sesenta.

Próximamente a las diez se inició el Baile con una Cuadrilla de Honor en el *Salón de las Rosas*. Acompañado de la Sra. Doña Paulina Mallarino de Gómez Restrepo, presidióla el Sr. Gobernador, a quien reemplazó, inmediatamente después de la primera figura, su Secretario de Hacienda; y tomaron en ella parte el Decano del Cuerpo Diplomático, con casi todos sus apreciables colegas; el Presidente del Club; las señoras esposas del Gobernador del Departamento, y del Encargado de Negocios del Ecuador; algunas damas de la Comisión invitadora; señoras y señoritas de Bogotá y de Medellín; y representantes de la juventud masculina de ambas ciudades.

Signióse luego lo usual en tal clase de reuniones: las proezas coreográficas de bailadores hábiles e incansables, las risas, las exhibiciones de la hermosura y el lujo, las mneas admirativas de los mirones, el embrollo de las citas, el amoroso rinconeo, las palabras dulces, el *firt*, el borbolar del champaña; todo lo que constituye un gran baile en esta sociedad como en otras, todas aquellas menudencias que son un perdurable encanto de la juventud que se inicia y hacen recordar a los viejos sus buenos tiempos. Para

nuestros huéspedes fue una ocasión de conocer más de cerca nuestra sociedad y de apreciar el trato de nuestras damas, ausentes casi siempre de las festividades oficiales con que en otros tiempos solían conmemorarse las gloriosas fechas de la Patria.

Sesión del Centro Jurídico.

A las ocho de esa misma noche, en la Universidad de Antioquia, se reunieron los Socios de esta simpática agrupación, compuesta por los estudiantes de Derecho del instituto.

La concurrencia fue escasa, debido a que en esos mismos momentos se aprestaban para concurrir al Gran Baile muchos de los que hubieran podido asistir al acto. Con todo esto, resultó serio y lucido.

Hubo buena música y hablaron, muy propia y elocuentemente, el Sr. D. Francisco Samper, que en unión del Sr. D. Pablo E. García había venido expresamente a representar a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional ante sus cofrades de Antioquia; los Sres. D. Joaquín Agüelo y D. Francisco Cardona S., miembros distinguidos del *Centro*, y el Dr. D. Manuel M. Toro, Profesor de Derecho en el instituto. Frases henchidas de cordialidad y de patriotismo fueron las de todos los oradores. La extensa composición del Sr. Cardona fue un verdadero trabajo académico, de singular mérito y de muy valientes ideas. Vió la luz pública en la edición de los *Estudios de Derecho* consagrada por el *Centro Jurídico* a conmemorar el Centenario.

Aunque de modesta apariencia, esta festividad es una de las más significativas de la conmemoración centenaria. La juventud estudiosa de Antioquia ama conscientemente la Patria, y a defenderla se apresta y a honrarla, retemplando su alma en la ciencia, en la libertad y el derecho.

DÍA 22 DE AGOSTO (VIERNES)

Concurso de Carruajes Adornados.

Este número del Programa, fue promovido por

el *Club Unión*, que ofreció premiar los tres más bellos que se exhibieran.

Componían el Jurado Calificador las Sras. Doña Blanca Gaviria de Berrío y Doña Alicia Botero de Botero; las Srtas. Doña Josefina Muñoz, Doña Lola de Greiff, Doña Inés Angel y Doña Margarita Olarte; y los Sres. Dr. D. Enrique Olarte, D. Gonzalo Escovar y D. Roberto Vélez R.

Se habían levantado tablados espaciosos para los Jueces y espectadores en el edificio del Club y en la Avenida fronteriza, bajo las copudas ceibas. Un mundo de gente llenaba ambas riberas del arroyo, en una extensión de cuatro o cinco cuadras. Bellísimo era el aspecto de las tribunas, colmadas de lindas muchachas, deliciosamente ataviadas con trajes claros y alegres y con sombreritos muy cucos. La gastada comparación con las canastillas de flores nunca fuera más oportuna. Canastillas de flores semejabán verdaderamente los desbordantes tablados.

Desde la una se esperaba el anunciado desfile. Los carruajes no aparecían. Pasaron y repasaron algunas pocas bicicletas adornadas. Amenazaba la lluvia: ráfagas de aire frío, algunos goterones ruidosos. Llegaron al fin algunos carruajes, pero aislados. La muchedumbre aplaudía. De repente se desprendió con fuerza y estrépito un formidable aguacero. La multitud se desbandó a la carrera. Algunos favorecidos hallaron refugio en el Club. Los tripulantes de los carruajes fueron de este número. Hubo al cabo una tregua en el torrencial aguacero. Se ocuparon de nuevo las tribunas, y por delante de ellas desfilaron dos o tres veces los carruajes. Eran solamente cinco. Otro, arreglado por la Colonia Alemana, sufrió mucho con la lluvia, y no tomó, por eso, parte en el concurso. El público los iba bautizando y aplaudiéndolos a su paso:

Las Mariposas, automóvil de D. Gabriel Echavarría y su bella Señora.

El Kiosco Japonés, automóvil conducido por D. Guillermo Echavarría, y dentro del cual iban, característicamente vestidas, las Sritas. Rosa, del mismo

apellido, y las graciosísimas hermanas Gómez Posada.

La Barquita, automóvil que conducía a la familia Medina.

La Bandera Nacional, coche de Doña María Luisa Toro de Uribe, con tres niñitos muy monos, que representaban los tres colores.

El Cisne, un coche, todo blanco, evocador de purezas, con algo de Lohengrin, impresionante y fantástico, y adentro las tres hermosas niñas Clarita Posada, Tina Restrepo y Pepita Toro.

El Jurado (y antes que él el público) adjudicó al *Cisne* el primer premio. El segundo correspondió al *Kiosco Japonés*; y el tercero, a la *Barquita*.

Gran número de damas y caballeros fue obsequiado en seguida, en el Club Unión, con champaña.

A las 7 p. m.—Cinematógrafo.

Fue una función ofrecida al pueblo por los Sres. D. Juan di Doménico y D. Rafael Gaviria.

Efectuóse en el Parque de Bolívar ante miles de espectadores entusiasmados. Jamás se había visto en Medellín tan inmensa aglomeración de gentes, y, sin embargo, no ocurrió desorden ninguno. Mucho bullicio, alegría, algo de incomodidad y cansancio, pero todo se pasó pacíficamente, y tuvo el pobre pueblo un piadoso rato de olvido, una distracción a sus penas.

Festival de la Prensa Asociada.

Así lo describe *El Espectador*, en su número 1041:

A las ocho y media, en el Teatro, con asistencia del Cuerpo Diplomático, el Sr. Gobernador, la Prensa toda de la ciudad y una numerosa y selecta concurrencia. Al levantarse el telón, la Srta. Lolita Rosell y los Sres. Gabriel Cano y Francisco de P. Pérez ocupaban la escena. Inmediatamente después salió el Dr. Alfonso Robledo y disertó sobre el periodismo; en seguida Lolita cantó, con mucha propiedad, un número de los de su extenso repertorio; luego el Sr. Pérez leyó una carta del Dr. Antonio Gómez Restrepo, en la cual daba cuenta del valioso regalo que la viuda e hijos de Jorge Isaacs le hacían a Antioquia, depositando en ésta el manuscrito de *La Tierra de Córdoba*, para que reposasen en el Museo de esta ciudad; y por último el Sr. Cano recitó con emoción y sentimiento ese bellissimo poema.

D. Roberto Botero S. dio lectura al hermoso discurso que publicamos hoy; D. Luis Palma entusiasmó al auditorio con su violín y fue llamado cuatro veces a la escena; y la Sra. Fábregas, con la dulzura de su ganganta y la propiedad de su voz, recitó el *Saludo a Antioquia*, de Martínez Mutis.

Se dio fin a esta velada con la comedia *El susto de la Condesa*, del aplaudido Benavente, interpretada con mucha propiedad por la Compañía Fábregas.

En el Acta de la Prensa Asociada que dejó de leerse, para no alargar demasiado la función, se hacían los siguientes nombramientos: Presidente, Fidel Cano; Vicepresidente, Miguel Moreno Jaramillo, y Secretario, Francisco de P. Pérez.

La función organizada por la Prensa, es la más hermosa que hayamos visto en nuestro Teatro.

DÍA 23 DE AGOSTO (SÁBADO)

En el Bosque del Centenario.

A las nueve de la mañana principió esta pintoresca festividad. El extenso llano donde ha de instalarse el Bosque, hervía con la multitud enorme de espectadores. Asistieron el Gobernador, el Cuerpo Diplomático, los Delegados colombianos. La misa de campaña, celebrada por el Canónigo Dr. D. Jesús M.^a Marulanda, y escuchada con recogimiento por los asistentes, tenía, al aire libre y en aquel agreste paraje, un no sé qué de profundamente sugestivo y poético. Interesantes fueron el hermoso simulacro de combate ejecutado por el Regimiento Girardot y la imponente Jura de Bandera.

El Sr. Gobernador colocó la primera piedra del monumento que ha de erigirse más tarde al Dictador del Corral, y dentro de la cual se depositaron, encerradas en una caja metálica, el acta correspondiente y las tarjetas de las personalidades más notables que a esta inauguración concurren.

Hablaron, en nombre de la Sociedad de Mejoras Públicas, encargada de los trabajos del Bosque, el Sr. D. Gregorio Pérez; por el Regimiento Girardot, su médico, Dr. D. Gil J. Gil; el Dr. Antonio Gómez Restrepo y el Representante de Boyacá, Dr. D. Roberto González. El Dr. D. José Joaquín Casas, Delegado de la Honorable Cámara de Representantes, pronunció el poético, sentido y noble discurso que a continuación insertamos, y que es una de las oraciones más bellas que en estas fiestas centenarias,

abundantísimas en manifestaciones oratorias, haya escuchado el público de esta tierra. Así fueron las palabras del Dr. Casas:

Sr. Gobernador, distinguidas Damas medellinenses, Señores:

Señalada merced me hace el Cielo colmando uno de los más ardientes deseos que me han inflamado el alma desde los días de mi primera adolescencia: el de conocer esta tierra clásica de las recias fragosidades, del bravo trabajar perseverante, del amor entrañable al terruño nativo, de la independencia caballeresca, de las iniciativas municipales, herencia hispano-romana; de los héroes precoces, de los magistrados sin miedo y sin tacha, de los ciudadanos campesinos como el Alcalde de Zalamea y García del Castañar, de la inteligencia severa y la gracia chispeante, de las costumbres patriarcales, de los hogares prolíficos y hospitalarios a la manera bíblica, del realismo cristiano y del idealismo sesudo, de la poesía espontánea y salubre, rebosante de vida y sentimientos, tierra pintoresca del cocuyo y la batatilla, segunda Vasconia, renaciente a través de los siglos y los océanos, patria de Girardot, de Pedro Justo Berrío y de Gregorio Gutiérrez González.

Respirando a pulmón lleno las saludables auras de las montañas de Antioquia, doy a Dios efusivas gracias; y si los recursos de mi mente no fueran tan escasos, si no hubiese tamaña desproporción entre la humildad de mi persona y la solemnidad del momento, yo me felicitaría de hallarme en ocasión como ésta, propicia entre todas, para expresar mis sentimientos de irresistible y creciente simpatía, de profunda estima, de admiración y agradecimiento por este pueblo antioqueño que, si conocido por libros y narraciones, si visto de lejos excita interés tan vivo, estudiado de cerca y en su propia casa resulta portentoso y nos cautiva el corazón con lazos de fraternal cariño.

Pero, señores, la riqueza misma del asunto, la excelencia misma de las circunstancias, la viveza de mis emociones abruman mi espíritu y me dejan sin palabras. ¡Antioqueños! con orgullo de colombiano lo digo: sois un gran pueblo. Y notad, ante todo, que yo no aprendí nunca el lenguaje de la lisonja; yo no sé adular a los hombres ni a los pueblos, ni conozco el arte de captar voluntades con halagüeñas mentiras; y en punto de urbanidad y cortesía he creído siempre que la cortesía de buena ley, la única propia de los caballeros, es la de gusto antioqueño, cuyos primeros ingredientes son la sinceridad y la franqueza. Usando, pues, de ellas, sin pretender pagaros con palabras los agasajos del corazón, y hablando con el desorden natural en los grandes sacudimientos del alma, os declaro que lo que me habéis hecho sentir desde el punto y hora en que toqué la raya de Antioquia..... ¡Señores!

¡Es demasiado para dicho en prosa!

Aquel peñón ceñido que delante de Puerto Berrío avanza entre el hervidor tumulto de las olas, anunciando a los viajeros que de allí para adentro el hombre tiene que habérselas con una naturaleza mortífera y salvaje; aquel caserío nuevo, con su iglesia y todo, que sonríe en medio de las dolencias; aquel ferrocarril heroico y trágico tendido sobre cadáveres y cuyo pitazo alegre, semejante a la carcajada del torero español sobre las astas de una fiera, es un desafío permanente al genio de las fiebres matadoras; aquellas ca-

sucas aseadas y risueñas con sus grupos de arrieros encarriellados y mujeres de pañuelo en la cabeza; aquel vocerío de chicuelos negociantes, de rostros demacrados y ojos centelleantes de gracia y de inteligencia; aquel acento popular y característico seseo que, sobre todo en bocas de mujeres y de niños, tiene para nosotros, boyacenses o cundinamarqueses, el hechizo de la pandereta y la bandurria; aquella soberbia carretera serpeante por entre los más deliciosos paisajes y que por su tamaño y solidez se diría construida en tiempo de los Esquiaquis y Ezpeletas; aquel titán granito cuarenta veces secular, que se plantó como un estorbo anticipado en lo que andando los siglos había de llamarse La Quebra, y que mañana, mañana en aquel día se encontrará, no sin gran pasmo suyo, con que a lo mejor del tiempo estos occidentales cíclopes le han perforado las entrañas; y luego este bermejar de pueblos, cuna cada uno de ellos de varones ilustres, y este valle de Aburrá, cuajado de riquezas y de recuerdos; y por fin esta encantadora ciudad de Medellín, ánfora de oro con guirnalda de jazmines; y este espléndido acogimiento, donde anda vestida con elegancia parisiense la hidalga llaneza de nuestros viejos castellanos; y este jubiloso afanar del comercio y las industrias; y esta palpitación patriótica que hace vibrar todos los corazones al susurro de nuestra adorada bandera colombiana, flotante como un ambiente de gloria desde las torres excelsas de la catedral hasta el aleró del último ventorrillo; y este aire de bienestar e íntima satisfacción, propio de quienes han hallado y saben poner por obra la fórmula definitiva de progreso, a saber, culto a la tradición, que simboliza los tesoros acumulados, y culto al porvenir, donde se recatan los tesoros de inexplorados mundos, todo eso ¿quién podrá describirlo? ¿quién podrá pintar las impresiones que ese raudal caleidoscopio deja en el corazón del patriota? ¿quién dirá las efusiones de la amistad en medio de estas cívicas solemnidades? ¿quién los hervores de la sangre colombiana ante los triunfos de nuestra civilización? ¡Jamás había sentido yo tan bien como ahora cuán a fondo se compenetran o identifican el amor de la *tierra* y el de la patria! ¡En ninguna parte me había sentido yo tan bravamente colombiano como en Antioquia.

¡Qué concurso de circunstancias tan intensamente grato y tan abrumador! Harto es para mí enumerarlas, reconociéndome inferior a cada una de ellas. Ocupo esta tribuna con doble representación: la del augusto Cuerpo Legislativo nacional, de quien sólo por un extremo de benevolencia puedo yo ser vocero en caso alguno, y la del Honorable Concejo Municipal de la ciudad de Chiquinquirá, mi dulce y siempre cara ciudad natal, el hogar de mis padres, el santuario de Colombia. ¡Qué dulce es para mí hablaros ahora en este segundo carácter! Vosotros antioqueños, vosotros sí que sabéis bien que conforme vamos bajando la pendiente de la vida, con mayor ternura tendemos los ojos hacia esos antiguos lares, y que el nombre del rincón en que nacimos es de aquellos que, según lo dijo el mayor de vuestros poetas,

..... nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Yo me complazco en buscar ahora conexiones entre mi tierra y la vuestra, que al fin y al cabo no son más que una, porque ambas beben las aguas del mismo río y se glorían de una misma historia, y rezan al pie de una cruz, y se arropan bajo los pliegues de una misma bandera; yo recuerdo con cariñoso entusiasmo que uno de mis abuelos, de mi propio humildísimo nombre y apellido y con-

temporáneo de D. Juan del Corral, fue de los primeros que proclamaron la independencia de la villa de Chiquinquirá, según lo testifican las actas públicas de su Cabildo; recuerdo que en esa misma villa vio la primera luz uno de vuestros más insignes preladados, Fray Mariano Garnica y Dorjuela, de la Orden de Predicadores. ¡Qué grato es en los grandes días de la familia recordar los vínculos de fraternidad!

Ahora me parece que aquel ascendiente mío se incorpora allá en su lejana tumba, cubierta de polvo casi secular, y usando de su autoridad de abuelo me confía un encargo. Yo escucho con filial reverencia y cumpro lo mejor que puedo la encomienda. En nombre, pues, de aquel patriota provinciano, cuya sangre bulle en mis venas, y en nombre del Cabildo de quien él tuvo personería, deposito una corona en el monumento que vais a dedicar al joven dictador que declaró la independencia de Antioquia, organizó la hacienda, dio el primer impulso a las industrias de esta industriósísima región, y proclamó la libertad de los esclavos: Dictador aquel que no tuvo en sus manos la suma del poder sino para dar a sus conciudadanos la suma de la posible felicidad. Os doy la enhorabuena, porque sois justos honrando con tal monumento la memoria de aquel magistrado egregio, pero os felicito mucho más porque, con aquel admirable sentido práctico que os distingue, antes de erigir estatuas os habéis empeñado en educar varones que las merezcan. Sabéis escribir historia, pero antes sois maestros en hacerla.

Escuchad, antioqueños: con razón mostráis regocijo por vuestros adelantos, que son timbre de honor para nuestra idolatrada Colombia: esta tierra no se cansa de nutrir hijos ilustres en ninguno de los campos de la actividad humana; vuestros Municipios viven con propia y lozana vida; multiplicáis las escuelas y las fábricas; la beneficencia y la piedad ensalzan a Marco A. Santamaría, José María Díaz, Mariano Uribe, Alejandro Echavarría y Apolinar Villa, sobre cuya tumba están recientes y no se secarán nunca las flores ni las lágrimas; vuestros historiógrafos, José Manuel Restrepo, el Tácito colombiano, y Juan Pablo Restrepo, hallan continuadores en Mesa Jaramillo, Gómez Barrientos, Gabriel Arango y Ramón Correa; vuestros juristas llevan nombres como los de Luis María Isaza, Fernando Vélez, Antonio J. Cadavid y Dionisio Arango; vuestro representante en las humanidades es Marco Fidel Suárez; las ciencias de la naturaleza se ufanan con los Ospinas, Villas y Posadas; las bellas artes y la amena literatura registran los nombres de Canos y Montoyas, de Osorios y Curvajales, de Carrasquillas y Velásquez, de Robledos y Rendones; una pléyade de poetas, a cuya cabeza brilla el cantor del Tequendama, sucede al poeta de Aures y al de la Elegía del novillo; vuestras obras materiales corresponden a vuestros hombres, y alzáis una catedral maciza como vuestras virtudes, digna del siglo de Herrera y Brunelleschi: de todo eso y de mucho más podéis gloriaros; pero vuestro mayor título de gloria ¿sabéis dónde está? En vuestros hogares: el hogar tradicional antioqueño es el hogar ideal; yo lo admiraba de tiempo atrás, conociéndolo de oídas: ahora lo conozco bien por experiencia propia, y sé cómo es ese dulce y santo imperio doméstico donde campea el perfecto caballero, ejemplar de generosidad, con ternuras de niño y energías de león, y donde reina la «perfecta casada» sobre un trono de amor, y resplandeciendo con la doble diadema de la virtud y la hermosura.

Hé ahí el modelo cumplido del hogar cristiano; hé ahí el secreto de vuestra prosperidad. Por dicha, la cepa cristiana, arraigó

tan hondo, que Dios mediante no habrá esfuerzo humano capaz de arrancarla de aquí.

Al amanecer del día de mañana, último de estos brillantes festéjos, los cañones harán salva sobre el morro donde erigís un monumento al Salvador; los ecos de las montañas repetirán largamente que vosotros, antioqueños, pueblo que sabe amar y respetar y honrar la libertad, reconocéis en Cristo al libertador del mundo, a Cristo, que, según las palabras del gran Donoso Cortés, «hizo la mayor de las revoluciones sin derramar más sangre que la suya».

Señores: yo, cristiano a todas horas y en todas partes, no sé hablar sino en cristiano: con ese lenguaje comencé y con ese concluyo. ¡Señor, gran Dios! descance en tu seno paternal y misericordioso el noble espíritu del héroe cuya memoria honramos aquí. Bendice, Señor, los hogares antioqueños para que sean ellos la base inmovible de la prosperidad de Antioquia y del engrandecimiento de Colombia.

Permitid, señores, que os excite a erigir a par de este monumento otros dos más durables que el bronce y que recuerden para siempre esta fecha gloriosa: el establecimiento de una asociación que podría llamarse de la Poesía y Artes Populares, para el cultivo de nuestros valiosos y preciosísimos elementos característicos nacionales, y una Escuela de Artes y Oficios para niños pobres de la clase obrera: por mi parte consignaré mi modesta contribución para esta obra en las manos dignísimas del Sr. Gobernador del Departamento, cuyo corazón magnánimo sabrá acoger con entusiasmo estas ideas, y a quien me complazco en presentar mis más respetuosos homenajes.

El Dr. D. Roberto González, Representante de Boyacá, se expresó así:

SEÑORES:

El Gobierno de Boyacá me ha discernido el alto e inmerecido honor de nombrarme para representar al Departamento en la festividad con que se conmemora en esta bella sección de la República, el Centenario de su Independencia y para traer os la felicitación entusiasta y sincera con que allá se aplauden vuestros triunfos de trabajo y de progreso.

Lamento que esta altísima distinción hubiera recaído en mí, porque no soy exponente de la intelectualidad del pueblo que me envía. Nombres ilustres tiene Boyacá, que hubieran podido darle brillo en esta fiesta, pero vuestra fama engendró mi egoísmo, que remontándose en alas del entusiasmo, me ha hecho mirar como días felices de mi vida, estos que me permiten beber en sus propias y límpidas fuentes de altos ejemplos de paz y patriotismo, de laboriosidad y de progreso, con que marcháis, en puesto muy avanzado, levantando los faros que han de iluminar el porvenir de Colombia.

Espero de vuestra benevolencia, que no miréis la modesta envoltura que os trae el fraternal abrazo del alma boyacense, pero aceptad, sí, el afecto sincero y grande con que la tierra de Ricaurte os saluda, batiendo las banderas que juntos nuestros padres hicieron tremolar victoriosas en los campos del Bárbula y Boyacá.

Señores: Las fiestas internacionales no tienen por objeto el regocijo individual. Más elevados sentimientos las colocan entre los destinos de la humanidad, haciendo de ellas lazos que reúnen a los pueblos con expansiones de comercio y de vida. De igual manera, las fiestas con que los Departamentos conmemoran sus glorias, deben ser lazos que reúnan, en haz florido, las distintas secciones de la República, estrechando sus vínculos y haciendo que todos los corazones latan unísonos ante un gran sentimiento: el de amar a la patria y vivir para ella, sin permitir que se disloque el esfuerzo común de sus hijos.

Boyacá y Antioquia, hermanas limítrofes y separadas por corto grupo de montañas, han vivido vida remota, sintiendo apenas que el tricolor amado es emblema común de triunfos y dolores. Pero una corriente de vida nueva se hace sentir. Ya la ola ardiente de vuestra sangre cruza intrépida el Magdalena y nuestras hachas en los bosques, responden al grito de las locomotoras que en Puerto Berrío cantan el himno de la libertad.

Por eso quiero aclamar vuestras glorias y hacer conocer el concepto que Boyacá tiene de Antioquia, para que acortando distancias y confundidos en patriótico abrazo, podamos abrir en nuestras fronteras, hoy ignotas, alturas dignas de los genios que nos dieron libertad.

La historia de Antioquia culmina en la historia nacional con rasgos que nosotros contemplamos con admiración.

El Mariscal Robledo, Badillo y Cesar, Gómez Fernández, Valdivia y Rodas, al abrir al mundo las vírgenes y ricas montañas de Antioquia, legaron a la posteridad, con la religión de Cristo y la lengua de Castilla, una raza vigorosa e inteligente, audaz y valerosa, predestinada a inmortalizar en la América latina, la sangre noble de la Madre patria.

Al esfuerzo de esa raza los bosques se trocaron en fértiles praderas y rotas las entrañas de la tierra, manantiales dorados cruzaron los mares para enriquecer lejano continente, pero leyes coloniales represivas helaron por tres siglos el ardor de vuestra sangre, que pobre y humillada, sólo pudo salvar el carácter, fuego sagrado que había de buscar en la libertad el campo propio para sus energías.

En el reloj del tiempo sonó la hora de la independencia y la mano pródiga de Dios marcó el «Fiat lux» en la frente de Colombia. Del carbón colonial brotaron diamantes y los héroes y los sabios brillaron como estrellas en el cielo de la patria, encendiendo la hoguera que tras titánica lucha, había de iluminar de libertad el Nuevo Mundo, escribiendo en Bárbula y en Ayacucho la apoteosis del valor antioqueño.

Corría el año de 1813. Las huestes de Sámano ocupaban a Popayán y como red mortífera se extendían por el valle del Cauca, amenazando a Antioquia. Este pueblo de clásica previsión, viendo en inminente peligro la causa de su libertad, dictó amplias medidas de defensa y proclamó Dictador a D. Juan del Corral, inclito patriota que aceptando sobre sus hombros el peso de responsabilidad inmensa, supo desde entonces colocar sobre cumbre de laureles, el nombre del pueblo que le confió su porvenir.

Del Corral levantó batallones, fortificó plazas y fundió cañones, asociando siempre su nombre al nombre augusto del sabio mártir Francisco José de Caldas, con el cual tejió la corona de inmortales que el noble Dictador legó a su patria y que Antioquia ha guardado con honor.

La energía del Dictador Corral encendió los espíritus y creó fuerzas poderosas que llenaron los corazones de la viril entereza de los pueblos grandes y que el 11 de Agosto de 1813 proclamaron su independencia absoluta de la corona española.

Descubierto y absorto contemplo esta fecha gloriosa y fecunda, que encierra grandes lecciones para la patria. Antioquia, que no tomó parte en las guerras civiles que siguieron al grito de la independencia nacional, fue libre cuando quiso serlo. Antioquia, que dio mano fuerte y gran poder al más gallardo de sus gobernantes, nació grande y respetable a la vida independiente. Antioquia, que supo armarse contra el tirano que pretendía invadirla, guardó muy limpios los timbres de sus glorias y ahorró para la libertad y para el trabajo la sangre generosa de sus hijos.

¿Cuándo Colombia, amando un mismo sol y un mismo cielo aprenderá a ser libre? No está lejano el día. Aire de libertad alienta el alma y la aurora tiñe de ópalo y de rosas el cielo de la patria. Blancas nubes de trabajo y de paz anuncian el día y el patriotismo levanta sus altares al amor nacional. Al estridente clamor de las trompetas sucede el himno de la locomotora y del taller; los rieles borran las huellas de los ejércitos y el algodónero y el pan lucen blancas flores y doradas espigas sobre los campos que agostó la muerte.

La obra de la resurrección está emprendida y la verdadera libertad bate ya sus blancas alas. Levantemos los corazones al porvenir para recibir sus bienes y no permitamos jamás que los rayos del sol vuelvan a perderse sobre rocas calcinadas por el odio.

Al contemplar la historia nacional los ojos, avaros de bien, se detienen complacidos en la historia particular de este bello Departamento, de cuyo suelo han surgido como espigas de tamaño heroico y de opimos frutos, muchos nombres ilustres que han honrado a Colombia en todos los ramos del saber y del patriotismo.

Zea, para forjar la libertad, Córdoba, Girardot, Mejía y mil próceres más para conducirla a la victoria; Gutiérrez González para cantarla en lira de oro; Uribe Angel para perpetrar sus glorias en las hojas imperecederas de la historia; los Restrepos y Berrío para honrarla sobre altares de justicia y de progreso.

José Félix de Restrepo. El Magistrado para la ley, como le llamó en ocasión memorable el ínclito Córdoba. El Magistrado para el honor y para la gloria, como lo llamamos los colombianos que enamorados de la diosa Justicia, queremos que su sombra veneranda lleve la antorcha de esa libertad que con su toga de armiño, sólo vive en el templo luminoso de la ley.

Pedro Justo Berrío. El héroe de vuestro progreso, que, como centinela avanzado, da la bienvenida al viajero, haciéndole mirar en su obra gigantesca el milagro que trasporta las poéticas montañas antioqueñas, en sus lirios y perfumes al inmenso campo de la civilización moderna. ¡Llor a los sabios y a los héroes que con valor indomable están coronando la obra de Berrío! ¡Bendición a los mártires cuyas cruces humildes de amorosos brazos, marcan el camino de luz creado con vuestro potente esfuerzo!

Muchas y muy nutridas son las páginas de vuestra gloriosa historia y para bien de Colombia, la inmensa lista crece cada día y el ejemplo perdura y fructifica. Hoy mismo vuestra sangre pasa por los crisoles de la patria y si el fuego, al rojo blanco, no deja ver todavía las purísimas facetas que allí se caldean, en no lejano día un nuevo brillante adornará vuestra historia y el valor civil,

la honradez y el patriotismo, hijos mimados de estas montañas, ganarán glorioso renombre para Colombia redimida.

Perdonad señores que haciéndome exótico en esta fiesta, en que la historia, con sus épicos poemas se adueña de las almas, me atreva a hacer un breve recuerdo de la geografía de nuestros departamentos.

Los rieles del gran ferrocarril que estáis construyendo con valor indomable, descansan su extremo oriental muy cerca de las fronteras de Boyacá. Allí principian vastísimas florestas de vegetación exuberante en donde los frutos de todos los climas, en estado silvestre y con belleza de paraíso, muestran al viajero la tierra de promisión, y esperan como dormidos, la mano laboriosa que los lleva a playas extranjeras para convertirlos en riqueza nacional.

Al cruzar las montañas y todavía muy cerca de nuestras fronteras, en fértiles y bellísimas campiñas, vive un pueblo que os ama, gozándose anheloso en vuestros triunfos.

Triunfad, pues, Antioqueños, porque el espíritu de Córdoba es vuestro espíritu. ¡Armas a discreción y paso de vencedores! para que toméis la vanguardia que por derecho corresponde a los héroes del trabajo redentor. Llegad adelante a la cumbre del progreso nacional y si algún día la pendiente fatiga vuestro esfuerzo, descansad al fresco del amor boyacense, que levanta sus brazos para que seáis los primeros en coronar, con ramas de olivas y laureles, la frente noble de nuestra patria amada.

Paseo a "El Diamante."

Fue organizado por una Comisión compuesta de los Sres. D. Francisco A. Olarte, D. Pedro Vásquez U., D. Pablo Echavarría y D. Ricardo Restrepo Wills.

La hermosa propiedad de *El Diamante*, perteneciente a la familia Vásquez, dista cosa de 7 kilómetros de la ciudad, y está situada en esa pintoresca región de El Poblado, que es lugar preferido para veraneo por las familias ricas medellinenses, muchas de las cuales tienen allí cómodas casas, verdaderamente lujosas.

Emprendióse la marcha a la una de la tarde. La Empresa del Ferrocarril de Amagá puso a disposición de los paseantes generosamente sus trenes. Los carros estaban adornados con los colores nacionales, y viajaron repletos de damas hermosas y de caballeros galantes. De la Estación de Aguacatala a la Quinta de *El Diamante*, los invitados se trasladaron en automóvil, en coche, el mayor número a pie, pues la distancia es muy corta, la carretera bastante buena, y el día, que en un principio se mostraba con negros

amagos de lluvia, se tornó repentinamente espléndido y snave.

La concurrencia, aunque bien seleccionada, fue numerosísima, y como muchos invitados, para librarse de la hora fija del tren, prefirieran hacer directamente el viaje por la carretera de El Poblado, era imposible encontrar a precio ninguno un vehículo en la ciudad desde cuatro horas antes de la acordada.

Divísase la casa desde el camino, no muy lejos, al finalizar de un ribazo alfombrado de verde y tupido césped. Rodéala un jardinillo cercado con una verja y alegrado por el agua de un surtidor bullanguero. Emerge el edificio coquetamente de entré follajes y flores, airoso y provocativo, con su aspecto de *châlet* y una torrecilla lateral que muy bellamente lo adorna. Engalanábanlo, además, aquel día, festones, espejos y cuadros.

Tres orquestas tocaban alternada o simultáneamente: en el prado, la Banda Marcial; en el corredor delantero, las liras, tiples y guitarras de nuestro pueblo; y en el patio interior, el aristocrático piano y sus acostumbrados acompañantes. Sirvióse el *lunch* en el comedor, en largas mesas abundantemente provistas, o en mesillas portátiles que ocupaban todo un tramo de las galerías de adentro. La cantina, frecuentemente visitada, y donde se escanciaba con largueza brandy, kola, cerveza y champaña, ostentaba su extenso mostrador en el otro extremo del patio. Fértiles matas lo adornan. En el fondo, a la mitad de una rústica verja, la puerta que conduce a la arboleda, donde en pendiente suave empieza a desarrollarse una encajada alameda, misteriosa, poética y maliciosamente llamativa.

Ardua tarea sería describir todo el agreste, todo el exquisito encanto de aquella jira. Centenares de muchachas, entre las cuales era imposible encontrar una que no tuviera hermosura o gracia, se entregaban con inoconte pasión a las alegrías del baile. La juventud masculina estuvo correctísima, y aunque las libaciones fueron abundantes y libérrimas, no hubo que tachar un exceso. El regocijo fue franco, espontáneo y sincero. Quien quiera conocer al medellinen-

se sin su antipatía nativa, sáquelo de la enervante ciudad y llévelo al aire del campo.

Al finalizar del día se retiraron, con pena, pero llevando un gratísimo recuerdo los concurrentes.

Asistieron a este paseo el Sr. Gobernador, los Representantes oficiales y los más altos Empleados del Departamento. Honró la fiesta el Illmo. Sr. Arzobispo algunos minutos con su estimable presencia.

Sesión de las tres Academias.

En el espacioso patio-salón del Colegio de los Jesuitas, se reunieron este día, a las ocho de la noche, las tres Academias Antioqueñas de Historia, Jurisprudencia y Medicina, en sesión solemne, presididas, respectivamente, por los Sres. D. Tulio Ospina, Dr. D. Fernando Vélez y Dr. D. Branlio Mejía. El salón estaba artísticamente decorado con banderas colombianas, con un enorme escudo de la República pintado al óleo y con los de varias Naciones extranjeras. Una orquesta de Profesores inició el acto con el Himno Nacional y ejecutó bien escogidas piezas en los intermedios. Distinguida concurrencia presenció el acto. En la galería superior, exclusivamente de damas; abajo, el Gobernador, algunos de sus colaboradores; el Dr. D. Rafael Rodríguez Altunaga, Encargado de Negocios de Cuba, en representación de sus colegas del Cuerpo Diplomático, impedidos de asistir por anteriores compromisos; los Delegados colombianos; la mayor parte de los Miembros de las Academias y no pocos particulares. Al frente del estrado del Gobernador, se elevaba otro, más amplio, ocupado por los tres Presidentes de las Academias reunidas y sus respectivos Secretarios.

Para comenzar la sesión, el Sr. D. José M^a Mesa Jaramillo, Secretario perpétuo de la Academia Antioqueña de Historia, leyó con clara voz el Orden del día, e inmediatamente después la histórica Acta de Independencia Absoluta. El Presidente de esta misma institución, Sr. Ospina, leyó luego, captándose desde el comenzar y conservando hasta el fin la complacida atención de los concurrentes, la interesante conferencia que en seguida se reproduce:

SEÑORES :

Es el objeto de esta sesión solemne de las Academias Antioqueñas de Historia, Jurisprudencia y Medicina, conmemorar la fecha en que la villa de Medellín se adhirió a la declaración de independencia absoluta de España, firmada en la capital de la Provincia de Antioquia el 11 de Agosto de 1813; y en tal celebración cumple a la índole de aquellas corporaciones analizar en su esencia y sus efectos el acontecimiento que se conmemora. Débese a esta circunstancia, y a la de corresponder la iniciativa de esta solemnidad, por la naturaleza de los hechos, a la Academia de Historia, que tengo el honor de presidir, el que haya de dirigirse hoy la palabra el menos competente de los Académicos congregados aquí.

Para apreciar la trascendencia de nuestra independencia de España, precisa conocer lo que era, cuando la proclamó, la Provincia de Antioquia; considerar la reacción moral y los hechos heroicos que aquel acto imprevisto y audaz inspiró a sus pacíficos y tímidos moradores; y señalar los progresos sorprendentes, así en lo político como en lo económico y social, a que aquel acto ha dado lugar en el curso de un siglo.

Consistía la población de Antioquia, antes de la conquista, en tribus bárbaras, de valor indomable, diseminadas en este laberinto de montañas; y sólo incitados por el cebo de los veneros auríferos, que ya los aborígenes explotaban rudimentariamente, hallaron ánimo los ejércitos de aventureros codiciosos y audaces para penetrar en tierra tan ingrata, diezmados por los combates y las dificultades materiales, y para mantenerse en ella, en lucha continua con sus legítimos dueños.

Estas mismas circunstancias hicieron que una Provincia, que produjo ingentes riquezas mientras hubo en ella minas de fácil laboreo e indios que las trabajasen sin remuneración, bajo la tiránica institución de las encomiendas, permaneciese pobre y atrasada durante los dos siglos y medio que perduró el régimen colonial; porque bienes tan rápidamente adquiridos, sin que quedase parte alguna de ellos adherida al terreno, y de tan fácil transporte, inducían a sus poseedores a ir a disfrutarlos en España, o en las ciudades prósperas del Virreinato, donde podían gozar de una vida social relativamente avanzada.

Cuando los trastornos producidos en España por las guerras napoleónicas provocaron la insurrección de las colonias americanas, era la Provincia de Antioquia una de las más pobres y atrasadas. Su población, según el censo de 1807, ascendía apenas a 107,000 habitantes, divididos en castas hondamente separadas. El elemento blanco, en número de 27,340 personas, estaba compuesto, por una parte, de la escasa y orgullosa aristocracia que formaban las familias de los hidalgos que capitanearon a los conquistadores y de los funcionarios públicos venidos posteriormente de España; y por otra, de los descendientes de los soldados de la conquista, y de labradores españoles que la sed de oro había ido trayendo hasta aquí, pobres y maltrechos; casta llana y humilde, que se sustentaba con rudo trabajo. Trece mil negros africanos que gemían en la esclavitud, y 4,800 indios, a quienes se mantenía aislados, como lazarinos, en poblaciones especiales, completaban los elementos étnicos puros. El resto de la población, que ascendía a más de la mitad, eran mestizos de diversos matices.

También tenemos datos precisos sobre la riqueza pública de la Provincia dos años antes de la declaratoria de independencia. Los víveres y ganados que se consumían en un año valían \$ 325,000, que sumados con \$ 1.200,000. valor del oro que se extraía, dan 1.525,000 pesos como producción total.

De esto, poco o nada quedaba a los habitantes para aumentar su riqueza; porque, no alcanzando para el consumo los productos de la agricultura y ganadería, era preciso importar tabaco de Ambalema, cacao de Neiva y Timaná, harina de Cundinamarca, cerdos y mulas del valle del Cauca. El oro que se producía apenas si alcanzaba para pagar estas importaciones, y las de telas burdas de Quito y el Socorro para el vestido de los vecinos, tan pobre y deficiente, que los Oficiales Reales, en un informe rendido veintisiete años antes, decían al Rey que la desnudez de aquéllos "era casi general y deplorable"; y para satisfacer las contribuciones de todo género, que, inclusive los diezmos, ascendían a cerca de \$ 300,000 anuales, es decir, al 20 por ciento del total producido.

Cosa sorprendente: esta Provincia tan pobre y despoblada era desde entonces la que mayores rentas producía al Virreinato. Verdad es que ya en aquellos tiempos se la oprimía con gravámenes especiales, so pretexto de "ser tierra de oro"; y mientras las otras Provincias pagaban el tabaco, que estaba estancado, a 4 reales la libra, aquí se vendía a 8.

Para disipar toda duda de que el oro que producía Antioquia, a principios del siglo pasado, se consumía casi íntegramente en pagar contribuciones y satisfacer las más apremiantes necesidades, basta considerar que el costo de los transportes representaba casi siempre un valor mayor que el precio inicial de los artículos importados; tal era el estado de los caminos. Sólo en dos de los que cruzaban la Provincia, y en estaciones favorables, podían emplearse las acémilas; y lo usual era transportar a los viajeros y las mercancías a espaldas de hombre. Es notorio que por no imponer esta humillación a uno de sus semejantes, desistió el Barón von Humboldt de visitar a Antioquia.

En tales condiciones, no es de extrañar que una hambre desastrosa, que duró desde 1807 hasta 1809, y que costó la vida a centenares de personas, hubiese acabado de hundir a la Provincia en la más triste miseria.

Si un Gobierno que casi no tenía más mira en sus colonias que el procurarse pingües rentas, mantenía en tal abandono el adelanto material de Antioquia, cuyo fomento habría sido medio seguro de acrecentar aquéllas, fácil es colegir cuál sería el estado de todo lo que dice relación con el desarrollo intelectual. Basta saber que no había imprenta ni colegio en toda la Provincia (pues el que habían fundado los Jesuitas se suprimió en tiempo de Carlos III), y apenas si funcionaban sendas escuelas elementales en las cuatro poblaciones principales; y que los vecinos de las otras ocurrían, cuando podían, y a su costa, a maestros ambulantes e ineptos para enseñar las primeras letras a sus hijos. Tal cual familia pudiente mandaba a alguno de sus miembros a educarse en Santafé.

Sólo me resta, para completar este cuadro desolador, decir algo sobre el carácter de mis compatriotas a fines del siglo antepasado y principios del pasado; y para ello habré de ocurrir al testimonio de los contemporáneos, y de quienes, como el Dr. Mariano Ospina Rodríguez, alcanzaron a conocer, ya ancianos, a los hombres de aquellos tiempos.

El Oidor Mon y Velarde, tan benévolo para con Antioquia, que fue quien, como Gobernador de ella durante tres años, puso las bases de su progreso, en informes oficiales de fines del siglo XVIII, describe a los antioqueños como "hombres bien hallados con su pobreza y desdicha, que todo lo ejecutan por imitación y desprecian cuanto tiene visos de novedad, poseídos de idiotismo y preocupaciones." En otra parte declara que esta Provincia es la más atrasada del Reino; y en ello concuerda con los Oficiales Reales, en el informe que antes cité, donde dicen que "la Provincia de Antioquia por su despoblación, miseria y falta de cultura sólo es de compararse con las de Africa."

Esto en cuanto al atraso y apocamiento. Al Dr. Ospina sólo apelaré en lo que se refiere a la capacidad en que podían estar los antioqueños de apreciar y secundar el gran cambio político que había de tener lugar en 1810. Dice aquél, en su Biografía del Dr. José Félix de Restrepo: "Eran los habitantes de esta región profundamente religiosos. La fe católica dominaba en absoluto en todos los ánimos..... No se sospechaba siquiera que una teoría filosófica o política pudiera entrar en competencia con ella para dirigir las acciones de la vida pública o privada."..... "Este país obedecía a un Rey absoluto, que vivía en Madrid, a más de dos mil leguas de aquí; pero los actos despóticos de aquel monarca no afectaban inmediatamente la persona ni la propiedad del habitante de estas montañas; por eso la Autoridad a nombre del Rey era respetada y querida..... Si una facción hubiese intentado resistir o combatir a la Autoridad, la población entera, a la voz de *Aquí del Rey*, hubiera acudido solícita a prestar mano fuerte al Magistrado....."

Estos que he descrito eran los hombres que en Agosto de 1810 iban a verse sorprendidos por la declaratoria de independencia del poder español, hecha por los letrados de la Provincia, educados en Santafé y casi todos doctores; declaratoria que traía por consecuencia forzosa la resistencia a mano armada a los representantes del poder real, que se consideraba no sólo como emanado del divino, sino como conjunto e inseparable de éste. Nadie podía imaginarse que aquéllos, en su poquedad, en su pobreza, en sus hábitos de tranquila sumisión continuados por dos siglos y medio, salvo los motines del tiempo de los *Comuneros*, fuesen capaces de arrostrar tan inesperada situación; pero había en el carácter de esos pobres y humildes montañeses una nota dominante, que hasta entonces sólo se había manifestado en su vida y relaciones privadas, rasgo que hoy mismo subsiste, quizás acrecentado, y que ha hecho que se les llame "pueblo de dura cerviz": un sentimiento profundo de altiva dignidad y de celosa independencia. Por eso vamos a ver convertirse en un día aquella Arcadia feliz en un pueblo de guerreros incansables; y es éste el primer efecto glorioso y sorprendente de los acontecimientos que hoy conmemoramos.

Bien se percataban los hombres dirigentes de la época, de la dificultad que acabo de apuntar, y por eso, en la Constitución que expidieron, cada artículo importante contiene las razones y considerandos en que se funda, de suerte que más que la carta fundamental de un pueblo consciente que se emancipa, parece aquella un tratado de Derecho Público; y por eso, también, aquellos novísimos revolucionarios, a la vez que consignaban en la ley todos los derechos del hombre recientemente proclamados por la revolución fran-

cesa, ponían expresamente al Estado bajo la protección de la Inmaculada Concepción, y principiaban todas sus sesiones cantando, prosternados, el himno *Veni Creator*. ¡Cuadro encantador, que revela a un mismo tiempo la perspicacia y la buena fe de nuestros padres conscriptos!

Los pueblos de Antioquia, que habían secundado sin vacilación la declaratoria de independencia, y jurado la Constitución de 1812, tuvieron tiempo, en el corto período de relativa calma que siguió a estos acontecimientos, para penetrarse de la legitimidad de los derechos que habían reivindicado y de los terribles deberes que tal reivindicación les acarrearba; y cuando, en 1813, llegaron las noticias de haber sido ocupado Popayán por las fuerzas de Sámano y de que este caudillo, sanguinario se preparaba para invadir nuestra Provincia, al mismo tiempo que las fuerzas realistas de Santa Marta la amenazaban por el Norte, los rústicos y tímidos montañeses que os hice conocer, embriagados ya con el goce de la ciudadanía, se levantaron como leones enfurecidos, para defender sus fueros y derechos. Eligieron Dictador al intrépido y diligente D. Juan del Corral; como un reto de muerte a la realeza peninsular proclamaron la independencia absoluta; y se dieron sin demora a organizarse militarmente. Empieza aquí la epopeya sangrienta que había de durar siete años; y es éste el momento solemne y decisivo de nuestra emancipación. Por eso lo estamos celebrando con todo el entusiasmo de que es capaz la gratitud para con nuestros mayores, que, por legarnos el título de ciudadanos libres, abandonaron sus tranquilos y sonrientes hogares, para arrostrar los terribles azares de la guerra.

No habré de narraros punto por punto aquella lucha obstinada, y me limitaré a sintetizarla en unos cuantos párrafos.

Para militarizar de un momento a otro la pacífica Provincia, donde hacía dos siglos que no se combatía, se presentaban inconvenientes al parecer insuperables. Donde la guerra estaba proscrita, no había armas, ni jefes y oficiales aguerridos que disciplinasen los soldados; y en un pueblo siempre pobre y recientemente azotado por una hambre de tres años, faltaban los recursos y las municiones de boca para movilizar ejércitos. Nada de esto fue óbice para quienes estaban resueltos a llevar al último extremo la defensa de sus derechos.

Bajo la dirección de Caldas el sabio, emigrado de Popayán, se fundaron maestranzas para fabricar cañones, obuses, pólvora, lanzas, espadas y aun fusiles: hasta las campanas de los templos se convirtieron en piezas de artillería que fueron a servir a Nariño en su homérica campaña. Otros de los emigrados se ofrecieron para instruir a los oficiales y soldados.

En cuanto a los fondos, las caballerías y las municiones de boca, los particulares acomodados suplieron durante toda la guerra las deficiencias del Erario. Hubo quiénes sostuvieron a su costa compañías enteras por varios meses. El clero y los feligreses de las parroquias se desprendían voluntariamente de aquello que consideraban más sagrado, las alhajas destinadas al culto; y el Vicario Capítular de la Diócesis entregó al Gobierno más de cien mil pesos de esta procedencia. Pero nada es tan conmovedor como lo que ocurrió en Sonsón, entonces incipiente aldea: habiéndosele pedido un contingente de 40 hombres, todos los mozos capaces de llevar las armas se apresuraron a alistarse, mas como fuese imposible armar tanta gente, los que quedaron defraudados en su patriótico

propósito se ofrecieron a sustentar con su trabajo las familias de los favorecidos.

A pesar de los ingentes gastos que Antioquia hacía directamente en la guerra y que en sólo los dos años de 1814 y 1815, pasaron de \$ 337,000—en medio de su pobreza—no descuidaba el proveer de recursos al Gobierno General, y ya veremos que el General Santander declara haber recibido en barras de oro más de \$ 400,000. A raíz del 20 de Julio de 1810, cuando la República peligraba por falta de recursos, solamente Antioquia y Cundinamarca contribuyeron con los fondos requeridos para la compra de armas.

Ya esta Provincia había enviado, en 1812, una expedición en auxilio de Nariño; pero la primera de importancia que expidió fue la de 300 hombres, a órdenes del Coronel José María Gutiérrez, apellidado el *Fogoso*, en 1813. De allí en adelante Antioquia se convierte en semillero inagotable de soldados; y numerosos cuerpos de ejército salen a campaña, bajo las órdenes de Serviez, de Córdoba y de otros jefes menos conocidos; sin contar los que hubieron de atender a la defensa local. Bien puede asegurarse que no hubo, en la guerra magna, un solo campo de batalla donde los antioqueños no derramasen su sangre en defensa de la independencia nacional.

Y por cierto que su conducta en los combates no era la que podía esperarse de los tímidos y humildes montañeses de fines del siglo XVIII. Córdoba, General a los 22 años y declarado por Sucre «vencedor en Ayacucho»; Girardot, adolescente a quien Bolívar proclama émulo de Leonidas, cuando con 75 hombres, que quedaron todos fuera de combate, osó aguardar y vencer al enemigo, en número de 2,000, en el puente de Palacé; Liborio Mejía, que en la Cuchilla del Tambo, con los últimos restos del ejército libertador, que estaban bajo su mando, se lanza contra las trincheras enemigas sin esperanza de vencer, y con el único propósito de sellar con un sacrificio heroico la campaña desgraciada de los cuatro años, y paga luego en el patíbulo su audacia; el Coronel Carlos Robledo condecorado con un escudo de oro por el Congreso de Cúcuta, por la derrota que con 30 hombres infligió a los 200 de Tolrá; Baltasar Salazar que después de haber vencido con su elocuencia, en vísperas de la batalla de Tacines, la flaqueza de algunos oficiales, merece luego que Nariño bañe con lágrimas su cadáver en el campo de batalla; Fabián Jiménez, que habiendo emigrado a Europa después del desastre de la Cuchilla, llegó a ser Capitán de Fragata, en Francia, bajo el reinado de Luis XVIII; Modesto de Hoyos, a quien acompañó en todas las campañas su noble esposa D^a Margarita de Urrea; Juan Antonio Gómez, que llegó a ser Gobernador de la Provincia de Santa Marta; todos estos gallardos militares, cuyas hazañas conserva la Historia con orgullo, no son sino los representativos de una generación de héroes modesta y oscuramente sacrificados a la Libertad. Es fama que de 125 hombres que partieron, en 1813, del cantón de Marinilla, tan sólo 10 volvieron a sus hogares.

Mas no solamente como militares descollaron los antioqueños en aquella época gloriosa, que de estas remotas montañas salieron a desempeñar los más altos cargos civiles, Liborio Mejía, último Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada; José Manuel Restrepo, el concienzudo historiador de la guerra magna, primer Secretario de Bolívar y Santander; Francisco Antonio Zea, Vicepresidente de la Gran Colombia y Presidente del Congreso de

Angostura; José Félix de Restrepo, el insigne filósofo, modelo perpetuo de todos los Magistrados colombianos.

El hábito de la Libertad despertó como por encantamiento el tino político y el acierto administrativo que de entonces para acá han caracterizado a los hijos de la Montaña. Los que tantas veces han sido acusados de separatistas y regionalistas, reconocieron en 1813 el centralismo, cediendo poder y cuantiosos recursos al Gobierno Nacional, y fueron los únicos, con los habitantes de la Provincia de Cartagena, que propusieron la creación de un Gobierno unitario de todas las Provincias del antiguo Virreinato, medida que, según el historiador Restrepo, habría evitado la reconquista por las fuerzas españolas. Y cuando la lucha entre federalistas y centralistas, que puso en peligro la independencia nacional, no sólo no tomaron parte en ella, sino que la improbaron expresamente.

La reconquista, conocida con el nombre de la *pacificación*, que Morillo y sus subalternos llevaron a cabo en 1816, no quebrantó el ánimo de los antioqueños, y sólo cedieron al empuje de Warleta después de reducir a cenizas, cual nuevos saguntinos, a la ciudad de Remedios, y de dejar más de 100 cadáveres en el campo de la Ceja Alta; mas tan pronto como el triunfo de Boyacá abrió nuevos horizontes a los patriotas, emprendieron la campaña contra los invasores con mayor entusiasmo que antes, y fue entonces cuando D^a Simona Duque de Alzate, emulando a las viriles espartanas, presentó en un mismo día, al General Córdoba, sus cinco hijos varones, para que fuesen con el invicto Jefe y con todos los otros antioqueños que se hallaron capaces de llevar las armas—después de hacer la campaña del río Magdalena—a tomar parte en el legendario sitio de Cartagena, donde, según un historiador, «los antioqueños realizaron prodigios de valor».

Para concluir esta segunda parte de mi disertación, relativa a la acción de Antioquia durante la guerra de emancipación, cedo el campo al autorizado e imparcial General Santander, quien en carta de 26 de Septiembre de 1820 dice al Libertador: “Instaré a Antioquia por los \$ 24,000, para los 2,000 fusiles. Esta Provincia no quisiera que diera ya un hombre. Más de 2,000 le hemos sacado.....Es la Provincia de donde no he recibido todavía un reclamo por los empréstitos, reclutas y órdenes fuertes; y ya le hemos sacado cerca de \$ 400,000 en barras de oro.....Ud. desengáñese, mi General; Cundinamarca, el Socorro, Tunja, Bogotá y Antioquia son las que han dado ejército y numerario, y lo que se puede llamar Colombia”. Nótese que las cifras que da el General Santander se refieren únicamente al último período de la guerra.

Dejemos ya los desoladores combates, las ciudades incendiadas, y los hogares entristecidos, para considerar los frutos de bienestar y de progreso que el grito de independencia ha traído a esta amada tierra en el curso de un siglo. Vosotros, que conocéis ya la triste situación en que el gobierno colonial la mantenía, los estáis contemplando, en esta selecta reunión de hombres libres, cultos e ilustrados, favorecida con la presencia de los representantes de las grandes naciones del mundo y de todas las entidades que honran y ennoblecen a la patria.

Antioquia la inculta, la rutinera, de principios del siglo pasado, ha desplegado una inteligencia clara y progresiva, bien conocida por sus frutos en lo científico, lo literario y lo industrial, y

que la ha colocado a la vanguardia de las otras secciones del país, en materia de administración pública y de difusión de la instrucción popular.

La población se ha más que decuplicado, llegando a ser casi la cuarta parte de la de toda la República, pues se estiman en más de un millón doscientos mil los antioqueños que habitan los dos Departamentos de Antioquia y Caldas, y los que se hallan diseminados en el territorio nacional.

La riqueza ha tomado un incremento mayor. En un opúsculo sobre el Oidor Mon y Velarde, demostré, hace doce años, que la riqueza de Antioquia se había centuplicado en poco más de un siglo, merced al desarrollo de nuestro comercio, que es hoy el más próspero de Colombia; y que se acrecentará de día en día, gracias a haber sido esta la primera sección que logró cimentar su crédito en el Exterior contratando un empréstito; y a haber inaugurado ya nuestra Casa de Moneda, que habrá de libertarnos del billete de curso forzoso, careoma de la riqueza pública.

Y no menos contribuyen a la prosperidad del Departamento el desarrollo industrial, que donde, en el siglo pasado, era preciso importar hasta los comestibles, produce hoy telas, máquinas, loza, cristalería, calzado, sombreros, fósforos, cerveza, artículos de caucho, y otros más, que bastan para el consumo, y aun alcanzan para proveer a otras secciones; y los progresos de la minería y la agricultura, que nos han dotado de grandes establecimientos metalúrgicos, y de cultivos extensos y lucrativos, especialmente el del café, en que diez mil propietarios, grandes y pequeños, aprovechan los frutos de treinta millones de árboles.

En materia de vías de comunicación el progreso no es menos notorio. El rudo champán, que se arrastraba, lento y pesado, por nuestros ríos navegables, ha cedido el campo a rápidos y elegantes vapores, de compañías antioqueñas, que surcan triunfalmente el Magdalena, el bajo y el alto Cauca, el Nechí y aun el Atrato. Y el trabajo del hombre, deprimido hasta el nivel de la bestia de carga, lo hemos suprimido, mediante la construcción de excelentes caminos de ruedas y de herradura, y—lo que es mejor todavía—con una vía férrea, que con ingenieros nacionales, hemos traído desde las cátagas del Magdalena, hasta el pie de la Cordillera Central; y pasando por encima de este obstáculo, que pronto venceremos científicamente, y arrastrando rieles y locomotoras por entre riscos y despeñaderos, vamos continuándolo a través de valles y de sierras, con tesón inquebrantable.

Estos son grandes beneficios alcanzados con el grito de independencia lanzado por nuestros abuelos, y sin embargo hay uno que yo considero mayor, en mi ansia de nuevos triunfos para el porvenir: la formación de un pueblo uniforme en su espíritu y conforme en sus aspiraciones, condición la más esencial para el progreso de una entidad política.

De la agrupación de hombres apáticos y “bien hallados con su pobreza y desdicha” que nos describe el Oidor Mon, y que estaba formada de aristócratas orgullosos, de míseros esclavos, de indios privados de todo derecho civil, en fin, de cinco castas distintas, con intereses y aspiraciones antagónicas, la libertad y la igualdad ante la ley han formado una familia étnica, una raza como se dice vulgarmente, que reúne condiciones felices para el progreso y la civilización. Quiero aprovechar la ocasión de estar aquí presentes vosotros, los ilustrados representantes de todas las secciones del país, para daros a conocer en su constitución íntima esa raza, ex-

poniendo la génesis de sus rasgos característicos, a fin de que, una vez por todas, se le perdone su originalidad étnica, al ver que es el fruto de circunstancias forzosas. Pero al tener que exponer aquellos rasgos, permitidme que ceda—por decoro—la palabra a un extranjero, al Profesor Roethlisberger, traído hace algunos años para desempeñar varias cátedras en la Universidad Nacional, entre ellas la de Etnología.

Dice aquel Profesor, en su libro titulado *El Dorado*: “El Estado de Antioquia, que cuenta cerca de medio millón de habitantes, posee, en Colombia, la raza más vigorosa, más perseverante y hermosa; la cual, por leyes sociológicas, ejercerá con el tiempo una especie de hegemonía sobre las otras ramas, en virtud de ser también la más fuerte de cuerpo y de espíritu y la de mejores costumbres.....Lo que distingue al antioqueño es su aversión a la pobreza, su amor a la propiedad; por eso suele no mostrarse belicoso, sino neutral, en las contiendas políticas; mas no por cobardía como algunos se lo increpan: sabe batirse con valor llegado el caso. Como la ciencia le ayuda a adelantar materialmente, va con gusto a la escuela; y como es inteligente, su cultura mental sobrepasa la de la mayor parte de los habitantes de los otros Estados. En la Universidad nacional casi todos los mejores talentos procedían de esta raza. El antioqueño es laborioso y frugal por añadidura.....Es el yankee de estas comarcas. Viaja continuamente; y úno encuentra familias enteras que andan buscándose, a pie, un nuevo círculo para su actividad. Los hay en toda la Unión y muchos en el extranjero.....La vida de familia es allí ejemplar: las mujeres, muy virtuosas, viven retraídas como monjas, trabajan recio y sin tregua..... En sus casas todo es limpio, si bien muy sencillo.”

No sería yo honrado historiador si no agregase las sombras a este cuadro halagüeño. En su ansia de enriquecer, el antioqueño es codicioso; y en su individualismo exagerado, inquieto de verse superar por otras personalidades, adolece del pesar del bien ajeno. Además, como todos los que se elevan por su propio esfuerzo, es jactancioso; mas este defecto es común a los pueblos que tienen noción de su fuerza y se creen llamados a futuros destinos. La jactancia de griegos y romanos, de españoles y franceses de los siglos dorados, y de norteamericanos y chilenos de la actualidad, es proverbial.

Ante todo, es preciso estudiar cómo, con elementos de las tres razas fundamentales de la humanidad, la caucásica, la negra y la malamente llamada mongólica, ha podido formarse un tipo nuevo y uniforme, más que en sus rasgos físicos, en sus caracteres morales e intelectuales.

Por una selección bien natural, la mayor parte de los españoles que vinieron a Antioquia procedían de las Provincias montañosas del Norte de España, gente intrépida, frugal, laboriosa y honrada, que de hecho quedó aclimatada en este macizo de montañas, donde halló campo más amplio para acrecentar aquellas cualidades, que son como el acervo primitivo y fundamental del carácter antioqueño.

Los negros africanos aunque duramente tratados por las leyes españolas, se hallaron en Antioquia en condiciones felices para asimilarse con rapidez, en sentimientos y costumbres, a sus amos. Con motivo de la pobreza de éstos, eran muy pocos los que tenían más de un pequeño número de familias de esclavos, casi siempre servi-

dores domésticos, que vivían en la misma casa que su dueño; de suerte que los hijos de unos y otros crecían juntos, y se amaban y estimaban mutuamente.

En las labores de la minería y la agricultura, como el amo, gracias a la vida patriarcal de aquellos tiempos, trabajaba al lado del esclavo, éste no se sentía envilecido y deprimido. Por otra parte, se les permitía a los esclavos adquirir fondos propios, mediante labores extraordinarias, lo cual los hacía redoblar su actividad y aguzar su inteligencia para los negocios, a fin de tener algún medio para redimirse. De aquí el que en el curso de dos siglos los negros fuesen adquiriendo ideas y sentimientos semejantes a los de sus amos; de aquí el que, cuando se decretó la manumisión, no quisiesen muchos de ellos abandonar las casas de éstos, donde eran amados y considerados.

De la benevolencia de los blancos antioqueños para con sus esclavos tenemos pruebas notables en la historia. En pleno régimen colonial, Lorenzo de Agudelo dio libertad a cerca de 100 negros, a pesar de que ello le costó el ser condenado a presidio por las autoridades españolas; y antes de que se expidiese la ley de manumisión—en lo cual se anticipó Antioquia al resto del país—el magnánimo sacerdote Jorge Ramón Posada manumitió 83 esclavos, y les distribuyó gran parte de su fortuna.

En cuanto a los indios, una circunstancia que os parecerá extraña, y que es una de las verdades que he conquistado en largos años de estudios lingüísticos comparativos, hizo fácil y natural su asimilación a la raza blanca; y es que los que habitaban en las cordilleras Central y Occidental de Colombia, en la parte perteneciente a los Departamentos antioqueños y al del Valle, no eran de raza mongólica, sino blancos de los que Quatrefages llama *alófilos*. Ya podía esto sospecharse cuando los más competentes lingüistas declaraban que sus idiomas presentaban los caracteres de una lengua culta y avanzada, posteriormente decaída; ya podía considerarse como probable al ver su nariz recta o aguileña, su boca fina, sus ojos horizontales, y al considerar su carácter independiente y altivo, y su aptitud para las artes y el comercio; pero a mí me ha tocado la honra de demostrar que esas lenguas, que solemos mirar con tanto desdén, son, de todas las del mundo, las que mejor conservan las formas y las raíces del lenguaje de los hombres prehistóricos que de las costas del mar Indico llevaron la semilla de la civilización a la China, al Egipto y a la Asiria. Por eso nuestra población indígena, al cruzarse con los colonos Vascos, que tenían a su vez mucho de *alófilos*, no produjeron los tipos anómalos y desequilibrados que tales mezclas suelen engendrar; sino que aquello fué como el íngerto de una planta cultivada que se hace en otra rústica, de la misma especie, para obtener productos armónicos y fecundos.

Así es como se han fundido en una misma masa elementos al parecer tan discordantes; y ayudando la influencia que ejerce el medio para asimilar a todos cuantos viven bajo su acción, y la selección instintiva que hace que cada cual busque para casarse una mujer de tipo mejor que el suyo—por lo que ha predominado extraordinariamente la raza blanca—que es, además, la más prolífica, se formó el tipo antioqueño, que, aunque muchos de sus individuos muestran mayor parentesco con una u otra de las tres razas refundidas, es ya característico, y reconocido en toda la República; y lo será más cada día, con su cuerpo alto, esbelto y mus-

culoso, cara ovalada, nariz recta o aguileña, frente elevada, ojos grandes y vivos, cabello y barba abundantes,

La robustez del antioqueño procede de haber tenido nuestros progenitores qué ganarse la vida luchando brazo a brazo con una naturaleza bravía, ya destrozando rocas, en las entrañas de los montes, y removiendo pedrejos, en los lechos de los torrentes y los ríos, para procurarse el oro; ya descuajando selvas milenarias para cultivar los frutos que habían de alimentarles.

El espíritu emprendedor, la precisión para juzgar los negocios, y la actividad infatigable, se originaron de causas múltiples. En primer lugar, como en los tiempos pasados escaseaban las grandes empresas donde el hombre pobre pudiera ganar la vida como jornalero, casi todos tenían que trabajar independientemente. Dice el Sr. Restrepo, en su *Geografía de Antioquia*, publicada en 1808, que las dos terceras partes de los habitantes eran propietarios, y que los cinco sextos del oro los producían los *mazamorreros*. Estos *mazamorreros*, que todavía existen en los territorios mineros apartados, eran hombres que con el tercio de víveres a la espalda, la batea, la barra y el almocafre en las manos, y acompañados de su familia, se internaban en los bosques desiertos, por meses enteros, en busca de criaderos auríferos. La subsistencia de ese minúsculo empresario de industria, y de toda su familia, dependía de su sagacidad, de su constancia y su laboriosidad; y no es de extrañar que en él y sus descendientes tales cualidades se aguzasen extraordinariamente. En iguales condiciones estaban el agricultor que talaba el monte para hacer una sementera por su exclusiva cuenta, y el llamado *rescatante*, que penetraba hasta las minas, a cambiar por oro los víveres que llevaba a la espalda. Hoy mismo son poquísimos los jornaleros que no emplean dos o tres meses del año en cultivar su huerto o hacer su pequeña roza. El sentimiento que los guía se expresa en este sabio aforismo provincial: «maíz comprado no engorda».

Pero hay otra escuela perenne de constancia y laboriosidad. Como el campesino edifica su casa sobre una colina, en busca de aire puro y hermosos horizontes, hay que traer el agua para el menaje de la honda cañada y la leña del monte de la sierra; y estas duras faenas corresponden a los niños, que han de ejecutarlas diariamente con puntualidad y valór inquebrantables, educándose desde tiernos para la ruda labor.

Por otra parte, el gran número de hijos que su moralidad y robustez daban, y dan hoy día, a nuestros montañeses, han sido y son acicate para redoblar su diligencia y sagacidad, y para desarrollar en todos los hogares el orden y la economía bien entendida, que algunos califican injustamente de avaricia.

El grande uso del crédito, por todas las clases sociales y en todas las transacciones, es también parte integrante, y muy fecunda, del carácter antioqueño. Su origen puede hallarse en lo dilatado de las dos especulaciones predominantes, la explotación de las minas y la agricultura. En las primeras el oro sólo se lava al cabo de un prolongado trabajo, cuando se completa lo que se llama una *barredura*; y el maíz, especialmente en las montañas frías, no rinde su fruto antes de ocho o más meses. Entre tanto, es preciso que mineros y agricultores coman y vistan, con sus numerosas familias; es preciso que tengan crédito, es decir, que sean honrados, porque la honradez es el meollo del crédito.

La altiva independencia del antioqueño, que es su rasgo dominante, existía primitivamente en el carácter de los dos elementos princi-

pales que formaron la raza, el blanco y el indígena; y se ha acrecentado con el modo de vivir del montañés. Dirigid la vista a las cordilleras que encierran este valle, y las veréis sembradas, como todo el territorio del Departamento, de blancas y limpias casitas, suficientemente separadas unas de otras, y que parecen mirar con recelo a la ciudad; es que el montañés huye de la vida gregaria. Aislado en su casa propia, entre el pegujal que cultivado por sus brazos, le da cuanto necesita, y el pequeño prado, donde pace la vaca mansa y familiar que sustenta a sus hijuelos, a quienes educa a su gusto, sin intromisión ajena, para el trabajo y la virtud, ayudado de su mujer propia, de nadie codiciada, es un verdadero soberano, más libre y feliz que los monarcas europeos; es el conde altivo de un país republicano, que no rinde parias sino a Dios y a la ley.

Ese es el conquistador antioqueño, temible solamente para las selvas vírgenes y las montañas que ocultan codiciosas el preciado metal. Insigne descuajador de bosques, en el curso de un siglo ha convertido millón y medio de hectáreas de montes inviolados, que sus vecinos desdeñaban, en campos cultivados, sembrados de prósperas ciudades e industrias florecientes; y avanzando pacíficamente por las cordilleras que hacia el Norte y el Sur se desprenden de su cuna primitiva, va edificando con su ejemplo a los hermanos de otros Departamentos, confundiendo con la de ellos su sangre inquieta y ambiciosa, y estimulándolos para el trabajo y el progreso.

Yo bendigo la hora en que el grito de independencia creó las condiciones en que su actividad podía ejercitarse, y abrió el suelo de la República a su éxodo civilizador.

Tras el ameno conferencista, siguió el Dr. D. Francisco A. Uribe M., nombrado Presidente de la Academia de Medicina para el nuevo período reglamentario. Su discurso versó sobre algunos importantes puntos de la hermosa ciencia que cultiva y tuvo oportunos párrafos patrióticos.

Terminó el acto con el siguiente discurso del Sr. D. Raimundo Rivas, Representante de la Academia Nacional de Historia:

Señores:

La Academia Nacional de Historia designó como sus Representantes en el Centenario de la Independencia absoluta de Antioquia al Sr. D. Antonio Gómez Restrepo y a quien ahora tiene el alto honor de dirigiros la palabra, y si para todos son notorias las razones que tuvo nuestro Instituto al designar al literato eximio que sabe cubrir las figuras de nuestra epopeya con el ropaje de un estilo impecable que brilla como férrea coraza al sol del idioma de D. Miguel de Cervantes, sólo puede explicarse el nombramiento del más joven y desautorizado de sus Miembros de número como un símbolo, y ese símbolo es el deseo generoso de unir al homenaje la voz de la juventud que hoy, al pisar el palenque de la vida, con entusiasmo ferviente, saluda con grito de admiración y de respeto a los paladines cuyos aceros se acostumbraron a los reflejos de la

gloria, y a los hombres civiles que con su verbo y su pluma iluminaron las conciencias, laboradores todos ellos en la obra de nuestra independencia, hombres que al sufrir la revaluación del tiempo se agigantan, y que, como las montañas de nuestras cordilleras que velan sus cimas en la tarde con nieblas que desvanece el beso del sol en la mañana, van depurándose ya de la sombra de sus errores humanos para recibir en la frente la consagración definitiva de la inmortalidad.

Sabía también la Academia, señores, que nosotros veníamos a la hidalga tierra antioqueña como a antigua casa solariega, y que el homenaje que rindiéramos a vuestros próceres no sería sólo el que les debe todo colombiano como a altas glorias nacionales, sino además otro más íntimo y espontáneo que tiene raíces en las sagradas tradiciones del hogar y vive con los recuerdos luminosos de la infancia. Es el homenaje a seres que ilustraron la sangre que corre por nuestras venas, y que serían siempre títulos de honda satisfacción y de vanagloria si muchas veces, al compararnos con ellos, no sintiéramos que se trueca el orgullo de esa tradición en el peso de un remordimiento inconfesado. Ese homenaje tributamos especialmente, mi ilustre compañero a José Félix de Restrepo, el que os habla a Liborio Mejía.

D. Félix de Restrepo es el centro de la trilogía que sintetiza el contingente civil de Antioquia a la emancipación americana. Mejía, Girardot y Córdoba forman el triunvirato sublime de los guerreros, amados de los dioses según la sentencia griega, vencidos por la muerte y por la gloria en plena juventud. D. Félix de Restrepo, conciencia altísima, verbo de verdad, se presenta ante la Historia con el más puro de los timbres, el de haber sido el alma de la abolición de la esclavitud, medida que firmó otro vástago del mismo tronco, el severo D. José Manuel de Restrepo, el cerebro en la magna obra del Dictador del Corral, el Tácito colombiano, figura que parece arrancada a una galería de hombres de estado de la vieja Inglaterra, la de los Pitt y los Wampole, por la universalidad de sus conocimientos y por ese aire señorial y tranquilo que puso una marca de distinción en su larga y fecunda carrera pública, y ellos dos con Zea, orador maravilloso cuya elocuencia iluminó con resplandor de incendio el despertar de la Gran Colombia, prueba son de que la tierra del Mariscal Robledo nada tiene que envidiar en hombres civiles a las que conquistaron Quesada y Heredia, Belalcázar y Galiano, y se presentan orgullosas como cunas del Precursor y del Secretario de Hacienda de Bolívar, del Demóstenes granadino y del «estudiante mártir».

Para Mejía, como para Girardot y Córdoba, la vida se extinguió antes de que el cerebro hubiera sentido el cansancio del pensamiento que ha llegado ya a la cumbre después de la cual es preciso empezar a descender; y antes de que el brazo se hubiera fatigado y mellado el acero en el torneo caballeresco, cuyos premios discernía como dama y señora la República, más bella quizá y en todo caso más generosa y amante que aquella que soñara Platón. No fue Mejía una aurora como Girardot, muerto al pie de la bandera en el esplendor de un triunfo incomparable, ni como Córdoba, que erguido en la altura que domina el campo de Ayacucho fue como Apolo, cuya presencia anunciara el florecimiento triunfal de un astro de libertad. Mejía fue un ocaso, el ocaso de la primera época de la República, el crepúsculo de la «Era de los inmortales» sobre el cual cerró la noche proyectada por el negro pendón de Morillo, y al ver con los ojos de la imaginación a ese joven de 23 años que ejer-

ciendo la primera Magistratura de la Patria agonizante desafia con gesto heroico las huestes vencedoras del Pacificador, y a quien la suerte negó el fin, fascinador del soldado: caer oyendo como un himno el clamor salvaje de la fusilería y nimbado por la pólvora embriagadora del combate, para llevarlo a agonizar como un mártir en una plaza silenciosa de Santafé, se impone el recuerdo de la frase del divino poeta francés: Ocaso sí, ¿pero acaso un crepúsculo no es más bello que todas las auroras?

Bastarían para el orgullo del más altivo de los pueblos esos seis hombres ilustres, entre los más ilustres de la Historia de Colombia, pero al lado de éstos hay legiones de otros que en escala más o menos brillante laboraron por vuestra tierra y por el engrandecimiento de la Nación, desde las campañas legendarias de la Conquista hasta las modestas y no menos meritorias luchas por la paz y el progreso en nuestros días, y en ese desfile inmenso que va de los hombres de espada a los pensadores y poetas, de los Mandatarios de la Colonia a los Gobernantes de la República, de Robledo y Gaspar de Rodas a Gutiérrez González, Mejía y Uribe Angel, de Mon y Velarde a Aranzazu, Berrío y Carlos E. Restrepo, habéis encontrado, Sres. Académicos, y seguiréis encontrando, en venero inagotable, temas para eruditas y amenas disertaciones históricas, en las cuales a la vez que acrecentáis el renombre de que merecidamente goza vuestra Academia y que difunden por doquiera las selectas páginas del «Repertorio Histórico», prestáis a la historia y con ella a la Patria servicio verdadero, que todo lo que contribuya a formar la unidad nacional, con ideales perspectivas en el tiempo y en el espacio, y a hacer que nos sintamos hermanos bajo las alas del condor soberano de nuestro escudo, es labor noble y fecunda, y por la que habéis hecho y más aún por la que continuaréis haciendo, os tributo en nombre de la Academia Nacional de Historia fervoroso aplauso, y os excito a aquilatar aún más cada día, en honor de Colombia, vuestras dotes de historiadores, que os harán merecer el dictado de ciudadanos beneméritos de la República.

Corta, instructiva y solemne fue la agradable velada.

En Envigado.

En ese mismo día, se celebró en la vecina población de Envigado la festividad de que dan cuenta las siguientes líneas, tomadas del número 185 de *El Colombiano*:

LÁPIDA HISTÓRICA

La fiesta que tuvo lugar el sábado último en la culta ciudad de Envigado, cuna gloriosa que entre sus hijos cuenta excelsos magistrados como José Félix de Restrepo, y notables sabios como Manuel Uribe Angel, fue realmente hermosa. Entre sus hombres ilustres, ya extinto, pero inmortal en la Historia, descuella la figura de José Manuel Restrepo, y cuya lápida llevada en hombros de los más distinguidos ciudadanos de esa población, dice a todos los vientos que Antioquia recuerda y venera con orgullo haber mecido la cuna de tan alta personalidad.

^Va de revista:

La figura culminante del notable historiador colombiano D. José Manuel Restrepo, nació en esa ciudad de Envigado el 30 de Diciembre de 1782, y murió en Bogotá el 1.º de Abril de 1863. Lo inmortalizó su obra «La historia de la Revolución de la República de Colombia.»

Fue aquella procesión cívica uno de los rasgos más sobresalientes en los festivales del Centenario: le distinguió la cultura que caracteriza aquella población, iniciando su escogido programa con un Te Deum solemne, terminado el cual, aquella procesión, donde se contaban ciudadanos de lo más selecto, y damas de las más virtuosas, recorrió varias calles conduciendo los retratos del Libertador de la Patria, de Miguel Uribe Restrepo y José Miguel de la Calle, patricio eminente, distinguido orador, filósofo y sucesor del Dictador Corral en el Gobierno de Antioquia, y cooperador en la magna obra de nuestra Independencia, gloria y prez de la ciudad de Envigado; los bustos de José Félix y José Manuel Restrepo; aquél, magistrado integérrimo y pariente de éste cuyas glorias celebran.

En el lugar en que fue enclavada la lápida conmemorativa, y después de leída el Acta de la proclamación de la Independencia de Antioquia y el Acta del Concejo, habló el Sr. Presidente del mismo, D. Pedro P. González, y los Sres. D. Justo Montoya y D. Luis Escobar N., los que en frases correctas y galanas supieron expresar su pensamiento, realzando aquel hermoso festival, que terminó en la Casa Municipal, donde fue colocado el retrato de D. José Miguel de la Calle, y donde habló por última vez el inteligente joven D. Ramón Arango.

Sensible es, sin embargo, que la ciudad de Medellín no hubiera tenido allí su Representante, aunque excusa esta falta la complicada y continua labor en el cumplimiento del programa para la recepción del Cuerpo Diplomático y de varios Representantes.

DÍA 24 DE AGOSTO. DOMINGO

Misa Pontifical y Te Deum.

Digna y loablemente contribuyó el respetable Clero de la ciudad, a la celebración de nuestra fiesta centenaria. Reproducimos a este propósito el Decreto lanzado por el Ilmo. Sr. Arzobispo de la Arquidiócesis, tomándolo de *La Familia Cristiana*, número 384.

NOS MANUEL JOSÉ CAYZEDO

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Arzobispo de Medellín.

Preparándose el Gobierno Departamental y los ciudadanos todos para celebrar el primer centenario del 11 de Agosto de 1813, día en que se proclamó en Antioquia la independencia absoluta de España, es justo y conveniente que el Clero, dando ejemplo de amor desinteresado a la Patria, tome parte en aquella conmemoración

dando gracias a Dios por los beneficios que nos ha dispensado en esta centuria.

Que la religiosidad de los habitantes de esta parte de Colombia exige una manifestación especial para reconocer la acción de la Divina Providencia en el gobierno de las naciones y para que haga perdurable *la paz cuyas sendas nunca conocen los hombres que se apartan de Dios* (Rom. III 17), rogándole arraige cada día más en nosotros la fe de nuestros mayores.

DECRETAMOS:

1º Celebrar una Misa Pontifical en la Santa Iglesia Metropolitana el día que se convenga con el Sr. Gobernador del Departamento. Terminada la Misa se cantará un *Te Deum* solemne.

2º De acuerdo con la Junta del Hospital de San Vicente de Paúl se colocará la primera piedra del edificio.

Comuníquese al Sr. Gobernador, a la Junta del Centenario y a la del Hospital nombrado.

Dado en Medellín, a 8 de Julio de 1913.

MANUEL JOSÉ,
Arzobispo de Medellín.

Eladio J. Jaramillo, Srio.

A las nueve de la mañana de este día domingo se celebró en la Iglesia Metropolitana la anunciada Misa Pontifical por el Ilmo. Sr. Arzobispo, con toda la pompa, con toda la majestad que comportan a tan importante ceremonia, y se cantó luego el *Te Deum*. En el altar mayor, en lugar prominente y visible, lucía sus bellos colores la bandera de Colombia. En traje de gala asistieron el Sr. Gobernador, algunos de los Empleados del Departamento, los Cuerpos Diplomático y Consular y los Jefes del Regimiento Girardot. Hallábanse también en la festividad los Delegados del Poder Ejecutivo, del Congreso y de las demás entidades representadas. Ocupaban todos ellos puestos de honor. En los bancos de la nave central y en el espacio libre de las naves laterales, se agrupaba, circunspecta y devota, numerosa banda de fieles.

Sesión del H. Concejo Municipal.

Tomamos de *El Espectador* de 25 de Agosto, número 1,041, la reseña de este importante acto oficial.

Sesión extraordinaria del Concejo Municipal.

A la una y media de la tarde, en el Salón España—bellamente ataviado—se reunió el H. Concejo Municipal de Medellín, con el objeto de ratificar el Acta de la Independencia absoluta de Antioquia, firmada por el H. Cabildo, hacia ayer un siglo justo.

Concurrieron a esta solemne reunión Enviados de las naciones extranjeras y de la República de Colombia así como numeroso y respetable público.

Abierta la sesión, el Sr. D. Manuel Pombo Delgado, de la Municipalidad de Bogotá, entregó a la de Medellín, dos hermosos bronces que aquélla le obsequiaba a ésta. El Sr. Pombo dijo en breves y galanas frases de su reconocimiento y admiración por Antioquia, a lo cual contestó D. Ramón A. Restrepo, Presidente del Concejo Municipal, en un patriótico discurso.

En seguida el Sr. Gobernador leyó el Acta de ratificación de la Independencia, redactada con brioso estilo, varios de los presentes firmaron este documento, y a las dos y media se levantó la sesión.

La ratificación del Acta de Independencia, redactada por el Sr. Gobernador del Departamento, dice textualmente así:

En la ciudad de Medellín, el día 24 de Agosto de 1913, reunidos en la Casa de Gobierno el Sr. Gobernador del Departamento, los Miembros del Concejo Municipal, los Delegados y Representantes del Poder Ejecutivo y de varias Secciones del País, los periodistas y varios caballeros de todas las clases sociales, hemos resuelto poner fin a las fiestas centenarias de Antioquia con la presente Acta, ratificación de la que firmaron cien años há nuestros abuelos, para que ella quede como testimonio del deseo que nos anima de hacer grande y feliz la Gran Patria Colombiana, jurando hoy, delante de Dios, Supremo Dispensador de todo bien, y en presencia de las augustas personas que aquí representan a varias naciones amigas, que este compromiso de honor será siempre respetado, para satisfacción nuestra y para bien de Colombia.

La primera necesidad del País es la paz. Pero la paz no es sino la resultante de varios factores que la producen. El primero, a nuestro juicio, es el de fomentar la riqueza, mediante el trabajo sosegado y fecundo. Quien ha logrado conseguir un pequeño bienestar en la lucha de todos los días y de todos los instantes, es el mejor guardián del orden público. Los defensores de la paz no son los soldados, sino los hombres de la faena paciente. Convencidos de esta verdad, nosotros procuraremos, en cuanto nos sea dable, fomentar las industrias nacionales, descubrir los muchos tesoros que esconde nuestro rico suelo, y llevar al ánimo de todos la idea de lo que vale el trabajo independiente, el trabajo que honra, el trabajo que sólo pide al Mandatario garantías y sosiego. Hagamos que la política sea únicamente el campo para el desinterés y el sacrificio.

Trabajada ha sido nuestra Nación durante cien años por las pasiones sectarias, de tal manera que casi hemos llegado a creer imposible el que la Patria se levante por encima de los partidos. Andan siempre éstos a la greña, y dos millones de colombianos quedamos la exterminación completa de los dos millones restantes. Mientras tal estado de cosas continúe, mientras esté alejado de

nuestras contiendas el espíritu santo de una cristiana tolerancia, nunca habrá de obtenerse una paz sólida y fecunda. Nosotros lucharemos, sin perjuicio de nuestras particulares opiniones, a fin de que se funde un partido que es de todos, un partido que está por encima de efímeros intereses: el de la Patria.

Nada necesita hoy tanto el País como una pequeña dosis de amor en medio de esta lucha tormentosa de las pasiones políticas. Como que estuviésemos condenados a vivir en continua inquietud, cuando no nos despedazamos con cañones, nos despedazamos con insultos. Convencidos de que en los hombres hay menos maldad de la que se supone, trabajaremos, como el mejor obsequio a la Patria, por que la prensa periódica no olvide su misión augusta, por que el odio no envenene las discusiones, por que de ideas, antes que de personas, sean siempre las luchas políticas.

Que estos sinceros propósitos que hacemos en los gloriosos días de Antioquia, sean recibidos por nuestros hijos como una semilla de patriotismo, como un testimonio elocuente de que quisimos hacer algo por una Patria que en sus manos ha de ser gloriosa y grande.

En el Hospital de San Vicente.

La Junta Directiva de esta magna empresa, que apenas se inicia, ha adquirido recientemente un extenso terreno situado en la Carretera del Norte, a inmediaciones de la Capilla de Jesús, para levantar allí un hospital moderno, que satisfaga las necesidades crecientes de una ciudad donde los sentimientos de beneficencia no son, a la verdad, exótica planta.

Cumpliendo los deseos expresados por el venerable Prelado en el Decreto antes reproducido, la Junta Directiva invitó para la ceremonia de la bendición y colocación de la primera piedra a distinguidas personas de la ciudad y a los visitantes de fuera. Verificóse el acto en una hermosa tarde, próximamente a las cuatro. Asistieron el Sr. Gobernador, el Cuerpo Diplomático, varios Delegados, buen número de damas y no escasa cifra de particulares. Como de costumbre, se firmó por los concurrentes el Acta, que, en unión de las respectivas tarjetas, fue a reposar al seno de la piedra.

El Ilmo. Sr. Arzobispo ocupó la tribuna, y con su voz reposada y su ademán aristocrático, leyó una interesante oración alusiva, apropiada a su altísimo ministerio, a la cristiandad de la obra y a la ceremonia solemne.

Banquete ofrecido por el Gobierno.

D. Daniel Botero Echeverri, cuyo espíritu público se ha manifestado en más de una vez, y cuya cómoda casa ha sido frecuentemente teatro de elegantes fiestas sociales, la cedió asimismo generosamente en esta ocasión para el banquete con que el Gobierno Departamental quería obsequiar a sus huéspedes. Hizo parte, además, de la Comisión encargada de los preparativos, teniendo por compañeros a los Sres. D. César García, D. Harold B. Meyerheim y D. Emilio B. Johnson.

La decoración de la casa era de lo más apropiada y por todo extremo bella y suntuosa, desde la calle, iluminada con bombillas eléctricas de los colores nacionales, hasta los salones de recibo, amplios y confortables, y la mesa opípara y centelleante. Principióse la comida a las nueve, al són de magnífica orquesta. Presidía el Sr. Gobernador. Asistieron los siguientes damas y caballeros, distribuidos en los puestos conforme a las exigencias protocolarias, que ya empezaban a ser para los medellinenses menos ignoradas y exóticas:

Rosa Gaviria de Ramírez.
Paulina Mallarino de Gómez Restrepo.
Manina de la Torre de Orrantía.
Carmen Lalinde de Gaviria.
Elisa Escobar de Johnson.
Pepa Botero de Mallarino.
Isabel Montesinos de Thiel.
Amalia Santa María de Angel.
Pepa Angel de Zuleta.
Teresa Villa de Isaza.
Tití Pombo de Murillo.
Alicia Merizalde de Echavarría.
Elena Olózaga de Echavarría.
Lila Villa de Greiffenstein.
Sra. de Maldonado.
Paulina Suárez de Restrepo.
Manuela Ospina de Botero.
Elisa Lince de Tobón.

Blasina Botero de Isaza.
Srita. Restrepo Suárez.
Constanza Botero.
Julia Pombo.
Paulina Tamayo.
María Teresa Suárez.
Inés Suárez.

Gobernador del Departamento.
Ministro de Francia.
Ministro de Chile.
Encargado de Negocios de Bélgica.
Encargado de Negocios del Ecuador.
Encargado de Negocios de Cuba.
Encargado de Negocios de Bolivia.
Secretario de la Legación de Bélgica.
Secretario de la Legación del Perú.
Encargado del Ceremonial Diplomático.
Silas H. Wright.
Maurice Badian.
Harold B. Meyerheim.
José A. Gaviria.
Dr. Antonio Gómez Restrepo.
Gabriel Latorre.
Dr. Pedro Pablo Betancourt V.
César García.
Julio Ferrer C.
Pbro. Dr. Jesús M. Marulanda.
Coronel Francisco Duque R.
Coronel Ramón Gaviria D.
Gral. Lácides Segovia.
Emilio B. Johnson.
Rafael Mallarino.
Dr. José Joaquín Casas.
Luis del Corral.
E. Thiel.
F. Schütte.
Dr. Agustín Uribe.
Dr. Gerardo Antonio Pineda.
Subteniente Juan de J. Peláez.
Pablo E. García.
Dr. Jorge Rodríguez.

Valerio Tobón O.
Dr. Alejandro López, I. O.
Jorge Wills Pradilla.
Luis Cano.
Gabriel Cano.
Vicente Herrera.
Jesús M. Gutiérrez.
Alberto Angel.
Francisco E. Isaza.
Manuel Pombo.
Guillermo Murillo.
Ramón Echavarría.
Gabriel Echavarría.
Ricardo Botero S.
Ricardo Greiffenstein.
Raimundo Rivas.
Dr. Francisco de P. Muñoz.
Francisco Maldonado.
Ricardo Estrada.
José M. Sáenz L.
Dr. Manuel M. Toro.
Gregorio Pérez.
Emilio Delgado.
Alfredo Peralta.
Francisco Samper.
Gral. Carlos A. Neira.
Luis Mariano Olarte.
Maximiliano Correa U.
Carlos Mejía.
Dr. Julio E. Botero.
Dr. Ricardo Restrepo O.
Gral. José J. Caicedo R.
Gral. José M. Ruiz.
Enrique Peñaredonda.
Gral. Mariano Ospina V.
Dr. Francisco Sorzano.
Dr. Jorge Tobón O.
Alejandro Echavarría.
Dr. Dionisio Lalinde.
Estanislao Gómez Barrientos.
Alfonso Robledo.
Dr. Gil J. Gil.

Dr. Tomás Quevedo Alvarez.
 Miguel Moreno J.
 Nicanor Restrepo Giraldo.
 Dr. Libardo López.
 Dr. Roberto González.
 Gabriel Posada V.
 Daniel Botero E.

El *Menu*, impreso en una gruesa tarjeta, engalanada con una reproducción en colores del Escudo de Armas de Antioquia, era del siguiente tenor:

Consommé Méxicain.
 Hors d'œuvres variés.
 Filet de sole morné.
 Dindonne au poelé madère.
 Petits-pois à la crème.
 Filet de bœuf rôti au cresson.
 Salade Russe.
 Velouté d'épinards aux croutons.
 Macédoine de fruits au Champagne.
 Mousseline Moka.
 Fruits, Fromages, Café, Liqueurs.

Fue el principal encanto de esta fiesta la asistencia de las damas, todas muy lujosamente vestidas y de aristocrático porte.

Tras un cambio de brindis galantes entre el Sr. Gobernador y el distinguido Decano del Honorable Cuerpo Diplomático, ofreció el Banquete el que estas líneas escribe en la siguiente forma:

Señoras y Señores:

Con este modesto banquete que, en representación del Gobierno Departamental, tengo el honor de ofreceros, se clausuran las festividades con que hemos querido celebrar el PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE ANTIOQUIA.

La nota culminante de estos festivales patrióticos, ha sido la presencia de ilustres huéspedes, extranjeros y nacionales, en esta conmemoración de nuestros recuerdos de familia.

Altamente significativa es ella para nosotros. Porción de humanidad perdida entre riscos inaccesibles, separada por la rudeza de carácter, que el aislamiento trae consigo, de ese benéfico influjo de las relaciones mundiales, retraída del comercio con otros pueblos remotos por el colonial monopolio, falta de independencia en sus actos, la antigua PROVINCIA DE ANTIOQUIA era hace una centuria un pueblo casi absolutamente desconocido para las naciones civilizadas del Viejo Mundo, un miembro de familia apenas sospechado por los países de América, un paciente huésped y huésped para las demás provincias hermanas de la histórica Nueva Granada.

Hoy vemos representadas alrededor de esta mesa a la noble Francia, la madre intelectual de todo americano ilustrado, la precursora de nuestra Independencia Nacional, aquella nación expresiva a la cual evoco siempre bajo el airoso gesto del sembrador que esparce a todos los vientos semillas de libertad, de civilización y progreso; a Chile, la venturosa madre de aquellos indomables guerreros que inmortalizó el noble Ercilla con su canto, tierra de sensatez y de fuerza, nuestra sabia educadora militar y nuestra maestra en Derecho, la que dió el ejemplo del progreso en el Continente Hispano-Latino, la que primero conquistó el crédito fuera, nación siempre respetada y temida; a la valiente y laboriosa Bélgica, que ya ha empezado a educar hijos nuestros y que nos envía abundantemente los frutos de su fecundísima industria y nos instruye en las ciencias prácticas que hacen el bienestar y la comodidad de los pueblos; al Ecuador, un tiempo miembro importante de la gran Confederación que tantas glorias obtuvo, la amiga leal que tendió la mano a Colombia en sus momentos de duelo y luce en su bandera los mismos colores de la nuestra; a Cuba, cuyo solo nombre trae recuerdos de poesía y belleza, y cuya lucha portentosa en pro de su emancipación fuimos siguiendo con interés anhelante, para saludar luego, con un inmenso grito de júbilo, el alzamiento triunfal en el azul libre del cielo de su pabellón estrellado; a Perú y Bolivia, que son, como el Ecuador, hermanas nuestras, a quienes une a nosotros el común origen, idéntica historia, padecimientos y triunfos iguales y el mismo holocausto de sangre por la libertad ofrendada.

Al lado de los ilustres Representantes de estas naciones amigas, vemos, con orgullo y placer, a los honorables Delegados del Poder Ejecutivo Nacional y del augusto Congreso de la República, así como a los que otras entidades respetables nos han enviado de todas partes a engalanar nuestra casa.

Gracias cordialísimas os doy a todos vosotros, Señores, en nombre de Antioquia. Vosotros habéis sido la gala, el honor y la alegría de estas fiestas. Antioquia, a la cual habéis prodigado elogios que nos obligan a bregar ahincada e incesantemente por merecerlos, acepta este mensaje de afecto que habéis venido a traerle con caballeresca hidalguía, y extiende los brazos para estrechar en ellos fraternalmente a todos los Representantes de la GRANDE PATRIA COLOMBIANA, que se regocija de vernos así, olvidados de luchas y de odios, y entreabre sus labios divinos con sonrisa buena de madre a quien hemos hecho derramar tantas lágrimas con nuestras contiendas de hermanos.

Estamos en un momento solemne de nuestra historia, Señoras y Señores. Celebramos hoy el nacimiento a la vida independiente de una de las secciones de la República. Una nueva etapa comienza. Llevamos en el cuerpo, y en el alma las cicatrices de la lucha, quedan en los zarzales del camino jirones de nuestras carnes, y sangre de nuestras venas ha humedecido el suelo sediento. Era preciso, Señoras y Señores. Los pueblos, como los hombres, sólo se educan padeciendo, y la experiencia ajena es inútil. Una nueva época se inicia, de seriedad, de revaluación y de cordura. Vuestra presencia aquí, ilustres Miembros del Cuerpo Diplomático, Honorables Representantes y Delegados, es un testimonio vivo de mi aserto. La de este hermoso grupo de conspicuas damas, pone sello de paz y cordialidad a esta fiesta, grata para el patriotismo, y a la cual ha quitado el decisivo concurso de estas bellas señoras la sequedad propia de los banquetes oficiales, privados de la amabilidad y el calor

que hacen nacer dondequiera el tierno mirar de unos ojos y el dulce sonreír de unos labios.

Paz y cordialidad sean la síntesis expresiva de este Centenario de Antioquia.

Bebamos por ellas, Señoras y Señores; por todas las Naciones amigas aquí tan dignamente representadas; por la prosperidad de Colombia; por vuestra ventura personal, ilustres huéspedes, que con benevolencia obligante, habéis aceptado el pan y la sal que Antioquia, rústica y sincera, os ofrece.

He dicho.

Respondió con oportuna improvisación, a nombre de sus colegas, el Sr. D. Rafael Orrantia, Encargado de Negocios del Ecuador. Bella, patriótica, vehemente, adornada con oportunas reminiscencias históricas fue la peroración, justísimamente aplaudida, del cortesano y culto Diplomático.

Hablaron luego, muy apropiadamente, D. Luis del Corral, Representante del Presidente de la República, y el Dr. D. Ricardo Restrepo O., Delegado por el Departamento del Tolima.

El Dr. D. Libardo López propuso un brindis por el Presidente del Ecuador.

Como a las doce de la noche se despidieron los invitados, llevando muy gratas impresiones de este festejo galano, que resultó verdaderamente lucido.

En la Cárcel de Varones.

Reproducimos la siguiente nota de *El Sol*, de 25 de Agosto:

Ayer estuvieron gozando los presos de la cantidad que el H. Concejo Municipal se dignó votar para ellos, por iniciativa hecha en nuestro número del viernes.

Durante todo el día hubo música, canto y baile y otras diversiones sencillas. Por la noche tuvieron una velada en honor de los héroes de la independencia y hablaron los Sres. Dr. Miguel Uribe, D. Juan José Henao y D. Tulio Valencia. El Sr. Germán Molina pidió excusas por no poder hablar, como lo deseaba, por estar enlutado por la muerte de su hermano el Sr. D. Luis E. Molina. Hubo fuegos artificiales.

La alimentación de los presos fue ayer magnífica.

Damos las más expresivas gracias al H. Concejo Municipal por la generosidad con que se dignó atender nuestra petición en favor de esos infelices.

En la Penitenciaría.

De la fiesta allí celebrada, da noticia *Progreso*, en su edición del 26 de Agosto, así :

El domingo al medio día las distinguidas damas D^{ña} Froilana Olarte de Tobón, D^{ña} Ana Angel de Restrepo, D^{ña} María Josefa Angel de Zuleta, D^{ña} Concha Angel de Jaramillo y señorita Luisa Angel, dieron a los presos de la Penitenciaría un *lunch* que resultó espléndido.

Las Angeles merecen bien el apellido que llevan. Son Angeles de caridad cuya mano está siempre pronta al agasajo delicado dondequiera que la desgracia hace sentir sus amarguras. En los momentos en que el pueblo antioqueño se inflama en patriótico alborozo, ellas han tenido la generosa idea de traerlo también al pecho de los que el infortunio tiene hoy privados de la libertad.

Las lágrimas de gratitud que arrancaron, son la legítima recompensa de su noble acción.

Los Sres. D. Carlos Mejía y D. Valerio Tobón, por comisión del Honorable Concejo Municipal, contribuyeron con una cantidad de dinero para el mismo objeto.

DÍA 25 DE AGOSTO. LUNES

Almuerzo de los Delegados.

Las tarjetas de invitación estaban concebidas así:

Señor.....

Nos permitimos invitar a Ud. a un almuerzo que ofrecemos al Sr. Gobernador del Departamento, el día 25 de los corrientes, a las 12 m., en la casa número 30, Calle de Caracas.

Somos de Ud. Attos. S. S.,

José María Ruiz, Lácides Segovia, Tomás Quevedo Alvarez, Agustín Uribe, José Joaquín Casas, Francisco Sorzano, Enrique Peñaredonda, José Joaquín Caicedo R., Carlos E. Neira, Roberto González, Francisco Reyes, Alfredo Peralta.

Alrededor de ciento eran los invitados, todo el elemento oficial y algunos amigos particulares de los anfitriones. Suculento estuvo el almuerzo, bien arreglada la mesa en los corredores del patio principal, amena la música, animada la reunión y todo, en general, digno de los finos y atentos caballeros obsequiadores.

Presidió la mesa y dedicó al champaña el almuerzo el General D. José M^{te} Ruiz, en un discurso con apreciaciones altamente benévolas para Antioquia, breve y hermoso. Respondióle el Sr. Gobernador, con

frases cordiales y agradecidas. Añadió algunas pocas y muy oportunas palabras de cortesía el Excelentísimo Sr. Ministro de Chile, y la agradable reunión se disolvió a eso de las tres de la tarde, yéndose algunos de los concurrentes al Ferrocarril de Amagá, por invitación de la empresa, y otros a prepararse para la nueva festividad de esa tarde.

*Recepción de los Representantes del Gobierno Nacional
y de los Miembros del Cuerpo Diplomático.*

En la misma casa en que tuvo lugar la víspera el Banquete de la Gobernación, y que su dueño Sr. D. Daniel Botero E. cedió una vez más, generosamente, se verificó, desde las cuatro de la tarde, la recepción anunciada.

Hacían los honores las Sras. Doña Paulina de Gómez Restrepo y Doña Manina de Orrantia, con exquisita afabilidad y donaire. La música estaba a cargo de la Banda Marcial y de una orquesta con piano, que alternativamente tocaban. La concurrencia fue numerosa, especialmente de señoritas, muy bellas, y se bailó gratamente hasta ya avanzada la noche. Caracterizó esta fiesta sabrosa la ausencia de estiramiento, la naturalidad espontánea y la dulce y culta confianza que supieron darle, sin traba, ese buen tino nativo y ese *savoir vivre* cortesano de los obsequiantes benévolos. Todas las señoras conservaron sus sombreros, que antes solían abandonar aquí en casos tales, cediendo al ruego galante de las muy amables damas de Gómez Restrepo y de Orrantia.

En un corredor largo y fresco que precede a un parquecillo silvestre, se sirvió a los invitados un *lunch* y se les ofreció champaña en derroche.

En el salón principal había algo velado por un pabellón de Colombia, que inspiró preguntas curiosas. Descubrióse, al fin, a la llegada del Sr. Gobernador, que anunció con el Himno patrio la Banda. Era el retrato al óleo y de tamaño natural del Prócer cundinamarqués Antonio Nariño, pintado por Ricardo Acevedo Bernal, y que la Junta de Festejos del Centenario de la Independencia de Cundinamarca enviaba

como obsequio al Gobierno de Antioquia, con ocasión de celebrarse ahora el suyo. Ofreciólo, por encargo especial, el Dr. D. Antonio Gómez Restrepo, con ese estilo culto y cautivante que le es propio.

Habló en seguida, en nombre de los anfitriones y muy especialmente de sus colegas del Cuerpo Diplomático, el Dr. D. Rafael Rodríguez Altunaga, Representante de Cuba. Su discurso fue fervoroso y vibrante, enajado de imágenes bellas y con el calor de su patria.

Contestó a ambos el Sr. Gobernador, acertadamente, dando a uno y otro las gracias, y ofreció, con emocionada voz, hacer colocar en el Salón de Sesiones de la Asamblea Departamental ese sugestivo retrato del muy ilustre Precursor de la Independencia en Colombia, como un recuerdo perenne del respeto que deben siempre guardar a los Derechos del Hombre los Legisladores de un pueblo.

Concluyó esta hermosa fiesta a las nueve.

* * *

Al lado de todos estos festejos oficiales, hubo muchos otros más, públicos o privados, de carácter vario y distinto y de significación relativa, cuya reseña particular haría inacabable esta crónica. Espero que, aunque malamente pergeñada, baste esta relación, ya bien larga, para satisfacer los deseos de nuestra Academia de Historia y para cumplir sus encargos.

Medellín, Noviembre de 1913.

GABRIEL LATORRE.